

CONTAMINACIÓN FUTURA

VOLUMEN 9

Yadira ÁLVAREZ · Martín BENTANCOR
Víctor GRÍPPOLI · Selene HÉKATE
Jonatan LIPNER · Marcelo MEDONE
Erick MOTA · Andrea SALGADO
Gabriel SOSA · Marina TENA TENA



MIG21
EDITORA

Contaminación Futura

vol. 9

RAMIRO SANCHIZ
VÍCTOR RAGGIO
(eds)


MIG21
EDITORA

Primera edición: diciembre de 2023
Contaminación Futura vol. 9
Copyright © Yadira Álvarez Betancourt, Martín
Bentancor, Víctor Grippoli, Selene Héate, Jonatan
Lipner, Marcelo Medone, Erick J. Mota, Andrea Salgado,
Gabriel Sosa y Mariana Tena (cuento cedido por el
Festival Celsius 232 dentro de su proyecto SPANSION).

ISBN: 978-9915-42-176-6

© Mig21 Editora
Washington Beltrán 1758 ap 2,
Montevideo, República Oriental del Uruguay
mig21editora@gmail.com
Ilustración de portada: RS+IA
Diseño y diagramación: Ramiro Sanchiz.
Selección y notas: Víctor Raggio y Ramiro Sanchiz

EQUILIBRIO ECOLÓGICO

YADIRA **ÁLVAREZ** BETANCOURT

Yadira Álvarez Betancourt (La Habana. 1980). Narradora, profesora, bloguera y madre. Graduada de Educación Especial y del VIII Curso de Técnicas Narrativas del Centro Onelio Jorge Cardoso (Cuba). Ha publicado cuentos en diversas antologías cubanas. Fundadora del boletín digital *Estronia*, para la divulgación del arte fantástico y la ciencia ficción, ha obtenido premios en los concursos cubanos «Óscar Hurtado» e «Hydra». Coautora de *La Guadaña Universal: el códice* (en prensa) e *Historias de Vitira*. Aún vive en La Habana, Cuba.

*A cada fuerza de acción
corresponde una fuerza de
reacción igual y opuesta.*

Newton

A Richard Matheson y C.M. Kornbluth.

Cuando escapé de casa no esperaba que nadie fuera a buscarme. Para alguien como yo puede ser muy sencillo desaparecer y puse todas las esperanzas en mi pequeña talla y mi aire insignificante.

Salir de la reserva es muy peligroso. Del lado de acá de la frontera, ellos; de allá, nosotros. Pero nunca creí que les interesara mucho mi persona: incluso mi madre había dejado claro que yo era un fenómeno indeseable y todo el mundo me miraba con desprecio.

Hijo bastardo; no bastardo en el sentido moral, sino en todos los sentidos. No solo tenido fuera de la ley, no; bastardo de una violación contra natura: uno de ellos, una

de nosotros. Que esa bestialidad embarazara a mi madre fue casi herético. Se creía que existía un escollo insalvable, incompatibilidad genética total y definitiva, y para mi gente era en todo punto imposible que una humana pudiera concebir un hijo de...

En fin. Mi madre me odió, porque todos empezaron a mirarla como a una especie de bicho asqueroso. No fue mi culpa que sus óvulos pudieran ser fecundados por aquellos espermatozoides, ni que su útero me dejara estar once meses dentro de él. No creo que fuera una mujer distinta por eso, ni monstruosa. La vida juega todo tipo de bromas. Pero díganse lo a la multitud.

De la noche a la mañana perdió a su novio, sus padres la echaron de casa, sus amistades la «olvidaron», tuvo que dejar el trabajo de centinela y terminar de barrendera en uno de los sectores más solitarios y asquerosos de la reserva. Y encima tuvo que criarme a mí, soportando a todos mirarla con esa mezcla de asco y lástima que ella nunca ha soportado.

Podía irme con los ojos cerrados: nadie me iba a extrañar.

Y vine al otro lado no porque pensara encontrar al que me hizo, para pedirle cuentas por la injusticia de la vida, o por creer que el maldito sería un rey y yo, el príncipe heredero que viene de un país remoto cuando el viejo está a punto de estirar la pata y los rivales se afilan los colmillos. Ni siquiera buscaba que me mataran. Vine al otro lado porque no había otro lugar a dónde yo pudiera ir.

Caminé muchos días antes de llegar a los puntos de control. Comí la bazofia que iba encontrando en los tachos de basura y me cubrí con la vieja gabardina del abuelo que le

robé a mi madre. Por todas partes vi lo mismo: decadencia, miedo maquillado de falsa esperanza, y bestialidad, los males de una ciudad sitiada.

Todo el mundo solía decir que al otro lado era peor, que la agresión y el asesinato eran la regla, que las criaturas habían trasladado a la realidad los mismos vicios y rituales con que la leyenda describía a todos los de su tipo. Ellos eran demonios y nosotros olíamos a rosas. Pero la porquería que encontré por el camino nunca me olió a otra cosa que a porquería.

Cuando llegué a la caseta perimetral había dos centinelas de guardia. Uno de ellos me vio primero y se acercó, pensando quizás que era un niño perdido. Pero cuando vio mi piel y mis ojos echó mano de la pistola. El otro corrió hasta ponerse a su altura. Ambos me encañonaron. En ese momento el que había llegado después se percató de que me conocía.

Era el tipo que cobraba en la oficina de apuestas. Más de una vez le llevé dinero de parte de mi madre. Ya suponía yo que debía tener un trabajo legal en algún lugar de la reserva y que su trasegar de billetes, cupones y monedas era solo su forma de redondear para el diario.

Matar al hijo de un cliente hubiera sido muy mal visto, aún cuando el hijo en cuestión fuera un engendro de ojos de muerto. Así que bajaron las pistolas y se apartaron mirando a otro lado: sabíamos muy bien, ellos y yo, todo el que me conociera, que más tarde o más temprano esta criatura gravitaría hacia el otro lado de la frontera. Me dejarían salir sin alboroto y sin una palabra. Olvidarían que me dejaron ir y si alguna vez intentaba volver a entrar, me matarían como si yo nunca les hubiera pertenecido, como se le hace a los monstruos de las afueras.

Me fui por la carretera húmeda de lluvia, y ya lejos de mi *hogar* sentí que respiraba mejor.

El aire olía a limpio, lavado por el agua. La vieja calle estaba llena de grietas por las que salían manojos de hierbas. El mantillo vegetal se deslizaba por el asfalto, avanzando sobre los sedimentos que en años de abandono se habían derramado de los bordillos. Parecían olas verdes cubriendo lentamente la carretera.

No miré atrás. Me gustaba adelante. Sabía que a mis espaldas se elevaban las torres y edificios de la ciudad, «El último refugio», como gustaba de llamarla la gente. Para mí era una prisión. Prefería mirar adelante.

Ayudaba que el sol se estuviera poniendo. Su luz al amanecer seguramente dibujaría la sombra de la ciudad. Me iba mejor la ilusión de que a mis espaldas no había nada, y de que yo había caminado hacia el atardecer desde que nací, borrando el ayer, pisada a pisada.

La noche caía y el cielo se llenaba de estrellas. Qué hermosa era la noche, qué calmada y suave en comparación con el día.

En casa nunca pude ver estrellas, la luz agobiante de la ciudad no me dejaba. Luz artificial, siempre luz. Puedes llegar a odiar la luz. Más si vives con alguien que jamás la apaga. Cierras los ojos y se filtra por tus párpados, te quema los sueños y cabeceas sin llegar a dormir. Al despertar estás tan cansado como si nunca hubieras dormido.

Buscaba la oscuridad desde bebé. Me cubría la cara con cualquier cosa, me escondía debajo de la cama, en los sótanos. Mi madre me sacaba a rastras gritándome «monstruo» y me azotaba. No podía entender que necesitara algo de oscuridad y tranquilidad alguna vez, como todo el mundo.

Pero para ella cualquier cosa que yo hiciera era una amenaza, todo apuntaba a mi «maldición». No importaba que todos los niños jugaran a los escondidos en lugares oscuros y apestosos, que se taparan los ojos para dormir, que tuvieran caprichos alimenticios. Todo eso en otros niños era cosa normal, en mí eran aberraciones propias de mi horrorosa condición.

El camino estaba oscuro ya. ¡Yo estaba a oscuras al fin! A oscuras y solo. Me senté en el piso y lloré un rato.

Luego seguí mi camino, tan contento que cantaba a gritos una canción antigua. Si me hubiera escuchado la chica de ojos verdes y pañuelo, esa que vivía en el almacén vecino y cantaba todo el día, posiblemente me matara por destrozar la letra y la melodía. Pero no me importaba. Tal vez se alegrara de saber que había aprendido esa canción de ella solo para cantarla en libertad algún día. Más adelante empezaba el bosque y yo quería que cualquiera que estuviera en él me oyera cantar.

Después de desgañitarme, ya en silencio, escuché pasos en la carretera.

Eran pasos muy ligeros y regulares. Nada del estúpido apisonar de la gente de la ciudad. El extraño sabía caminar sin aplastar el piso ni arrastrar los pies.

Distinguí su silueta contra las estrellas, y cuando estuvo cerca me sorprendí muchísimo.

No sabía cómo eran ellos. Nunca vi imágenes y las descripciones que se hacían eran tan truculentas que todos los creían monstruosos.

Monstruosos... ella era el ser más lindo que había visto en mi vida. Resplandecía toda, su piel, como si llevara estrellas debajo. Y los ojos, ojos de fuego azul. Olía a viento, a hierba y lluvia, olía a intemperie.

Sonrió y fue como ver una flor abrirse para mí. Me tendió los brazos y me dejó abrazar. ¿Huir? ¿Para qué huir? El momento era perfecto y ella me esperaba. Me acarició el cuello con los labios...

Desperté con el sol en la cara, quemándome los ojos. Miré a mi lado, ya añorándola y seguro de que ella se habría marchado horas atrás.

Estaba junto a mí y ya no me lució bella. Parecía una flor marchita, con las mejillas macilentas y la boca enrojecida abierta, roncando igual que mi madre, igual que todo el mundo en la ciudad.

Me ardía el cuello pero era una sensación agradable. Por primera vez me sentía saludable y satisfecho, sano. Me molestaba menos la luz, mi cuerpo estaba lleno de algo dulce que me corría alegremente por las venas.

Caminé a un lado y otro, me estiré comprobando cuán flexibles y fuertes se habían vuelto mis músculos. ¿Sería que mi cuerpo antes no era el mío? ¿o que no tenía fuerzas ni ánimos para moverme y por ello cada movimiento era insoportablemente doloroso e inútil?

Miré mis manos flacas. La piel lucía menos pálida, más tibia, húmeda y suave. Toqué mi cara y me asombró su tersura. Diría que hasta veía mejor, no tan nublado como de costumbre. Y ese dolor bajo las costillas del que nunca me había aliviado hasta el punto de pensar que era normal, había desaparecido, distanciado de momento por un bienestar nuevo.

Entonces un alarido detrás de mí me recordó su presencia.

Ella miraba al amanecer y se arañaba la piel del rostro y los brazos. Se levantó y volvió a gritar. Se inclinaba hacia el suelo gimiendo como si quisiera enterrarse en él. Quizás

esperaba que su piel se consumiera a la luz, que sus huesos se fundieran. Eso es lo que dicen las leyendas que les pasa cuando los sorprende el amanecer fuera de sus refugios.

Pero a ella no. Ya nunca más. Ahora era como toda la gente de la ciudad: de la luz, humana. Toda su belleza y gracia se habían desvanecido.

Su beso debió sorberme la vida, pero la mató y a mí me dio fuerzas.

La dejé atrás llorando su desgracia y seguí hacia adelante, hacia mi vida.

Queda solo un refugio de gente «normal» en el mundo; todos los demás pobladores, en todas las ciudades que han caído, en todas las aldeas, región por región, continente tras continente, son justo lo que me conviene que sean: vampiros... comida. Ⓢ

EL TIEMPO ESTÁ MALO

MARTÍN BENTANCOR

Martín Bentancor (Canelones, 1979). Escritor, periodista cultural y editor. Ha publicado los libros de cuentos *Procesión* (2009), Montevideo (2012), *La lluvia sobre el muladar* (2017), *Los colores primarios* (2019) y *La gran quemazón de chanchos* (2023), y las novelas *La redacción* (2010) *Muerte y vida del Sargento Poeta* (2013, 2022), *El Inglés* (2015), *El fondo del quilombo* (2019) y *Baumeister* (2022). Obtuvo el Premio Narradores de Banda Oriental y el Premio Nacional de Literatura. Escribe sobre literatura en el periódico uruguayo *La Diaria* y en la revista *Intervalo* del portal de la librería montevideana Escaramuza. Dirige junto a Alejandro Ferrari la editorial +Quiroga.

En la noche del cuatro de mayo de mil novecientos setenta, un varejón de eucalipto, mocho y fileteado a machete, algo verdoso aún en los pliegues de la cáscara, se incrustó como lanza en el ventanal delantero del bar Encarnación, llevándose puestos una mesa sin comensales y dos o tres casilleros de cerveza, repiqueteando el vidrierío sobre el piso de madera y despertando de un sueño profundo al bolichero Gregorio Aldao, que habiendo clavado la cabeza sobre el mostrador de cármica, soñaba con la mujer de un rematador de ganado que conoció una vez. Simultáneamente, en varios puntos del pueblo, otros sucesos se concretaron en conjunción: la campana de la iglesia comenzó a sonar sin que nadie le estuviera dando al badajo; un surco de tierra atravesó de punta a punta la plaza, dando vuelta los canteros de florcitas y haciendo tambalear algún banco; el techo del depósito de forraje se desprendió limpito; la ropa colgada en las cuerdas sobre los patios de todas las casas se liberó de los palillos y echó a volar; los tres escalones de portland mal terminados en la entrada de la comisaría se pulverizaron, y en los gallineros de Paiva, a la salida del pueblo, una chapa decapitó a las gallinas ponedoras que dormían el sueño de los justos. Sobre la medianoche, la oscuridad cerrada de aquel

otoño revenido se disipó de golpe, y una luna amarilla y barrigona alumbró de tal forma las cosas que muchos nos dimos cuenta, espantados, de la contundente cercanía en la que estábamos viviendo.

A la tarde siguiente, tras dar una vuelta por el pueblo para constatar otros incidentes de la noche, ninguno de nosotros pensó en la maleta repleta de baratijas coloreadas y accesorios minúsculos, que había sido abierta y cerrada en los patios varios días atrás ni, mucho menos, en un ser atemporal con la cola azufrada. Luego de la inspección nos dejamos caer por el bar como lo hacíamos siempre, en manada, conformando legión casi invisible alrededor de la mesa de billar, los reservados y el cuarto de baño. Aunque los vidrios habían sido barridos, el varejón seguía empotrado en el ventanal. En el mostrador, el comisario Cesarín Lestido estiraba una caña, mirando sin ver los estragos, mientras tamborileaba con los gordos dedos sobre la cármica desgastada. La gorra colgaba desteñida de la empuñadura del arma de reglamento y una porción de camisilla blanca aparecía, honrosa, bajo la tela de la camisa, allí donde un botón había cedido al impulso colosal del abdomen. A su lado, del otro lado de la barra, Aldao se esforzaba con una lapicera sobre una libreta espiralada, con tal ímpetu que al principio creímos que estaría redactando una relación de los misteriosos sucesos nocturnos pero que, al acercarse uno de nosotros, supimos que no era más que una acumulación de rayas sin sentido.

La puerta se abrió con estrépito y entraron dos hombres.

Barbaridad, dijo el más viejo contemplando el varejón, mientras el otro se quitaba la boina para rascarse con saña la cabeza, no en un gesto de extrañeza sino de simple picazón. El viejo se llamaba Aquino y era un tambero

de Las Brujas; al de la boina no lo conocíamos, pero supusimos que sería empleado del otro. Ninguno de los dos reparó en nosotros, asimilados como estábamos a la opacidad del ambiente. Los cuatro hombres se estrecharon maquinalmente las manos. A mi echame un espinillar y a este ponele una caña, dijo Aquino, y serví la vuelta acá para el comisario. Agradecido, dijo el uniformado sin dejar de tamborilear.

El bolichero sirvió las copas con una parsimonia que parecía adrede, para volver luego a los rayones en la libreta.

El tiempo está malo, dijo Aquino tras el primer trago.

Como nadie le respondió, uno de nosotros carraspeó y largó en procesión la referencia a los misteriosos sucesos nocturnos, en un mejunje de nombres y de datos que provocaron en el rostro de Aquino, hierático por naturaleza y de un rojo macizo, resultado de una acumulación de soles inmemoriales que unificaba hasta desaparecer accidentes y expresiones, algo muy parecido al asombro.

Primero miró al de la boina, que parecía desentendido de todo hasta el punto de no registrar lo antes hablado, y luego enfocó la vista en el comisario, que cortó de golpe el tamborileo y asintió a lo dicho con gravedad. El viejo le pegó un trago al espinillar y se restregó las manos como si, de golpe, lo hubiera abrazado una corriente de frío.

No queda otra, dijo entonces el comisario como para sí mismo pero con la suficiente fuerza para ser escuchado por los demás, que esto sea cosa del vendedor.

Todos evocamos entonces la figura vulgar que, algunos días atrás, cargando una maleta de cuero atada con una correa, había aparecido por el pueblo para vender chucherías casa por casa. Vestía un traje de franela desgastada, un sombrero panamá con varias abolladuras

y unos zapatos polvorientos, a los que era imposible adivinarle el color. Había alquilado una pieza en lo de Mariana y por dos o tres días se había dedicado a recorrer el pueblo, ofreciendo a nuestras madres y abuelas un muestrario de pequeños objetos, innecesarios y ridículos, caros y chillones, que representaban, según él, el último grito de la moda en Montevideo y Buenos Aires. Su fenicia prédica se encontró, sistemáticamente, con el desinterés y el rechazo de nuestras madres y abuelas, que tras escuchar desde los patios el champurreado de virtudes y beneficios de los abalorios, lo despedían con un portazo. A la tercera o cuarta mañana se había dejado caer por el bar Encarnación, donde tras beber una Coca Cola ante la mirada bueyuna de Aldao, acomodándose el pantalón de franela y arrastrando la maleta, había salido diciendo una frase lapidaria: «Qué pueblo de mierda».

Aquella última tarde, el vendedor había vuelto a la ruta de los días previos pero no para ofrecer su mercadería sino para contemplar con una sonrisa desencantada los rostros de las mujeres que volvieron a abrirle las puertas. No decía nada, solo reía. A la segunda o tercera cuadra, alguien fue a avisarle a Lestido, que sesteaba en su oficina en semipenumbras, y el comisario, tras lavarse la cara en una palangana en el pasillo, le había pedido al milico de guardia que le trajera la patrulla para salir luego él mismo a buscar al vendedor. Lo había encontrado en la plaza, recostado contra un plátano, y sin bajarse de la camioneta le había pedido que subiera. El otro había acomodado la maleta en la caja y subido sin chistar, el comisario había arrancado el motor y luego habían salido del pueblo. Esa fue la última vez que vimos al vendedor.

Lo llevé hasta la Curva de Brando, dijo entonces el comisario, como si estuviese repasando el periplo de aquella tarde para sí mismo y necesitara, al mismo tiempo que un auditorio lo oyera y se lo confirmara. No habló nada en todo el viaje, solo miró por la ventanilla las poblaciones que pasaban y cuando ya no hubo casas para mirar, se entretuvo con los árboles y las vacas.

¿Y usted que le dijo?, preguntó Aldao deteniendo unos instantes la lapicera sobre la libreta.

Le dije lo que le tenía que decir: que este es un pueblo tranquilo y que no toleramos a los revoltosos, a los haraganes, a los que se llevan las leyes por delante y a los que molestan a las mujeres.

Bien dicho, dijo Aquino. Ni yo lo hubiera dicho mejor.

El comisario esbozó una sonrisa bajo el crinado bigote. Cuando llegamos a la Curva, paré y le dije que se bajara. Me bajé yo mismo y le alcancé la maleta. Le pregunté entonces si le había quedado claro lo que le había dicho y que no lo quería ver más en el pueblo.

Bien dicho, dijo Aquino, sí: bien dicho. Ni a mí me habría salido mejor. ¿Y?

Lestido le hizo un gesto a Aldao para que le sirviera. El tipo empezó a reírse, dijo, a reírseme en la cara. Y entonces me calenté.

No era para menos, acotó Aquino.

Ahí nomás me saqué el cinto y lo curtí a cintillazos por el lomo, dijo el comisario mandándose la copa de un trago. A cada golpe que le daba, el fulano se reía más y más. Paré cuando la franelita aquella se hizo tiras y el tipo, arrastrándose entre los yuyos, callado ahora, intentó alcanzar la maleta. Fue entonces cuando me dijo que

una noche de estas volvería y que todos en el pueblo nos enteraríamos de su poder.

El comisario miró por primera vez en la tarde hacia donde estábamos nosotros, que le devolvimos la mirada con asombro y perplejidad, pues habíamos captado en los ojos abotargados del hombre más fuerte del pueblo, una pátina fugaz de miedo. El que habló, entonces, fue el tipo de la boina, al que dimos en suponer empleado del viejo Aquino y que hasta el momento no había pronunciado palabra, concentrándose todo el tiempo en el vaso con caña.

Lo que dijo fue tan confuso que ninguno de los que estábamos allí pudo encontrarle algo de sentido, pues mezcló en su discurso, que pronunció sin mirar a nadie, algunas historias oídas en fogones de estancias con las picardías de un Satán joven en la Tierra. Solo a la noche, cuando les contamos todo aquello a nuestras madres y abuelas, comenzó a filtrarse por entre las voces de las más viejas una titilante y apaciguadora luz de entendimiento. (★)

**HIJOS
DEL ESTE**

VÍCTOR GRÍPPOLI

Víctor Gríppoli (Montevideo, 1983). Es escritor de ciencia ficción, fantasía, terror y poesía alternativa. Docente de Artes Visuales, artista plástico con numerosas exposiciones, se especializó en xilografía, grabado en metal e ilustración. En enero de 2018 fundó Editorial Solaris, especializada especializada en ciencia ficción, fantasía y terror. Ha participado en diversas antologías internacionales y nacionales, y editó y compiló selecciones de relatos para distintas editoriales extranjeras. Entre sus novelas y libros de relatos destacamos *Horror Queer* (2018), *Cuentos Ocultistas* (2016) y *Viajantes en la oscuridad* (2021).

Cuentan las Líneas de Cambio sobre una de las tantas ramas de ese árbol que es la historia de la ciudad madre, la Santa Montevideo, la de las blancas torres. En esa Tierra alternativa no existió la caída del bloque del este. En los noventa, antes de la Gran Reforma de los países socialistas, Berlín fue conquistada en su totalidad por la RDA. Año más tarde fue revelada la oscura realidad del planeta y las razas no humanas que tejían sus hilos de titiriteros para dominarnos a todos. Un grupo selecto de personas, versadas en ciencias que a muchos les parecía magia, tomaron el poder en la capital uruguaya y comenzó la guerra que pondría fin a los conflictos durante mucho tiempo. La bandera con el cerro montevideano, el sol flamígero y Excálibur siendo sostenida por la mano de la doncella arrasó el globo terminando con los pérfidos Asengary provenientes de Orión y sus pervertidos aliados. Fue el inicio de una nueva era, sin los sistemas económicos ni las desigualdades sociales. Los países de la esfera soviética juraron lealtad a los liberadores y pronto dejaron de existir

los estados como tales, aunque al formarse el sistema de gobierno mundial muchos mantuvieron sus pabellones a pesar que no eran más que símbolos. El territorio que una vez fue comandado por Hitler mantuvo aquel compás y su escuadra sobre la bandera germana como recordatorio del sufrimiento en la lucha contra él. Luego descubrieron que muchas naves estelares enterradas desde hace siglos partieron hacia lugares ignotos del cosmos llevando los remanentes de la maldad. No se tardaron muchas décadas en descifrar parte de los planos encontrados en ordenadores cuánticos, aquello era un diagrama de un motor para generar gravedad artificial y plegar el espacio, generando un salto capaz de hacer decenas de años luz en un mero instante. La hazaña de lograr tal gesta, que cambiaría la historia, no fue posible hasta reconstruir una nave Asengary antigua hallada cerca de la deteriorada efigie de Sidonia, en Marte. Fue el comienzo de la colonización de otros mundos y la Santa Alianza decretó que las modificaciones corporales no podrían ser excesivas para evitar degenerar hacia lo que aspiraban los antiguos dominadores. Pero estos ya llevaban una ventaja de ocho décadas. ¿Cuántos planetas dominarían los neofascistas y los antiguos capitalistas aliados a las castas corruptas de los grises? Era imposible de saber.

Las naves espigadas de la RDA comenzaron a colonizar planetas semejantes al nuestro y proclamarlos hijos del Verdadera Doctrina. Los nuevos soviets, liderados por sabios y científicos, eran lo más parecido a un gobierno que tenían los hombres libres, ahora modificados con nanomáquinas capaces de terminar con toda enfermedad. Fueron tiempos de gloria y de expansión, fueron tiempos donde el sol y la espada, símbolo que los unía a todos,

mantuvo una raza unida, no diversificada ni dependiente de las máquinas en exceso. Cada ser debía trabajar intelectual y manualmente para recibir lo que merecía en un conglomerado de planetas donde la codicia y las divisas habían desaparecido.

Más de un siglo después, en las fronteras de aquellos territorios, comenzaron las escaramuzas con humanos modificados para vivir en gravedad cero, un grupo esclavista que saqueaba todo lo que podía. Luego fueron vistas astronaves con la bandera de la Alemania occidental, aquellos no dudaban un instante en arrasar con pequeñas colonias para así anexarlas al viejo régimen.

A pesar de la paz que imperó durante tanto tiempo, los nuevos héroes siempre estuvieron preparándose para la batalla que se avecinaba y dieron su vida en muchos frentes en la nueva guerra estelar.

Pasada otra centuria desde el comienzo de las primeras escaramuzas, un joven de la RDA se hizo de la capitania, aquel muchacho rubio de celestes ojos, negro uniforme y desmesurada valía se llamó Sigfrido y su historia todavía es contada.

La pequeña sonda perteneciente a la Gloriosa Alemania Occidental salió del portal de pliego espacial, había viajado una decena de años luz en un breve lapso de tiempo, los sensores, dominados por una inteligencia artificial corrupta, escanearon el verde mundo de Rapistam, una nueva colonia lejana de la RDA. Aquel orbe era prometedor,

con apenas poco más de una gravedad y mucha tierra fértil en sus siete continentes. Como apenas llevaba una década habitado, la guarnición militar era pequeña y las ciudades escasas, la población, que apenas superaba el millón de habitantes, vivía principalmente en las granjas que manejaba con ayuda de robots agrícolas de gran tamaño.

El vehículo catalogó el lugar como de extremo interés y volvió a saltar sin darse cuenta que había sido detectada por uno de los sistemas pasivos de escucha que flotaban por todo el sistema estelar. Inmediatamente envió la señal de alarma hacia Rapistam y este repitió la alarma hacia las unidades más cercanas de la flota del este.

Sigfrido despertó dentro de un tanque clónico, su consciencia se había transmitido a un nuevo cuerpo de crecimiento acelerado, recordaba todas sus vidas pasadas menos las muertes en batalla. Al ser activos importantes, los capitanes tenían permitido este proceso solo si caían en combate. Velozmente se incorporó y tomó un negro uniforme perfectamente doblado sobre una silla azul, no le importó seguir húmedo por el líquido creador.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cuántos quedan de esos malditos de la GAO? —cuestionó lleno de enojo.

—Estamos nosotros y un destructor planetario del enemigo —contestó un asustado oficial de muy joven edad.

—Dime el nombre de esta nave —sentenció mientras cerraba la plateada cremallera de su uniforme.

—La *Olga*... —contestó mientras trataba de mantener la compostura.

—Bien, de capacidad media. Podemos utilizar su velocidad. —Salió disparado hacia el turboascensor que lo llevaría al puente de mando, su antigüedad le permitiría tomar el mando. La situación de Sigfrido era muy particular,

al haber fenecido tantas veces en combate superaba el siglo de edad. Pocos podían ostentar tal logro al servicio de la patria.

Entró al puente secándose la frente con el dorso de la mano, había varios heridos y zonas quemadas por el fuego ya extinto. Con solo verlo, el capitán original se levantó de la adornada y acolchada butaca giratoria bruna plagada de botones de control en sus brazos.

—Gracias. Ahora no hay tiempo que perder, ¡tenemos que colocar velocidad máxima hacia el enemigo y atacarlo en el vientre! —Sus ojos centellaron ante la alegría del combate.

—¡Pero eso es suicida! —replicó el excapitán con clara muestra de miedo. Si ahora morían no había otra nave para resucitar, todo se terminaría.

—Ellos tienen menos capacidad de maniobra y no podrán evitarnos. Tiene que confiar en mí y saldrán todos en una pieza de este embrollo.

La *Olga* salió despedida a toda marcha con sus motores de fusión de azules llamaradas, la distancia entre ambas naves no era tanta, mucho mejor, el rival había sido descuidado. La gigantes mole grisácea y rectangular del destructor disparó sus torretas láser de proximidad, habían pensado que se iban a rendir y a tan pocos kilómetros no podían usar sus torpedos pesados pero ellos sí los medianos. Los láseres impactaron en el invisible escudo energético de la *Olga* y no pudieron romperlo. Se acercaron... Se acercaron mucho...

—¡Disparen todo! ¡Ahora! —bramó Sigfrido señalando la nave que ocupaba ya todo el campo de visión.

Los torpedos se incrustaron en el centro de la bestia y comenzaron las explosiones, la blanca nave de la RDA giró

para evitar el estallido mortal y todo el espacio se iluminó como si una nova hubiera explotado. ¡Habían triunfado!

El rubio caballero suspiró satisfecho ante la victoria y en ese momento llegó una señal instantánea por el sistema de relés espaciales. Lo llamaban para una nueva misión, había que comenzar las reparaciones de la nave.

El verde valle se extendía hasta el horizonte mismo, la estrella del sistema solar quedaba enmarcada entre colores naranjas rodeadas por nubes con pinceladas violáceas, un hombre le daba la espalda a Sigfrido. El rostro estaba inmerso en las sombras del atardecer.

—Ya no hay vuelta atrás, voy a desertar. No creo en lo que ustedes promulgan. No hay nada para mí aquí —pronunció con voz queda el sujeto misterioso.

—¡Mentira! Tienes que quedarte, te lo ruego —contestó el caballero rubio—. ¿Es que acaso piensas que va a haber un mundo mejor del otro lado del muro cósmico? Hay pobreza, hambre, guerra, enfermedad... La humanidad ha tomado rumbos hacia la diversificación. Seres que viven en el vacío, modificaciones cibernéticas masivas, inteligencias artificiales en el camino de la perversión. ¡Tienes que pensarlo de nuevo! —concluyó desesperado.

—Es que ya lo he meditado. Eso tal vez sea la libertad, aquí somos humanos clásicos, unidos al dogma de la Santa Montevideo, madre de todas las urbes, y su cruzada infinita por todos los sistemas estelares. ¿Piensas que hay un avance posible? No lo creo. Voy a irme mañana mismo.

No seré detectado si tú no me denuncias. Es lo único que pido, por los años que pasamos juntos. Por los campos de batalla compartidos, por todo lo que fuimos el uno para el otro.

—Yo no voy a decirlo... Pero ten en cuenta que si partes seremos siempre enemigos. Hasta aquí llegarán los lazos que nos mantenían. —Sigfrido trató de acercarse a donde estaba aquel que miraba el caer solar. No pudo, este avanzó varios pasos al frente.

—Es el fin, debo partir. No lo hagamos más largo, el Nuevo Marxismo Leninismo es agua pasada, ¡reniego del mismo! —pronunció con dureza.

—Ambos somos hijos del este, te lo ruego...

—Yo ya no más. La bandera de la RDA está muerta y enterrada, así como todo lo que significó en el pasado. Te deseo suerte, camarada. Tal vez nos encontremos en el mar de estrellas. Tal vez.

El capitán extendió su mano como queriendo tomarle el hombro. Él ya había comenzado la caminata, la misma que lo llevaría fuera de la Tierra para siempre.

El portador de los celestes ojos despertó agitado en su camarote. Otra vez aquel sueño, el de la deserción. ¿En dónde estaría ahora? ¿Seguiría vivo? Nadie podía decirlo con certeza en aquellos territorios salvajes en manos de imperialismo estelar y los terribles grises Asengary. ¿Durante cuántos siglos habían hecho experimentos con humanos? Crearon híbridos, gobernaron junto con la elite del Gobierno en las Sombras hasta el alzamiento final y la expulsión definitiva. Tenía el estómago revuelto con solo pensarlo.

Se levantó de cama y colocó las negras vestimentas sobre el torso desnudo y musculoso. Dudó si pasear por

la nave o volverse a dormir. Terminó en lo segundo, estaba demasiado nervioso.

Lars descansaba en el puente de su nave, la *Derroch*, dos mujeres, de largas extremidades y rostros sutiles acariciaban su pecho y lo besaban con pasión. El capitán terminó su copa de vino mientras una de ellas comenzó a tocarle la entrepierna. Aquella celosa primera oficial, bellísima híbrida gris-humana, pasó a su lado y lo miró enojada. La noche anterior habían yacido juntos.

—No te molestes. Cuando este mundo sea nuestro tú serás mi esposa —sentenció con voz segura.

A la joven se le pintaron de rosa los cachetes y siguió haciendo tareas en el ordenador holográfico con una sonrisa. La nave de guerra de espigadas formas y antenas llegó a la posición del rectangular destructor de mundos, este no tenía gravedad artificial ya que estaba tripulado por humanos modificados para vivir en el espacio. Jamás bajaban a planetas. Sea cual fuere.

La última nave, una veloz fragata, con la mejor tecnología de la GAO, llevaba inteligencias artificiales en su mayoría, humanos modificados con implantes que los fusionaban a otras máquinas y seres modificados para el espacio. Cuando todo estuvo listo se comunicaron entre ellas y plegaron el espacio en un estallido de luz.

Su destino era una nueva colonia de la RDA de fértiles tierras.

La *Olga* había sido reparada parcialmente con velocidad y ahora orbitaba el planeta Rapistam. Detectar una sonda era una cosa pero un grupo de naves enemigas era otra, podían usar sus sistemas para ocultarse hasta llegar a las cercanías planetarias, un viaje mucho más largo en tiempo que plegar el cosmos y aquello no se podía hacer cerca de los planetas y mucho menos cerca de una estrella.

La *Nala*, una nave de guerra mucho mayor que la *Olga*, salió del agujero de gusano creado por el motor. Provenía de las fuerzas de la RDA, su tripulación estaba compuesta por inteligencias artificiales libres, renegaban los métodos de sus hermanos que habían abandonado la forma humanoide y tomado camino en las perversidades de los mundos virtuales cuánticos que separan las dimensiones.

—Aquí el capitán Titán, de la *Nala*. Es un placer volver a verlo, Sigfrido —dijo aquel rostro cubierto por piel sintética, apenas podías percibir que aquello era un ser mecánico autónomo en pleno uso de su ciudadanía.

—Amigo mío, gracias por venir tan pronto —respondió con una sonrisa—. Sabemos que el enemigo puede estar en el sistema. Somos las dos únicas cosmonaves que pudimos acudir y de seguro ellos nos superan en números. ¿Cuánto falta para que llegues hasta aquí?

—Una semana a todo impulso. Hemos salido cerca del tercer planeta del sistema —respondió mientras verificaba los datos en su tableta holográfica.

—Igual que nosotros. Esperemos ellos que no lleguen antes. Nuestra única esperanza es que sus naves salieran más lejos que las nuestras.

—Bueno, mantengamos esa esperanza en pie. Trataré de estar contigo lo más pronto posible.

—Gracias, Titán, corto comunicación. —Sigfrido cruzó los dedos y pensó. No le gustaba nada esta misión. Tenía horriblos presentimientos y aquella recurrente pesadilla.

—La nave presenta algunos daños, debe ser la que ganó en la batalla de Asamis. Extraño que esté sola, ya casi han terminado las reparaciones, no puedo perder tiempo para atacar —dijo Lars para sí mismo mientras acariciaba el cabello de la híbrida que descansaba en su regazo.

—Las sondas de largo alcance de la RDA no nos han detectado, señor —informó el oficial de estrategia, un ser con una buena cantidad de implantes cibernéticos en todo su cuerpo, resaltaba su ojo derecho, el cual parecía un telescopio que no paraba de estirarse y contraerse.

El capitán dejó a la hembra que lo deseaba sexualmente y se colocó de pie.

—¡A toda potencia! ¡Todo el mundo a sus estaciones de combate! —Señaló al punto blanco en la pantalla principal y comenzaron a sonar las sirenas rojas por toda la espacionave que era impulsada por la energía del átomo.

Sigfrido comprobó el tanque holográfico central del puente, faltaban veinticuatro horas terrestres para que los aliados llegaran al planeta. Pensó en los inocentes

habitantes de aquel orbe, sus intenciones de fundar una familia, de prosperar bajo los principios del Nuevo Marxismo Estelar y la guía de la Santa Montevideo. Todas sus esperanzas estaban depositadas en él. Sabía que como un tiburón acechante, los traidores alemanes del oeste y sus aliados debían estar cerca. Todos ellos estaban permanentemente esperando, cada tripulante en su estación, con el traje cósmico colocado y la escafandra plegable comprobada. Si había una descompresión esta se colocaría inmediatamente. Por un segundo envidió a los amigos artificiales que a pesar de simular la respiración no la necesitaban.

—¡Capitán! ¡Detecto tres naves que abandonan camuflaje! —gritó el piloto, claramente asustado—. ¡Han disparado misiles!

—¡Maniobras evasivas! ¡Disparen las defensas y activen las torretas móviles que tenemos desplegadas! — Había ordenado espaciar las cien unidades que llevaban por varias zonas del sistema, en especial sobre la órbita sincrónica planetaria.

Una batalla estelar de grandes vehículos no puede medirse con parámetros de una aérea o terrestre, los misiles tardan horas en llegar de un punto a otro, las maniobras defensivas también toman su tiempo, el ejercicio de la paciencia, como si fuera un juego de ajedrez. Es vital calcular cada impulso de los motores y medir las trayectorias como sus correcciones. Lo más parecido a un enfrentamiento clásico es cuando se lanzan los cazas o naves de abordaje a corta distancia y solo se hace como último recurso.

Los misiles no pudieron impactar en la *Olga*, la cual salió despedida a toda velocidad para alejarse del planeta

y del sitio donde hacía de cebo. Con el último no hubo tanta suerte. La detonación fue en la zona trasera del vehículo, logró penetrar el escudo energético y destrozó una cubierta entera.

—¿Qué perdimos? —preguntó Sigfrido con fuerte voz.

—¡No queda nada de la central médica ni de clones! ¡Tenemos más de veinte muertos! —informó el alférez.

Perfecto, si moría sería de forma definitiva. Mala suerte habían tenido en el primer ataque. Muy mala suerte. ¿Qué pasaría con los heridos? La segunda estación médica no podría encargarse de todo. Ese misil no les hubiera impactado si hubieran tenido tiempo de repararlo todo.

Miró en el tanque holográfico, tres naves, una de guerra al mando, la fragata con IAs y un rectangular destructor de mundos. La fragata era la más peligrosa en este momento. Iba a ir por ella.

Las cien torretas esparcidas por el sistema hicieron sus cálculos y dispararon sus láseres en ráfagas. Varios disparos impactaron en la veloz fragata con las IAs pervertidas.

—Vamos por ellos. ¡Que no quede uno solo de esos seres artificiales! —escupió Sigfrido.

Aquello duró casi veinte horas. Los enemigos trataron de huir pero no pudieron, la *Olga* todavía era capaz de volar como el rayo. Solo faltaban dos mil cuatrocientos minutos para que llegaran los aliados, no habían disparado, mantenían oculta su posición. Bien, que siguieran así.

La fragata accionó todas sus armas para atacarlos, muchos láseres fueron contenidos por el escudo energético aunque otros se llevaron la vida de varios tripulantes. El rubio capitán no dio la orden, una hora más de viaje y serían suyos.

¡El reloj marcó el tiempo transcurrido! Los miles y miles de kilómetros de distancia se habían aniquilado, el miembro de la RDA giró su mano hacia la derecha con furia, era un gesto que significaba atacar con todo. Los torpedos brotaron de las escotillas blancas, los láseres pesados vomitaron una y otra vez su carga destructiva.

Lo próximo que sintieron fue explotar a la fragata, los trozos de metal quedaron por el espacio junto a varias IAs sobrevivientes que agitaban sus excéntricas extremidades mientras flotaban. Fueron tiro al blanco para los artilleros de proximidad...

A pesar de la algarabía, un destructor de mundos y una nave de guerra venían aproximándose como alma que lleva el Diablo. Un rayo concentrado de partículas proveniente de la nave rectangular los hizo perder el rumbo aunque no generó daños.

—¿Cuánto falta para que lleguen? —gritó el capitán mientras se colocaba de pie.

—¡Escasos segundos! —respondió el piloto con la frente perlada por el sudor.

La *Nala* hizo su aparición triunfante y acribilló a la peste GAO, el destructor perdió el escudo y varias secciones enteras se desprendieron. Inmediatamente contraatacó y andanadas de misiles nucleares hicieron sus respectivos destrozos en la nave aliada. Era imposible prever cual ganaría. Ambas estaban muy igualadas en todas sus capacidades y prestaciones.

—Coloquen una dirección que nos aproxime a la nave de guerra pero de forma elíptica, que no entremos en combate hasta que no esté decidida esta batalla.

—Sí, capitán. ¿Nosotros no ayudaremos a la *Nala*? —preguntó el piloto.

—No... Su forma de ataque... La reacción del enemigo. Ellos van a sacrificarse por nosotros, para que podamos proseguir lo más sanos posible hacia el último rival.

En ese momento se mostró en pantalla una comunicación proveniente de la *Nala*. Era su capitán.

—Sigfrido... Que no nos olviden... Si morimos nadie podrá transmitir su mente a un tanque de clonación. Ha llegado el final del viaje. ¡Vamos a inmolarnos!

—Amigo... Serás recordado... —Una lágrima corrió por el lado derecho de su rostro.

La nave de los creados por el hombre colocó un rumbo del cual era difícil escapar. Aquella maniobra de suicidio llevó cuatro horas en culminarse. El destructor de mundos, mucho más lento que su rival, trató de huir disparando. La *Nala* lo alcanzó y contrarrestó el fuego. Ambas naves, ya cerca de su destrucción, chocaron irremediamente y se convirtieron en una bola de fuego que alumbró el cosmos.

Sigfrido volvió a sentarse y colocó las manos sobre su nariz, pensativo. Esto no duró mucho ya que otra comunicación llegó a la nave. No era algo común recibir noticias del enemigo antes de un combate.

En la pantalla surgió el rostro del capitán GAO acompañado por su amante híbrida.

—¡Sigfrido! ¿Pero qué? —brotó de su labios. La comunicación no tenía retraso por la corta distancia.

—¡Lars! El que se fue... Mi primo... Te he visto en sueños, una premonición del destino regalado para aquellos que volvimos de un lado y del otro del espejo — contestó ya de pie y con rígida pose militar.

—Sugiero que te rindas... No será la primera vez que nos matamos en batalla aunque para ti será la última pues

veo los daños en tu cosmonave —dijo exultante y soberbio. Ya había recuperado el porte luego de su exabrupto.

—No pienso hacerlo. Sabes que mi vida está dedica al Marxismo Estelar. Si tengo que volver a asesinarte, a mi único familiar vivo, quédate tranquilo, las dudas se fueron hace mucho tiempo.

El ambiente en la nave era tan pesado que se podía cortar con un cuchillo que casi no tuviera filo.

—Entiendo. Te saludo, guerrero. Entonces no tenemos nada más que hablar. —Los ojos de Lars centellaron y cortó la comunicación.

Dos horas, era todo el tiempo que faltaba antes que ambas naves estuvieran en posición de tiro. Si Lars estaba ahí dentro no iba a ser sencillo. Jamás se retiraría y menos ahora que sus compañeros estaban muertos.

—¡Rápido! Quiero que estemos al mayor rendimiento posible, tenemos al enemigo que viene por nosotros y un mundo que espera nuestro triunfo. ¡Esas miles de personas serán esclavizadas por las fuerzas del capitalismo si no ganamos esta batalla! —arengó Sigfrido mientras se le escapaban gotas de saliva por su enervamiento.

La tripulación respondió con ánimos renovados. Muchas roturas fueron emparchadas y trataron que las torretas restantes enlentecieran al rival. Lamentablemente, la nave de guerra plagada de antenas y de formas irregulares en su casco, fue destruyéndolas una por una. Aquel hombre, su primo, su familia, al que había amado sobre todas las cosas, poseía un talento natural para la guerra. Hasta había negado ascensos en la GAO para poder seguir en el frente.

Se alimentaba de sangre. Era un vampiro. Un asesino despiadado que había arrasado continentes. No debía olvidarse de eso. La única forma de salvar el planeta era

matarlo definitivamente. Sigfrido tomó asiento y observó con atención el abarrotado puente de mando. En la pantalla principal se marcaban las trayectorias de ambos vehículos espaciales. Parecía todo tan lento. En realidad atravesaban el espacio a velocidades pocas veces alcanzadas por el género humano.

—¡Estén todos listos! ¡Va a venir por nosotros! —escupió el rubio mientras comprobaba nerviosamente el botón para disparar los misiles termonucleares.

El rival arrojó una andanada brutal de artillería contra ellos, los escudos desviaron buena parte pero de nuevo numerosas unidades lograron destruir varias cubiertas, lo que significaba más bajas. Hasta pudieron ver los cuerpos congelados volando por la pantalla central.

—¡Quiero el informe de daños!

—Capitán... El escudo apenas se mantiene en pie —no pudo apreciar quién le informó aquello—. Tenemos escasos minutos antes que el generador central le retire la energía.

—¡Malditos! ¡Denles con todo! ¡Ahora mismo! —La *Olga*, que mostraba agujeros por infinidad de lugares, disparó casi todos los misiles en abanico. Iba a ser muy difícil para el enemigo salir indemne de esto.

Así fue. Uno de sus motores principales se prendió fuego, implosionó por la materia oscura y el helio-3 que llevaba, una buena sección de la cosmonave se redujo a cenizas. ¡Pero Lars no estaba vencido a pesar que otros hubieran mostrado la bandera blanca para rendirse!

Un incendio recorrió la nave de guerra, cientos de cibernéticos, IAs e híbridos se quemaron vivos, Lars, con los ojos inyectados en sangre, selló el puente de mando y sintió el sonido provocado por las pocas cápsulas de escape

que funcionaban todavía. Su amante, mitad Asengary, yacía muerta en el suelo de metal, las extremidades arrancadas y la cabeza contra un rincón. ¡Maldita seas tres veces, Montevideo! ¡La peste de su dogmatismo no iba a doblegarlo!

El piloto y otros oficiales estaban en pánico, dejaron sus puestos, ya no importaba, él podía controlar la nave desde su sillón de comando. ¡Luego sería la hora de fusilar por inutilidad a esos seres de gravedad baja y sus tontos compañeros terrícolas!

La *Olga* brilló cuando apareció en la retícula de mira en la quebrada pantalla principal. Accionó las últimas cargas y cerró los ojos, deseando que dieran en el blanco.

La nave de la RDA se partió en dos, el casco automático de Sigfrido lo protegió de cualquier fuga de aire. Habían perdido la gravedad artificial y el generador principal pero quedaba una esperanza, la nave tenía un módulo delantero autónomo.

—¡Que nadie abandone su puesto! ¡Voy a separar la nave mientras disparo!

—¡No es posible! ¡Nos vas a matar a todos! —dijo el piloto y Sigfrido le propinó un violento cachetazo de revés.

—Aquí nadie va a traicionar a la RDA, ¡si no te matan esos fascistas desgraciados lo haré yo mismo! ¡Vuelve a tu maldito puesto! —sentenció airado y luego le dio la espalda.

La *Olga* dejó la mayor parte de su cuerpo atrás, el cual ya estaba por explotar, tenía tantos daños que debía ingresar rápidamente al planeta o se destrozaría. ¿Las losas de protección podrían soportar el calor de una reentrada a la antigua? Bueno, pronto lo averiguarían.

Sigfrido vació las reservas de armas y cartuchos láser. Seamos sinceros, disparó principalmente al azar, previendo las posibles rutas de escape de Lars. Acertó, ya que la nave de guerra se quebró en trozos y luego explotó. El capitán pudo ver que una cápsula de escape partía del puente. Solo podía haber un genio que se eyectara en el momento justo.

—¡Debe ser su líder! —concluyó igualmente el piloto.

—¡Síguelo a como dé lugar! —ordenó.

Los restos de la *Olga* atravesaron la atmósfera y el fuego los envolvió, lograron sobrevivir pero la reentrada no fue sencilla. Impactaron violentamente en un valle de infinito verdor.

Los cinturones de seguridad mantuvieron a Sigfrido sujeto a la silla durante aquel momento infernal. Cerró los ojos y escuchó los gritos de agonía de varios miembros de la tripulación. Luego, todo fue silencio. Se abrieron las correas, tomó la pistola láser de la funda y observó el dantesco panorama. El puente se incendiaba, el piloto yacía muerto. Tomó a un oficial parcialmente quemado y lo sacó fuera de la nave, lo mismo hizo con otros sobrevivientes.

Había pasado más de una hora sacando heridos. Ninguno estaba en condiciones de mantenerse en pie, sudaba a mares... Sudaba sabiendo que Lars debía estar aproximándose y él estaba liquidando sus fuerzas en salvar vidas.

—No puedo más —jadeó a continuación y se tomó las piernas con ambas manos.

—Primo, tanto tiempo sin verte —escuchó la voz del uniformado de la GAO.

—Lars. Un placer verte también. Sigues siendo hábil escapista —contestó tratando de erguirse.

—Ya nadie puede volver a vivir, esta es nuestra última existencia.

—Puedes hacerlo, ríndete. Este es un planeta de la RDA. ¡Serás tratado con justicia!

—¿Justicia? ¡No seas irónico, Sig! Esto no es libertad. ¡Es la opresión que no deja vivir al hombre! La raza debe diversificarse, el transhumanismo galáctico es el único camino.

—No... No estamos preparados. Es muy pronto. La humanidad es joven. No está lista. Esto lo hemos discutido innumerables veces.

—¡Eres un maldito! ¡Muere! —el disparo láser atravesó limpiamente el hombro derecho de Sigfrido, él contestó con otro tiro que hirió de muerte a Lars, este, ya caído entre la hierba para jamás levantarse, contrató con mayor tino.

Sigfrido se tocó la herida que atravesaba su pecho. Cayó de rodillas.

—Lars... ¿Estás vivo? —La sangre manó por aquella boca que recordaba el himno de la Alemania Oriental—. Levantados de las ruinas y con la vista al futuro, déjanos servirte bien. Alemania, patria unida... La antigua miseria debe eliminarse y la eliminaremos unidos. Lo sabemos pues el sol, hermoso como nunca antes, brilla sobre Alemania.

»Brilla sobre Alemania. Asegúrense la alegría y la paz para Alemania, nuestra patria. Todo el mundo anhela ahora paz, dale al pueblo tu mano. ¡Si nos unimos como hermanos, derrotaremos al enemigo del pueblo! ¡Deja brillar la luz de la paz! Así nunca más una madre llorará a su propio hijo.

—Llorará a su propio hijo. Déjanos arar, construir, aprender y trabajar como nunca antes, y, confiado de su propia fuerza, surgirá un pueblo libre. Juventud alemana,

las mejores aspiraciones de nuestro pueblo en ti se reconocen, le darás nueva vida a Alemania —continuó el otro agonizante para complacer a su primo.

—Y el sol, hermoso como nunca antes, brilla sobre Alemania. Brilla sobre Alemania.

Aquel himno en el que uno creía y el otro no, dejó de ser cantado y el miembro de la RDA cayó con violencia.

—Aquí estoy... Sigfrido... —Lars extendió su mano abierta, apenas podía moverse.

—Aquí estoy, primo... —El rubio caballero acarició aquella palma que tantas veces había tocado de niño, en los juegos, en las fiestas, aquella palma que lo consoló al llorar, pues él era menor en edad. Sintió la piel curtida aunque amorosa de su amigo, familiar, en realidad más que hermano... Y luego murió.

Los dos cuerpos, unidos, quedaron entre la vegetación teñida por sangre, bajo un sol extraterrestre brillante y una cálida brisa veraniega que los consoló en su última y belicosa exhalación suspirante. (★)

**LUNA, LA SANTA
DE BARRO**

**LO QUE SE PUEDE SABER
A TRAVÉS DE EL PISTOLA,
EL ELECTRICISTA, EN UNA
HORA DE DESCANSO:**

SELENE HÉKATE

Selene HéKate (Buenos Aires, 1988) es profesora de Literatura y se formó como artista en la Escuela Nacional de Arte lírico del Sodre y en otras instituciones donde hizo teatro y ballet. Es cantautora de rock experimental en La invención de Morel, ha participado en temporadas de ópera del teatro Solís y es corista de Mariano Gallardo Pahlen y Eli Almic. Ha publicado los compilados de relatos *10 relatos de una mujer placard* (2016) y *Desaparecer en el Otro Monte* (2023, Premio Incentivo Felisberto Hernández). Junto a su banda grabó el álbum *Trasmundano*.

Fua, qué mostro, gracia por birra, te la jugaste. Qué bien que me viene el descanso, che, ya estoy cerca de lo cincuenta, no é lo mismo, ¿viste? No sé hace cuánto tiempo que no entraba acá... Desde los año noventa, debe ser, que fue cuando me daba clase tu tía. Yo era un pendejo. Ah, no, ahora me acordé que vine hará eso de unos cinco año a arreglarle el enchufe del cuarto. Siempre tuvo todo igual. No me extraña que la casa tenga la misma instalación eléctrica de hace veinte año, pero ya casi termino y te dejo todo nuevito. Pa mañana mismo ya lo tené. Increíble estar acá. Que se haya muerto la Daisy... No era tan vieja, ¿no? Ahí va, sesenta y cinco, una piba. No somo nada. Tanto botija pasamo por este living... Nos hacía sentar en una silla, con la guitarra a lo guitarrista clásico, el pie apoyado así,

¿viste? Y ella se ponía en este sillón mismo, muy callada y seria, sin decir ni pío y te miraba tocar y hacer los ejercicio de solfeo. Un embole... con todo respeto por la señora que era un pan, pero perdón, no era pa mí eso. Creo que fueron poco los que le salieron guitarrista al final, yo me quedé con el bajo. Escuchaste hablar de Luna, me imagino. La santa. La mujer de barro le dicen también... Bueno, es mi ex. No. La vieja no te va a dejar entrar a verla. Yo la conocía de vista, estaba un año más abajo en la escuela, pero veníamos los do a guitarra acá. A veces tu tía nos hizo hacer dúo y bueno... ahí se dio todo... Yo me ponía tan nervioso cuando tocábamos junto... Qué chiquitos que éramo. Tu tía se daba cuenta de que había onda y me vigilaba, «mucho ojito», me decía. Y se reía de mí. De las pocas veces que la vi sonreír. Se terminó dando cuenta de que yo era un gurí bien, y una vez me dio un girasol del patio pa que se lo regalara a Luna. Yo no habré salido muy estudioso y no tendré guita, pero no soy un atorrante con las mujere. Cómo me costó Luna. Siempre fue la típica minita de esas que nunca supo lo que quería. Me dio mil vuelta antes de decirme que sí. Yo tengo mucho que ver con que haya salido cantante, y tu tía también porque sus clase de guitarra aburrían tanto que todos terminábamos estudiando otra cosa. Y bueno, fui yo que le dio el empujón con el tema del canto. Cuando nos hicimo novio yo ya tenía mi banda, Los chupaguasca, no... perate, creo que ya estaba con la otra, Narcóticos Conocido. Punk. No, nada de virtuosismo y esa mano. Yo llevo el punk en la sangre. Mirá: acá en el brazo izquierdo tengo el tatuaje de Sid Vicious, ¿sacá? Mi referente. Por eso me dicen El pistola. Yo escucho los

posta, no los Grin Dei y los careta eso. Y viste que el punk no es tocar bonito, no e pa dejar a todo el mundo con la jeta abierta por la técnica. Nosotros tenemos cosa pa decir. Mirá si iba a andar con los dedos sacando humo de entre los trastes, todo bien con las psicodelias del sinfín de notitas, swip pickin paquí y pallá y los coros de ángeles, como los metaleros y los prog. No. Es actitud, es filosofía de vida, papá. Y a ella, por mi influencia, se le antojó que quería ser cantante. Una vez estábamos en casa y se puso a cantar y resulta que descubrí que afinaba la botija, estaba desanimada con la guitarra y yo se lo dije, que cantaba bien y que arrancara pahí, así que yo fui el principal impulsor de su objetivo en la vida. El único que le dio padelante. Bueno, la vieja también, pero no sabía nada de música, solo de las telenovelas. Y la Luna empezó a juntarse con la prima, la Majo, que también iba a clase con tu tía. Resulta que escribía poemas y como Luna no estaba pa esa, le dijo pa que le hiciera letras de canciones y a mí también se me ocurrió que formara una banda de chicas. Fue mi idea. Aunque ahora no estoy tan seguro de que fuera buena. Capaz que la pifíe, ¿eh? Eso puedo reconocerlo. Ella se juntó con otra gurisa que no era del barrio y que tocaba la viola y me pidió que le pasara unos piques en el bajo a la prima. Ta, empezó a venir a casa. Ahora es correctora de estilo, le podés pasar el libro pa que le eche un ojo. Conseguir batera me acuerdo que les fue difícil, tuvimos que dejar carteles en varias academias de música, por muchas paradas de bondi y contenedores de basura. Es en donde más se fija la gente. Se llamaron Escapadas, porque eran tributo a De Ranoueis la banda de punk de los '70, no sé si sacás, solo que hacían las

canciones en español y le ponían las letras de la prima de Luna, la María José. Fue un furor en el barrio, purito macho caliente en los tres o cuatro toque que se mandaron en la plaza, nada más excitante que una mina haciendo música, y más si es punk rebelde y tiene corset y medias de red y te pone cara de mala. Sonaban bien además. Encaraban. Lástima que tuvieran tan poco toque y encima escenarios de cuarta. El que más me acuerdo es del que hicieron cuando una recaudación de fondo pal baby fútbol del barrio. Tocamos nosotros también con Narcótico, más una banda de cumbia y el conjunto de tamboriles. La Majo abrió recitando uno de sus poemas. No se entendía nada porque el micro acoplaba feo. Mientras tocaron se escuchó de fondo todo el tiempo la voz de un borracho que les decía que mostraran las tetas. Yo me calenté porque se metían con mi novia y lo cagué a palo, junto con el violero de mi banda. Lo corrí a la mierda. Entre el público estábamos los novios de las músicas, que éramos todos los gurises de Narcóticos conocido, también estaban algunos hermanos y primo, demás parientes y abuelas que se tapaban los oídos. Estaban los niños que jugaban en el equipo dueño de la cancha, correteaban cerca del escenario con choripanes en la mano y obviamente que habían sido obligados por los padres a quedarse un ratito más hasta la madrugada, para ver tocar a las pendejas, gritarles obscenidades y divertirse un rato. Estaban las amiguitas de la escuela y el liceo que habían llevado una cartulina con el nombre de la banda escrita en brillantina entre corazones. Ah, y Daisy. Siempre nos iba a ver. Aunque no le gustara lo que hacíamos. Las Escapadas duraron lo que un suspiro pero todos acá en

el barrio se acuerdan de ellas y dicen que eran mejores que mi banda, porque estudiaban música y eran prolijas. Claro, el punk igual no se trata de eso, de hacer cosa prolija, pa mí no entendieron mucho el sentido de hacer esta música. Y por eso duraron poco. Las bandas de mujere nunca salen adelante porque son unas arpías entre ella, compiten, se pelean. No son como nosotros que si tenemos un problema nos pegamo un rato y a los cinco minuto ya pasó todo, no. Ellas son rencorosa. Además cuando armás una banda donde son todos choma, eso te sale de casualidad, así espontáneo. Pasa que por lo general los que hacemos música somos los varones, no sé por qué. Cuando la banda es de chicas es porque eso se buscó, que fueran todas chicas y están más junta por eso que por la música que hacen. Capaz que me equivoqué, al decirle que fuera por ese camino, yo que sé. Luna se cansó de la banda porque estaba estudiando música y las otras dejaron y no se lo planteaban a esto como algo profesional, ¿viste? Querían llamar la atención, conquistar algo haciendo música, como les pasa a mucho que aprenden a tocar, lo hacen por el ligue, así que cuando se ennovió la bajista, todo se terminó, porque se salió de la banda. Luna dijo que igual entraba yo, al menos por un tiempo, mientras se conseguía otra persona, pa que no se perdiera el entusiasmo y ningún ensayo se interrumpiera, o que igual yo podía quedar fijo, porque no importaba el sexo, perdón, ahora se dice género. La idea era hacer música buena y no sé qué más, pero mirá si yo iba a estar en una banda rodeado de mina, iba a quedar como tremendo puto. Además la baterista faltaba mucho cada vez que había cumpleaños de alguien y a Luna le

parecía que tenía que ser como un trabajo, algo sacrificado. La guitarrista creo que competía mucho con ella, algo relacionado a líos de macho, yo preferí no saber porque era el novio de Luna, y si el que le gustaba a la guitarrista le tiraba los galgo a ella (como creo que era lo que se decía), yo al tipo le hubiera roto la jeta.

Así que Luna siguió estudiando canto particular, con alguien de afuera, no sé quién era y siguió con tu tía estudiando solfeo. Pila de año. Ahí ya pa cuando se desarmó la banda de las chica, yo tampoco tenía ya mi banda, primero porque se murió El Bruja, pero también porque alguno empezaron la facultad y decidieron que todo esto era cosa de adolescente, de una etapa. Pa mí eso es no tener el punk en la sangre en serio. Cortarse el pelo normal y usar traje y levantarse temprano y pedirle a la gente que no pise la alfombra nueva de su casa con los zapatos puesto. Andá a cagar, manga de vendido. Yo miro a mis amigo y me pregunto qué carajo les pasó. Es triste. Yo no terminé el liceo, porque ser punk es estar en contra del sistema que te vuelve uno más del montón, un sometido que hace lo que le dicen. No, señor. No sé por qué tu tía solo daba clase. Yo le decía «¿Pa cuándo un concierto?» La abrazaba así de costado, poniéndole la mano en el hombro y ella se sonrojaba y miraba pal piso y decía que no, que ella era profesora nomá. Tan tímida. Teníamos ese vínculo así, compinche. Nunca pude convencerla. Pero una vez en una clase le insistí y tocó pa mí. Pf, era increíble tu tía. Una sal. Cerró los ojos todo el tiempo que tocó, ahí sentada justo en ese sillón. Ahora que lo pienso físicamente tenía un aire a la Chavela Vargas.

Y bueno, te sigo contando, la Luna entró a una banda de unos veterano psicodélico, del palo progresivo a lo Pink

Floyd y esas mano, todos muy cultos, abogados, médicos, equipados a lo cheto, eran puro efecto de pedal y sintetizadores coso pum, yo qué sé. Les volaban los dedos y la cabeza. Ella estaba fascinada. A mí no me gusta esa música, pero es cierto que ni a Emerson Leik an Palmer tenían nada que envidiarle. Componían como loco, ensayaban dos vece por semana, todo muy prolijo y Luna venía cantando bastante bien, desarrollado un estilo propio por ponértelo de una manera. Yo le dije que a su manera de cantar se la podía describir como un hijo deforme producto de una orgía pasada de rosca entre el Rober Plan, la Christina Aguilera y un theremin. En los toque la gente enloquecía cuando hacía los agudo. Pero resulta que las esposa de los tipo no les dejaban usar la plata pa grabar, así que se presentaron a concursos por fondos pa hacerlo. No ganaron nunca. Y no. Con esa música rara de compase irregular que no se pueden bailar, ni sirven pa pogo y se la vendés a los únicos diez nerd que estudian música en este país... qué queré. Se presentaron dos o tres vece. Todas esas vece Luna se convenció de que era porque no tenían la preparación adecuada, y se esforzaba más y más, y hasta se agarró nódulos y tuvo que dejar de cantar un año. Pero yo, que conocía las bandas ganadora, le dije que bajara un cambio, que eran todas de esa bosta comercial, imitación barata de... mejor no digo quiénes pa no armar lío, temita de cuatro acordes en power chord que los hago yo y no soy guitarrista, y no es que eso esté mal, porque eso es el espíritu punk, solo que estos chetos tenían de punk menos que mi tía que teje en crochet y hace cosita de fieltro. Purito nene de mamá, claro, en la banda de Luna, tenían como cincuenta pirulo, y además, pa colmo, una integrante mujer. Con una mujer, por lo meno todos se hacen la paja, pero la

verdá que si no triunfaste en el rock antes de los 40 ya no te dan bola. Nadie quiere a un veterano sin pelo y con problema en la ciática en un escenario, ¿viste? A meno que ya sea una leyenda. Lo mejor es morirse a los 27 como hizo el Kurco. Yo sigo con lo mío igual, pero no me interesa la fama. Yo soy del under y a mucha honra. Luna, no, ella quería visibilidad. Los del jurado ese sabían meno de música que yo. Los que ganaron cantaban soplando por la nariz como corneta o ladraban como si estuvieran estreñidos. Este país no tiene buen gusto. Ella dejó la banda, convencida de que precisaba más formación y ahí la cagó feo, se metió con eso de la Ópera en una academia reaccionaria sacada del 1800, sacá, donde decir murga y punk es blasfemia y debe adorarse al señor todopoderoso Mozart y Puccini la reconchadetumadre. Se dedicó a eso durante tres año y siempre le dijeron que era una bosta como cantante, y venía llorando a casa y solo la tenían en el coro y los solo eran siempre pa los mismo y no sé qué y yo le decía que los mandara a cagar a todos y se fuera de ahí, pero se enojó y me empezó a decir que yo no entendía nada porque no estudiaba música y no sabía solfeo. Como se me empezó a hacer la cosa, terminamos dejando. Ese día que rompimos nos gritamo mucha cosa. «Ya estás grande pa la actitud rebelde de criticar y desafiar siempre todo» me largó, a lo que y yo le respondí: «Justamente eso es lo que tanto te gustó de mí en un comienzo, solo que la que cambió pa mal ahora sos vos, concheta vendida» y ella en medio de una inspiración filosófica me dijo: «tu rebelde en algún momento tendría que haber dado paso al revolucionario», eso me dijo. ¿Podés creer? Que se había quedado conmigo con la esperanza de que evolucionara, pero se había cansado de esperar y se había dado cuenta de que eso

nunca iba a suceder. «El revolucionario es como el rebelde pero organizado, autodisciplinado y vos no tené nada de eso, nunca vas a ser líder de ningún movimiento, no sos inspirador, apenas podés contagiar a otros adolescente a no tenderse la cama, a no estudiar, o no bañarse, contagiar e inspirar no son lo mismo, para inspirar se precisa altruismo, capacidad pa construir algo, un poco de autosacrificio y conciencia por el prójimo y ustede los rebelde son unos narcisista, unos locos aislados y marginados que se autoboicotean la vida», no sé, pila, y que me quedó grabado pa siempre. Todito eso me gritó señalándome con el dedo y juntando la ropa del piso. Nunca la había visto tan quemada. Me quiso hacer sentir vergüenza de dejar de estudiar y por seguir viviendo con mi madre. «La moda absorbió la actitud y la estética del rebelde, vas a tener que buscar otra cosa pa llamar la atención», fue lo último que me encajó y plam. Golpazo a la puerta. La verdad que un poco de razón tenía si hasta yo le había dicho algunas de esas cosa más de una vez, solo que me la jugó todita en mi contra. Yo la quiero a Luna, bueno, la quería, porque la conozco desde que iba al jardín, y entiendo que tomamos camino separado y que ella empezó a hacerse la concheta y de pronto yo ya era un pichi que no quería laburar y se pasaba fumando porro. Mirá que muchas de esas cosa que me dijo puedo llegar a entenderlas, pero el porro no me lo saca nadie, la gente viene y un día se va, como mi viejo, o te quiere y luego te odia como mi vieja, o se muere como mi abuela, al faso lo voy a tener siempre y ella no se bancó que yo tuviera otra, porque el faso era para ella como tener otra. «Es el porro o yo» me dijo más de una veh. Y no dio pa más, me acuerdo que en medio de toda esa perorata grandilocuente yo metí

un: «Yo seré un rebelde individualista sin voluntad, pero a vos ni la rebelde te toca, sos tremenda sometida». Y ta, yo no la juzgo del todo, bueno, ahora, capaz, porque se murió y a los muertos siempre los queremos y les perdonamo las ofensa. El ser humano é así. Escoria somo. Y mirá, tratando de entenderla, te digo que ser punk y psicodélico y no fumar porro es de careta, pero en la ópera te exigen mucho y las cuerdas vocale tienen que estar bien. Lástima que ella no se daba cuenta de que en esas academia se te meten en el cerebro y te lo lavan y terminás haciendo todo lo que te dicen. Luna se moría por encajar. Estaba en la Academia todavía, me acuerdo porque me lo contó, eso de que se presentaba al concurso EstrellaPop, en Argentina, pero me pidió que por favor no dijera nada, porque pa la gente de la Academia, cualquier otro género musical que no fuera clásico era una bosta y me dijo que se iban a reír de ella. Yo coincido igual, el pop es una mierda, pero ella ya tenía veinticinco año y estaba harta del anonimato y yo que sé... es que hay que decir cantaba mejor que cualquiera de las pelotuditas imitadores de Christina Aguilera o Celine Dion que se presentaron al concurso. Así que se fue pa la Argentina y pidió que no la filmaran en el proceso de selección, al menos al comienzo o si perdía, que no quería salir en la tele pa que sus compañeros uruguayo no la vieran, y viste, nadie es profeta en su tierra, alguno se enteraron de que ella estaba ahí, porque la vieja de Luna, pobre, es peor que mi tía que hace el crochet, porque no entiende nada, lo contó a todo el mundo, muy orgullosa y empezaron a hablar mal. En este país mediocre el éxito ajeno genera odios y envidia. Pero pa tapparles la boca a todos, quedó entre las finalista y tenían que filmar un video clip. Le mandaron el pasaje a la vieja pa que saliera en la

tele llorando, grabaron el momento en que se veían por primera vez, después de semanas, porque la llevaron de sorpresa, sin que Luna supiera y toda esa mierda cursi que no tiene nada que ver con la música y al público argentino le encanta. Pusieron una melodía tan melosa que daba gana de vomitar, mientras ella lloraba como si la vieja hubiera salido de un cáncer, y ponían todo en blanco y negro y en cámara lenta con primeros plano. Horrible. Y ahí se terminó por enterar todo el mundo. Hasta le armaron todo un set pa grabar en un barrio pobre, que pensaban era parecido a este, porque tenía pescadore y persona que carecían de recurso básico, pero que se prestaron pa salir en el video, porque parecía que ella se iba a hacer famosa. Querían sus cinco minuto de fama. Les pagaron con un pancho y una coca a cada uno, mangas de cerdos capitalista. Querían que ella mostrara sus orígenes de pobreza porque esa demagogia siempre vende y no sé que más, que las remil parió. Luna siempre tuvo su estilo propio hasta en el look. Cuando estaba con las Escapada, usaba el pelo corto con mechas violeta, después se lo dejó largo y matizó con alguna rasta, cosa que le hicieron sacar en la Academia, porque las rastas estaban prohibidas, el concierto se hacía de vestido de gala y collar de brillante y taquitos. Así que usaba el pelo negro, largo, lacio, con menos gracia que chupar un clavo, cosa que se adaptara a lo que se tuviera que adaptar. Los argentinos popero estos la tiñeron de rubio con ondas, a lo Shakira y le pusieron un top amarillo hecho con la tela esa de las bandana, ¿sacá? Así como estaba de moda en los dos mil y un shorcito bordó de cuerina apretado que yo sé que Luna no hubiera usado nunca, porque era medio santurrona. La vieja es tremenda beata castradora y ortiva y Luna no se animaba a mostrarse

mucho. En la banda de punk le había costado mucho lo del corset y las medias de red y eso que la pollera le llegaba a las rodillas. La vieja protestó y casi la sacó del certamen, pero Luna aceptó todito. Tenía hasta gorro de cowboy blanco y botas de cowboy blancas también, bien yanqui, como si eso tuviera algo que ver con Uruguay. O sea acá también hay vaca pero no es Estados Unidos, manga de pelotudos los argentino que copian todo. Después la llevaron a filmar a una parada de ómnibus, como si diera un concierto ahí y la gente se iba a ir arrimando a escucharla cantar y se iba a poner a bailar. Y ahí es cuando todo se vuelve más infame, aunque parezca que ya no puede caer más bajo, lo sigue haciendo, porque digamos, la música era un pop, pero la danza que ejecutaban los bailarines profesionales que salían en el video, que supongo no fueron contratados por pancho y coca porque esos hacen dieta, bailaban a lo samba brasilera. Nada encajaba con nada. La música era como esas canciones de la Britni, y había unos negros tocando el tamboril en el video, pero te juro que en la canción no sonaban los tambores, era solo la imagen y la gente debió de quedar sorda de meterse crayola en la oreja de bebé, porque no se daba cuenta y decía qué lindo lo de los tambores. Si serán idiota. Vergüenza ajena daba eso. Yo le dije a Luna, en una llamada, porque no éramos novio pero seguimos siendo amigo, que se largara a la mierda, que eso no era ella. Yo tuve un presentimiento de todo y si me hubiera hecho caso se hubiera salvado, mirá. Pero no quería despreciar esa oportunidad y se quedó, y se siguió quedando cuando le dijeron que se pusiera de espaldas a la cámara y se sacara el top. Así, de sorpresa, mientras filmaban en frente de todo el mundo, y el proceso del meiquinof del video también era filmado y lo pasaban en vivo y en directo

y ya le habían dicho que una de las cosas que buscaban en las artista pa ganar, era que supieran decir que sí a los direttore. Claro, a cualquier cosa, ya me imagino. Y ella lo hizo, se sacó el top y quedó en teta. Y mientras lo hacía, la idea era que se formaba una guerra de barro, alrededor de ella, porque no sé a qué tarado se le ocurrió que todos los hombre como iguale y pensamos que las mujere embarrada son sexy, cuando, pa decir la verdad, son un asco y el cliché más grande que a nadie se le pueda imaginar, como si a todos se nos parara igual. Y el video era sobre una pobre mina cantando una canción de amor, pero estaba pensado para que lo disfrutaran los macho.

Bue, la mancharon toda de barro. Y terminaron de filmar. Y ahí es cuando empieza lo raro. El elemento surreal de todo esto. La fueron a bañar y notaron que el barro no se le salía. Lavaban y lavaban y seguía habiendo barro. Con el agua se ablandaba y era como que podían moldearlo y cambiarle la forma del cuerpo. Es decir, su cuerpo se había transformado en barro, no sé si me entendé. Frotaron y frotaron y de pronto a mi pobre Luna se le cayó un dedo y le quedó un brazo mocho. Sí, el cuerpo de Luna era... es de barro. Sí. No sabés cómo les brillaron las moneda en las pupila a los productores, vieron millones de dólares en frente, en lugar de una pobre mina que sufría. Pero la vieja se negó, no quiso que hicieran guita con el dolor de la hija, que la expusieran así. Se la trajo a Uruguay. Pensamos que la vieja hizo bien. Se la llevó pa la casa y Luna vivió así, encerrada pila de tiempo. Se tuvieron todos los cuidados extremo con ella. La vieja es viuda y no tiene más hijo. No se le despega nunca, bueno, antes tampoco lo hacía, parecía El gran hermano, pero ahora es peor. Durante un tiempo la bañó, como si fuera un bebé, con cuidado de no cambiarle

la forma y la mantuvo lo suficientemente húmeda para que se pudiera mover y le sacó los insectos y las planta que querían metérsele. Qué más felicidad para una madre de esas que odian que sus hijas crezcan y se hagan mujere, ¿no? Sentirse útil y no perder la maternidad nunca. Los doctore le prohibieron a Luna que se pusiera al sol, porque podía researse, ¿viste? y eso no tiene vuelta atrás. Así que pa mí fue suicidio. Un día la vieja nos contó, desesperada, que mientras dormía la siesta, bueno, al quedarse dormida en contra de su voluntad, porque no lo había planificado, Luna se le puso al sol en el patio y se endureció. Quedó más durasel que ciertos políticos que conocemo. Mirá que de todo se intentó, no hubo caso. Igual yo no sé si ella está viva, ahora, detrás de toda esa quietud ¿sabé? Eso es lo más tétrico. Los vecinos fuimos durante mese con diferentes idea pa ver si podíamos ablandarla y hacerla flexible otra vé. Todo al pedo. Era casi como una propuesta desafiante de su parte. Lo único en lo que Luna fue segura. No cedió ante nadie. A mí me da hasta un poco de orgullo. Quedó tiesa, inamovible no importara cuánto hiciéramo. La vieja no se pudo perdonar nunca más esa tarde de somnolencia, lo único que tenía que hacer era dormir de noche y vigilarla de día, decía, y «Ni eso supe hacer bien», decía la pobre. Me da lástima. A veces la visito y tomamo algunos mate. Me le sientto al lado y miramo las turca. Está muy sola la señora, yo que sé. Pa peor, la gente de pueblo chico es imbécil, no supera el pensamiento mágico. Enseguida empezaron a decir que era todo un fuckin milagro de Dios. Como acá en El Otro Monte nunca pasa nada... a muchos yo sé que les divierte la situación. Por pila de tiempo le pusieron flore y la rezaron como a la Yilda, todos los hipócritas esos que se burlaron de ella. Los que le negaron los premio de

rock a los que se presentó, aparecieron queriendo ahora las canciones que ella mostró hace años, sí señor, pa hacer un disco. Son todos iguales, unos lacra. Los compañeros de ópera que le hicieron la vida una pesadilla, esos también, solo por matar la curiosidad, todos se acercaron hasta acá a ver la estatua viva. No venían al cumpleaños, no señor, porque quedaba lejos, ah, pero entonces se aparecieron, y hasta salieron a contar ante cámaras que la conocían de antes de ser famosa y que eran amigos y se hacían selfies con ella. No se pueden subir las fotos a internet porque la vieja de Luna demandó y está prohibido. La especie humana es así, saca tajada de todo. Pero yo la conozco de antes que ellos, soy el segundo casi en conocerla, después de la vieja y algún otro pariente que la habrá visto apenas nacer. La vieja se avivó, cobraba plata a la gente pa poder ir a verla, rezarle, ofrendarle y sacarse foto. Le hizo un altar en el patio. Le fueron creciendo plantas en el cuerpo. Si por esas casualidades logras que la vieja te la deje ver te vas a encontrar con una estatua verde. La vieja la poda con cuidado todos los días pa que no pierda la forma y le saca las hojas secas. Ojo, no quiero hablar mal de la vecina, ahora que me detengo a pensar medio que sonó feo lo que dije, eso de que cobra. Es pa pagarle un doctor en Estados Unidos que pueda revertir el asunto, porque los doctores que pueden arreglar todo nunca están acá, siempre son de Estados Unidos o de Cuba. O por lo menos pa conseguir un abogado que inicie una demanda a los del concurso pop de mierda ese, por dejarla así. Así que bueno, Luna fue medio famosa, por un tiempo estuvo todo lleno de paparazzi siempre, pero solo por unas semanas, porque el interés nunca dura. La gente se entretiene con la desgracia ajena un ratito y después vuelve a lo suyo y se olvida. Viste

cómo é. Pensé que ahora ella tenía lo que quería, notoriedad, pero no. Puede ser que yo la haya a juzgado mal, ¿viste? Porque me dejó y todo eso del despecho, pero parece que sí le gustaba el canto, no la fama. Ahora no puede cantar, las cuerdas de barro no fonan, y no tiene sentido ser célebre y muda, sí cantan los pájaros que le hicieron nido porque la creen árbol. Andá a saber, si es que está viva todavía, lo que piensa. Yo sigo insistiendo en que si me hubiera hecho caso y no hubiera ido a hacerse la estrella al programita ese, se hubiera salvado, la botija. ⊛

PEDAGOGÍA MICÓTICA

JONATAN LIPNER

Jonatan Lipner (General Rodríguez, Provincia de Buenos Aires, Argentina, 1990). Escritor y editor. Creó la revista *El Escupitajo de Oro*, con la participación de autores argentinos y de otros países de Latinoamérica. Publicó los libros de cuentos *La gran novela nacional* (2015) y *El precio del infinito* (2023). Actualmente trabaja en la serie de novelas *Un Reino de la Conciencia*, ambientadas en su universo personal, «el Gran Lienzo».

En las temblorosas horas en las que el delirio, asqueado de su circularidad perpetua, le ofrecía la semblanza de un reparo, lo único que el hombre era capaz de hacer era volver una y otra vez a aquella noche, a la fatídica noche en la que sus decisiones lo pusieron a merced de la entidad. La noche en la que destruyó su vida.

Soportando el dolor en lo alto de su cráneo, paladeando el sabor agrio de la podredumbre en su boca, trataba de poner orden a sus recuerdos alterados, con la esperanza de que una cuota de coherencia aplacara las erupciones de su mente. Sin embargo, sólo lograba encontrar más caos. Su memoria se había fracturado de forma irreversible, y el hombre se internaba en sus pasillos sabiendo que lo más probable era que se perdiese.

Asatet era su nombre. O quizás era Pravat. O quizás se llamaba Usnavi. O quizás no tenía nombre, y nunca lo había tenido. Podía recordar la pulpería, la desprevenida pulpería, la pulpería todavía entera, con su vocerío constante, con la música de las guitarras y las risas de los vecinos y los gritos de los hombres, de las mujeres, de la gente toda, que se entretejían en una

maraña cálida y húmeda, regada por las luces doradas que pendían del techo. Cuando todavía había techo, recordaba. Cuando todavía no había sangre ni vísceras ni pesadillas. El visitante había entrado esa noche. Era él mismo, se esforzaba en recordar el hombre. Había intentado ser él. No, era él, se corregía, él fue quien entró esa noche por la puerta, o ya estaba ahí, de alguna forma se había manifestado, entre la música y las risas y los gritos.

No, los gritos no. Los gritos llegaron más tarde.

Echó un vistazo alrededor, recordaba. Echó un vistazo alrededor y vio las mesas redondas rebalsadas, y vio la barra y al pulpero tras ella, que lo observó con un gesto hostil. Siguió paseando su mirada hasta encontrar un rincón oscurecido, una esquina díscola que parecía ajena al espíritu del lugar y se negaba a someterse por completo al imperio de la luz, sosteniendo una penumbra acotada al fondo de la cual se sentaba, ante una pequeña mesa, una figura encapuchada.

Hacia ahí se acercó el visitante, que era él, que él había intentado ser, hasta esa noche en la que la Realidad se desplazó. Colgó su bolsa en el respaldo de la silla, se sentó ante el desconocido y le preguntó si podía ofrecerle un momento de su tiempo. Que buscaba a alguien, le dijo, o quizás, que buscaba *algo*, un ser capaz de hacer cosas extraordinarias. O quizás haya dicho terribles. O quizás no haya dicho nada, y la figura encapuchada simplemente se abocó a cumplir sus deseos tácitos. «Si me permite —le ofreció la persona al otro lado de la mesa— me gustaría contarle una historia. Al terminar, ya me dirá usted si quiere seguir adelante».

Las palabras brotaban con claridad en su cabeza. El hombre las repetía, noche a noche, día a día, como si fueran los diálogos de una obra. Como si todo su lenguaje se hubiera condensado en ese diálogo, en esa historia, en lo que vino después. No debería haber seguido adelante, se decía. Debería haber huido. No sabía, pensaba, recordaba. Era él, y no tenía alternativa. «Tres atardeceres atrás —sonaban las palabras, sonaron esa noche en la pulpería—, entraron tres personas a este lugar. Uno era un Caballero. Por la calidad de su armadura, decente pero no flamante, se podía suponer que formaba parte de alguna subsidiaria con cierto prestigio. Otro era un Hermano del Fulcro, vestido con los atavíos de una congregación, digamos, afortunada. La tercera era una Exploradora de los Pueblos Libres. Llevaba un parche en el lado de la cara con más cicatrices, y la ropa cubierta por el barro del camino. Se sentaron los tres juntos en alguna de las tantas mesas y pidieron cerveza de inmediato. En la mayoría de las circunstancias, estas tres personas sólo habrían coincidido para matarse entre sí, pero justo en este caso resultó que eran amigas de la infancia».

Usnavi, Pravat y Zemu se llamaban, o así llegó a escuchar que se llamaban la gente de las mesas vecinas. El hombre se enredaba en los nombres. No terminaba de saber cuáles pertenecían los personajes y cuál lo identificaba a él, ni si él se había convertido, sin saberlo, en otro personaje. La historia se repetía en su cabeza, sin necesidad de que nadie la contara, tan clara como aquel día. Recordaba la mención de los comentarios por lo bajo, de las miradas de soslayo. Recordaba que se habían conocido muchos años atrás, antes de que

la política de los adultos definiera para ellos un rol, y no les quedara más opción que representarlo. En esos tiempos simples, sin negocios ni credos ni ideologías que se interpusieran en su identidad, se vieron entre sí en su más pura esencia, y se reconocieron en el entusiasmo y la lealtad del resto. Tiempos simples que se agotaron antes de que comprendieran de forma cabal cómo disfrutarlos, y que alumbraron una nostalgia tan sólida, tan crítica, que renunciar a ella implicaba renunciar a sí mismos. Luego, Usnavi se enfocó en su Marca, Pravat se entregó a una Pequeña Familia de su congregación y Zemu fue convocada para patrullar los Intersticios. No obstante, juraron encontrarse todos los años en la misma pulpería del pueblo donde se conocieron, al atardecer del equinoccio de primavera. Y ahí estaban, sonaban las palabras. Una y otra vez.

«No podés decir una cosa así», reclamó Zemu según la historia, para que Usnavi se riera a carcajadas y Pravat se acomodara en su asiento. «¡Pero si es verdad! —le contestó el Caballero—. Te lo estoy poniendo así para que se entienda». «¡Pero son personas!», insistió Zemu. Pravat no dijo nada. «Ya sé, ya sé —concedió Usnavi, desviando la mirada, mientras se encogía de hombros—. Era una forma de decir nomás. ¿Me vas a negar que era una buena comparación?». Zemu frunció el ceño, pero antes de que consiguiera abrir la boca intercedió Pravat, gesticulando con las manos en un esfuerzo por amansar la conversación. «Convengamos que comparar a los rebeldes con animales no queda muy bien», le explicó a su amigo. «¡Con hormigas! —se quejó el Caballero—. ¡Los comparé con hormigas! Tampoco estan grave. ¿Tan terrible es?». «¡Con hormigas

que estaba matando un nene! —se escandalizó la Exploradora—. Dijiste que te sentías como ese nene matando a las hormigas».

Aquella historia había cobrado fuerza en su cabeza durante los meses, durante los años que siguieron a esa noche. Habían sido años, se repetía el hombre, muchos años, aunque ya no supiera cuántos, aunque el dolor en su cráneo y el sabor en su boca lo torturaran como el primer día. Usnavi había encontrado en un pueblo a un muchachito que se divertía liquidando hormigas. Las aplastaba con sus dedos, con palos, con piedras, con cuchillos asesinaban a los rebeldes, uno tras otro, aunque se rindieran. Pero no se rendían. Las hormigas no se rendían e insistían en seguir con sus rutas, y el muchachito se dedicaba a masacrarlas, y el Caballero lo observaba con asombro, registrando la alegría con la que desmembraba a las hormigas, les arrancaba los brazos, las piernas, y la sangre manaba, y él tenía que verlo todo, y el dolor crecía, y las hormigas no decían nada, o en todo caso, el muchachito no las escuchaba. No podía escucharlas. Aunque las hormigas gritaran, aunque las hormigas rogaran, su súplica sonaría en una frecuencia incapaz de alcanzar los oídos de su verdugo, unos oídos que se encontraban al otro lado de un abismo insondable. Y en aquella sesión de tortura, tan alegre, tan despreocupada, Usnavi había visto reflejada su experiencia combatiendo rebeldes, la indiferencia que le causaban sus muertes.

«¿Podemos hablar de otra cosa? —les pidió Pravat—. Entiendo que este año las cosas se hayan puesto más tensas en algunas provincias, pero tratemos de recordar por qué estamos acá, más allá de lo que

hagamos el resto de los días». Había angustia en su voz, y en sus ojos desahuciados pendía una súplica imposible de ignorar. Tanto Usnavi como Zemu se rindieron ante ella. Se miraron entre sí y se reclinaron en sus sillas, cruzándose de brazos con gesto resignado. «Por favor —insistió el Hermano—, les pido una noche sin Marcas y sin Asambleas». «Y sin credos», le recordó Zemu, sin mirarlo. «Es verdad —concedió Pravat, bajando la cabeza—. Esta noche tampoco habrá credos».

Lo que sí hubo, recordaba el hombre, perdido entre las calles de una ciudad abominable, de una ciudad que lo ignoraba, que desviaba la mirada apenas divisaba el precio de su infamia; lo que sí hubo, se repetía, mientras trataba de poner sus pensamientos bajo control, de recordarse que eran suyos y no del delirio, como su cara era suya y suya era su carne; lo que sí hubo, pensaba cada vez que alcanzaba algo de calma, fue alcohol. Fluyó el alcohol esa noche entre los tres amigos, y su algarabía líquida aceitó las risas y licuó los rencores, y tras liberar sus funciones más primitivas, les permitió coordinarse en un nivel fundamental, en un nivel del que todas las formas de abstracción privan a la Humanidad, porque nadie quiere ser sólo la carne que habita.

Tan ebrios estaban, que no vieron llegar a la figura encapuchada que apareció al otro lado de la mesa, que pareció manifestarse ante ellos y los arrastró de vuelta a la Realidad. Si podían ayudarlo, les dijo, que no era del pueblo y necesitaba seguir con sus planes. O quizás les haya advertido sobre un cadáver en las afueras. O quizás haya hablado de los monstruos que habitan los caminos, de los asaltantes que se refugian en la noche,

de la entidad que se oculta en el Gran Lienzo, que descendió al Gran Lienzo para alimentarse de seres humanos a escondidas, mientras fragua sus planes ancestrales.

En cualquier caso, ninguno de los tres atendió al extraño, y optaron por echarlo con risas y sonidos groseros. O tal vez hayan recurrido a lo que su formación les había enseñado, y Usnavi trató de comprarlo, Pravat de convertirlo y Zemu de radicalizarlo. Siempre sin éxito. Siempre demostrando que ninguna de sus perspectivas alcanzaba. No alcanzaba, se repetía el hombre, llevando sus manos a la cabeza. Nada alcanzaba cuando los muros de la Realidad temblaban a su alrededor, y el caos venía a recordarle todo lo que había hecho mal, que hizo todo mal y no había salida. Era todo su culpa; toda esa gente, toda esa sangre. Fue él. Siempre se trató de él.

El hombre sabía que el delirio nunca descansaba, pero no tenía demasiadas posibilidades de resistirlo. Si acaso podía intentar posponerlo, aferrándose a la repetición afiebrada de aquel relato tejido en la penumbra, de esa trampa narrativa que apelaba a la memoria de tres pobres víctimas. Aunque todavía no les había pasado nada. Al ver a la figura encapuchada no les había pasado nada y simplemente habían pagado por sus bebidas, el Caballero había pagado y los tres habían salido de la pulpería, ayudándose entre sí para no caerse. «*¡Seamos libres, porque nada más importa!* —cantó Zemu bajo la luz de las lunas, sin molestarse en entonar—. *¡Seamos libres! ¡Libertad y nada más!*». «*¡No, no, no!* —se apresuró a contraponer Usnavi—. *¡Nada me da más satisfacción, que ser yo! ¡Estar a cargo de mi*

destino, tener el poder en mis manos! ¡Elegir es lo que me hace humano y yo elijo Ancoll!». «¡Estás promocionando tu Marca!», le reclamó Zemu. «Porque soy el punto en el que se apoya la Realidad —se apresuró a recitar Pravat—. Porque mía es la angustia de quien pena y el alivio de quien ríe...»

Vociferando y tambaleándose se internaron en la noche, sin saber en realidad hacia dónde se dirigían. Tales habían sido los estragos del alcohol, que los había privado de un rumbo con la misma perversidad con la que los impelía a marchar, y ahuyentaba hasta la pretensión más sutil de detenerse, de pensar en lo que estaba pasando. Sin embargo, el aire nocturno debilitó su hechizo, y al cabo de un tiempo sin forma, que se disolvió en sus conciencias intoxicadas, la lucidez golpeó la mente de Zemu, y ella se apresuró a rescatar a sus compañeros. «¿Dónde carajos estamos?», les preguntó de pronto.

Permanecieron en silencio por un momento, mirando hacia todas partes, valiéndose de la tenue luz azulada que caía del cielo para tratar de captar el mayor detalle posible de la Realidad que los rodeaba. Todo a su alrededor era campo. Pasto y arbustos y árboles y cielo, demasiado cielo, demasiadas estrellas, además de un sendero de tierra que se perdía en la penumbra. Entonces Usnavi levantó sus manos y señaló a lo lejos. «¿Qué es eso? —preguntó alarmado—. Me parece que allá hay algo». Por instinto, Zemu se aferró a su arco. Avanzaron con lentitud hacia un cráter que se abría a unos metros del camino, y al alcanzarlo se sobresaltaron al unísono: un Mago yacía muerto boca abajo, con las extremidades extendidas y la cabeza destrozada.

La piel amarmolada refulgía con un brillo lunar, y los ropajes con motivos geométricos se conservaban sin mácula. Los tres amigos se miraron entre sí, quizás para comprobar si el resto compartía el mismo nivel de terror que emanaba su mirada, o tal vez cerciorarse de tener más testigos, de no ser la única persona viendo aquello. Porque hasta donde cualquier ser humano supiera, matar a la gente de la Magia siempre fue algo extremadamente difícil, y la mayoría de las historias en las que había sido posible involucraban algún factor extraordinario, como podía serlo la Podredumbre o la intervención de los Singulares. Pero un Mago muerto así, en medio de la nada, en una provincia cualquiera, no podía anticipar nada bueno.

«¿Qué deberíamos hacer?», preguntó Zemu. Se esforzaba por mantenerse derecha. El resto la miró, pero no fue capaz de decir nada. «Creo que deberíamos... —ensayó una respuesta Pravat, mientras Usnavi se acercaba al cadáver—. Creo que lo mejor va a ser que volvamos al pueblo y avisemos a las autoridades». «¡Esperá!», le pidió el Caballero. Una urgencia brutal dominaba su voz, y fue tanta su desesperación, que congeló en el lugar al Hermano y la Exploradora. Usnavi estaba de pie, al borde del cráter, inclinado sobre la cabeza abierta. «No lo puedo creer —dijo, y en su voz entusiasmada no quedaba ya el menor rastro de temor—. ¿Alguna vez se preguntaron qué tiene la gente de la Magia en la cabeza?». Sin perder un segundo, sus amigos se acercaron a él. Al llegar a su lado, echaron un vistazo al cráneo del Mago, y en lugar de encontrar hongos descubrieron una piedra violácea, un icosaedro

que descansaba en el centro de aquella cavidad ostrera, como una perla.

Pravat y Zemu se miraron de inmediato. «¿Qué es eso?», se apresuró a preguntar la Exploradora. “No tengo idea —le contestó el Hermano—, pero por las dudas yo no lo tocaría. Hay demasiadas cosas que no sabemos sobre la gente de la Magia, o sobre la Magia en sí, para andar metiendo mano». Y enseguida, añadió: «Por no decir que estamos hablando, ¡de un maldito cerebro!». «Esto no se parece a ningún cerebro que yo haya visto —le contestó Usnavi, poniéndose de rodillas—, ¿Vos alguna vez viste un cerebro? Porque yo sí. Vi cabezas abiertas peores que esta y te juro que no se parecían en nada a lo que tenemos acá». «De todas maneras —intervino Zemu—, no lo toques. Al menos hasta saber qué es». El Caballero lanzó una carcajada irónica. «¿Ves? —le contestó—. Ese es el problema con las Asambleas: les falta iniciativa. por eso nunca van a progresar».

Apenas dijo eso, extendió la mano derecha hacia el cráneo y tomó la piedra en su interior. Sus amigos ya se habían inclinado sobre él cuando escucharon un siseo abrasador, tan solo por un segundo, antes de que el grito agónico de Usnavi les desgarrara los oídos. El Caballero elevó su puño cerrado, que parecía fundido a la piedra, mientras se tomaba la muñeca con la mano izquierda, sin poder parar de gritar. El aire se llenó de un hedor ferroso. Una multitud de luciérnagas azules brotó de la piedra y se elevó por encima de las cabezas del trío, para desparramarse en todas direcciones y caer a varios metros, formando un domo.

Cuando la última de las luciérnagas terminó de salir, Usnavi consiguió soltar la piedra y se derrumbó de espaldas. Todavía se tomaba la muñeca de la mano derecha. La palma había quedado carbonizada por completo, como si en lugar de estar hecha de carne, hubiera sido siempre de madera y hubiese ardido por demasiado tiempo. Pravat se arrojó al suelo junto al Caballero, que lloraba de dolor, pero no se atrevió a tocarlo. En cambio, permaneció inmóvil, con el semblante pálido, reducido a contemplar la agonía de su amigo. Zemu, en cambio, se mantuvo de pie, paseando su mirada por el domo, con las manos puestas en el arco. «Hay algo que está mal», dijo.

En todas las oportunidades lo decía, recordaba el hombre que contaban las palabras. Con los ojos de su mente, que temblaba cada vez más, observaba la pulpería y la mesa donde la historia estaba siendo narrada, y podía ver el relato como una sustancia que flotaba entre el hombre y lo que fuera que se ocultara al otro lado. Era él, había intentado ser él, y al pensar en su error volvía a encontrarse con la Realidad trastornada, con la Realidad retorcida al punto de poder ver el abismo al otro lado; y ya estaba de nuevo, pensaba. El delirio acechando, siempre acechando. Repitiéndolo todo. Repitiéndolo todo. Esforzándose por duplicarse, por envenenar su lenguaje. Repitiéndolo todo. En esos momentos, el hombre se obligaba a avanzar, a concentrarse en la masa amorfa sobre la mesa del bar, invisible para todas las personas presentes, pero no para él, que se introducía en ella y se veía transportado de inmediato a ese campo, a esa noche. A esas horas, a ese domo. A esos amigos en problemas.

«Hay algo que está mal», decía siempre la Exploradora, y lo dijo también en aquel momento, en el instante que antecedió al rumor de la tierra removiéndose, al sonido de los cadáveres ascendiendo a la superficie, los cuerpos de decenas de soldados caídos en batalla. Zemu lo escuchaba todo sin darse cuenta de que Usnavi nunca había dejado de gritar realmente, que aullaba y lloraba a su lado mientras Pravat conseguía de a poco recuperar la compostura, lo suficiente como para poder asistirlo. La Exploradora observó los cadáveres a su alrededor, la carne descompuesta que se desprendía de los huesos, los órganos que se filtraban a través de las heridas, los globos oculares que escapaban de sus órbitas. No coincidía ninguno de los uniformes, si es que podía llamárseles así, y los restos de armaduras que todavía cargaban eran muy diferentes entre sí. Zemu creyó entender entonces que no estaba viendo tan solo los muertos de una época. Demasiada sangre había corrido a través de la historia del Gran Lienzo, y demasiada gente había caído para empujarla hacia delante. Eran esas víctimas las que tenían ahora a su alrededor, los caídos de todas las batallas que se levantaban para arrastrarlos consigo.

En ese momento, Pravat levantó la vista y vio a su amiga de pie bajo las luciérnagas, aferrada a su arco, y más allá, a los muertos, que los vigilaban sin moverse. «¿Qué carajos está pasando?», preguntó, aferrándose al brazo de Usnavi. El Caballero ya no gritaba. Tan solo lloraba, en silencio lloraba un llanto ahogado, sosteniendo en alto su mano herida, indiferente a todo lo que sucedía. «No tengo idea —le contestó Zemu, mientras paseaba su vista entre los muertos—, pero no

creo que sea nada bueno». «En realidad —escucharon de pronto—, eso va a depender de ustedes». Conocían la voz, pero no terminaban de identificar de dónde.

Cuando la figura encapuchada apareció frente a sus ojos, como si todo el tiempo hubiera estado ahí, la reconocieron de inmediato. Zemu se apresuró a apuntarle con su arco. «Creo que te va a convenir conservar las flechas», le dijo el extraño. El arma tembló por un instante, descendió unos centímetros antes de volver a erguirse, y finalmente se derrumbó. «Tienen que admitir que les advertí —insistió la figura encapuchada, y su voz sonaba entretenida, como si estuviera disfrutando la situación—. Les dije que si venían para el campo se iban a encontrar con una de mis pruebas». Señaló el cuerpo del Mago. «Todavía estoy tratando de entender cómo funciona —les explicó—, aunque su amigo allá acaba de darme una pista importante». «¿Qué es lo que querés de nosotros?», le preguntó Pravat, sin prestarle atención a sus palabras. «No quería nada de ustedes —le contestó el extraño, sin molestarse en ocultar un desprecio fundamental—, pero ahora que están acá podemos jugar un juego. ¿Qué les parece?».

«Me parece que te podés ir a la mierda», surgió la voz de Usnavi. Sus palabras se imponían al dolor. Estaban empapadas de él, corroídas por él, pero se sostenían igualmente. «¿Yo? —preguntó el extraño, fingiendo confusión—. Pero si fueron *ustedes* los que causaron esto», y abrió los brazos para señalar a los muertos. Pravat y Zemu se miraron entre sí, antes de ver a su amigo. «*Ustedes* luchan, *ustedes* matan —continuó—. *Ustedes* forman supersticiones sofisticadas para que

siga corriendo la sangre, para poder humillar a sus semejantes un poco más. Si no se hubiesen encontrado por casualidad hace veinte años, los tres ya se habrían matado en un campo como este». Hizo una pausa. «Les puedo asegurar que se vuelve aburrido muy rápido — se quejó el extraño, haciendo una mueca—. Todas las muertes pierden su sentido. Todo sacrificio es inútil. Todo ese dolor, esa agonía... se echan a perder —finge un escalofrío—. Si algo quiero yo es que progresen, que se desarrollen, que sean más, que inventen más cosas, que hagan más ruido». «Y que juguemos un juego», le recordó Zemu. El extraño sonrió. «Oh, sí, por supuesto —pareció recordar—. El juego... les digo: es bastante simple. Pero es muy divertido. Lo inventé viéndolos pelear en la pulpería».

Los tres amigos se miraron entre sí y no necesitaron decir una palabra para comunicar la angustia que ya les había tomado las gargantas, que les cerraba los puños y los fundía al suelo. Llevaban sus ojos a los muertos y volvían a su amistad, y los llevaban a los muertos y volvían a la amistad, como si quisieran trazar un mapa de la Realidad, como si quisieran establecer que por fuera de las coordenadas de su vínculo los esperaba la perdición.

«¿De qué se trata?», preguntó Pravat. «¿Ven a todos los invitados que tenemos alrededor? —les explicó el extraño—. No les hicieron nada todavía porque están esperando la respuesta a una simple pregunta: si yo les dijera que van a matarlos a los tres juntos, a menos que uno de ustedes acabe con los otros dos, ¿matarían a sus amigos para sobrevivir?». La pregunta quedó flotando en el aire. Los tres amigos volvieron a mirarse, esta vez

con el ceño fruncido. «Es todo un dilema, ¿no es cierto? —insistió la figura encapuchada, sin molestarse en ocultar el placer que estaba experimentado—. Por un lado, si no hacen nada van a sufrir una muerte horrible, pero si cumplen las reglas, van a tener que vivir con el recuerdo de lo que hicieron». Enseguida añadió: «Si les sirve de consuelo, sus respectivas autoridades van a recompensar el heroísmo de sus acciones».

Poco a poco, los muertos a su alrededor comenzaron a moverse. Primero un paso, muy despacio, luego otro. Usnavi se volteó hacia ellos. Pravat buscó con la vista al Caballero, mientras sus rodillas temblaban cada vez más. Zemu mantuvo la mirada puesta en el extraño y las manos en el arco, y su semblante feroz dejaba a las claras cuál era su respuesta. Los muertos continuaban avanzando, con su andar pausado, y sus cuerpos deteriorados eran tan livianos que ni siquiera hacían ruido al caminar. Apenas si llegaba a escucharse, por momentos, el sonido de algún trozo de carne al caer al suelo, tras desprenderse, o el de algún hueso que crujiera por la súbita actividad. A medida que el cerco se cerraba, el círculo de los tres amigos se achicaba. Y se achicaba. Y se achicaba.

Finalmente chocaron sus espaldas y se miraron entre sí. En todos los rostros moraba una mueca de impotencia, y sus miradas ofrecían una clemencia anticipada, la tácita promesa de que podrían comprender que alguien se quebrara en ese punto, con los muertos sellando su destino. Entonces el extraño volvió a hablar. «Ahora que lo pienso —dijo— creo que no sería justo si tan solo tuviesen esas dos opciones. Si tuviesen que elegir entre morir o matar a sus amigos.

Creo que puedo ofrecerles un mejor trato». Indiferentes a sus palabras, los muertos seguían avanzando. «¿Qué les parece esto? —les propuso, ofreciendo las palmas de sus manos hacia arriba—. Pueden morir, como hasta ahora; pueden matar a sus amigos y sobrevivir, como hasta ahora; o bien... —y se detuvo un instante, como si estuviera eligiendo sus palabras con sumo cuidado—, pueden renunciar a su mejor habilidad. Lo que es decir, a su mejor posibilidad de ejercer poder sobre otra persona»,

Al llegar a ese punto, recordaba el hombre, la narración se detenía, siempre se detenía. El relato que flotaba encima de la mesa se disipaba y la figura encapuchada en la penumbra se inclinaba hacia delante con avidez. El visitante, que era él, no podía olvidarlo, que había intentado ser él, invitando a la catástrofe, se limitaba a sonreír. La pulpería continuaba enfrascada en su festín de música y de risas. Con el tiempo, el hombre había aprendido a leer en el pasado el porvenir que se gestaba en el presente, y le bastaba un breve esfuerzo para experimentar las filtraciones que desparramaba la materia temporal, que le permitía percibir lo que iba a suceder cuando todavía no había sucedido.

Estando ahí, entonces, el hombre escuchaba los gritos silenciosos, observaba la sangre invisible, y un alarido de horror rasgaba su garganta sin haber nacido. Estaba pasando, pensaba, todo el tiempo pensaba, todo el tiempo estaba pasando y volvía a pasar y él no podía hacer nada. Aunque se rogara no seguir adelante. Aunque intentara concebir otro pasado, el pasado en su propia carne le recordaba que no había, ni habría de haber, ninguna escapatoria. Y al llegar al

punto culminante de la historia de los tres amigos, a su enfrentamiento con la entidad, sólo podía decir lo que siempre había dicho: «Llegados a este punto, me gustaría preguntarle qué haría si semejante entidad se presenta ante usted».

En lugar de contestar, recordaba, el visitante buscó en su bolsa y fue colocando sobre la mesa un globo ocular encerrado en una esfera de vidrio, una lengua de oro y una mano izquierda embalsamada. Tres recordatorios que había conservado de sus tres víctimas. «Llegados a este punto —dijo entonces el extraño, sin mover la boca, hablando directamente en la cabeza del hombre encapuchado, del hombre que jugaba a esconderse en la esquina díscola de la pulpería—, yo tampoco jodería conmigo».

No era su intención, pensaba. No sabía. Una mano, una lengua, un ojo. Emanaban sufrimiento, cargaban una huella psíquica y el hombre podía percibirla a través de las grietas en la Realidad, que comenzaba a resquebrajarse. «Tengo que admitirlo —dijo el visitante—, realmente eran buenos amigos». Hizo una mueca de fastidio. «Habría apostado que alguno se iba a quebrar, pero aceptaron la oferta con bastante entereza. Más allá del sufrimiento, por supuesto». La Realidad temblaba, y la figura encapuchada temblaba con ella. «Ahora bien —continuó el visitante—, con esta excusa fuera del camino, ¿podemos hablar del verdadero problema que tenemos acá?».

No era su intención, se repetía. No sabía. No era su intención. Le pareció gracioso, inofensivo, minúsculo. «Quiero ser honesto con vos —le confesó el visitante, apoyando el brazo en la mesa e inclinándose hacia él, mientras sus ojos abandonaban toda pretensión de

humanidad, mientras estallaban en las llamas de un fuego cósmico—, yo pienso que esto que estás haciendo es bastante divertido. Pero *ustedes*... Ustedes homínidos son raros. Tienen esta obsesión por la fuerza, esta devoción por la jerarquía». El semblante del hombre se volvía cada vez más rígido bajo la capucha. «¿Entendés lo que te digo? —insistió el extraño—. No tengo nada contra vos, pero si dejas que me imites, que uses mis anécdotas para estafar a la gente, la Humanidad va a pensar que ni siquiera existo». El cuerpo del hombre comenzó a retorcerse bajo el influjo de una invasión orgánica. «Estás diluyendo mi Marca, como le gusta decir a sus tribus».

Tenía que parar, se decía. Tenía que pensar en otra cosa. Tenía que enfocarse en el suelo o en el cielo o en la capucha que se caía mientras el dolor en su cabeza lanzaba sus primeras chispas. El extraño levantó sus manos y chasqueó los dedos. Toda la gente de la pulpería quedó detenida en ese mismo instante. «Así que decidí ponerte como ejemplo —le dijo—. Más que nada para que tu especie no tenga dudas de que existo. Que cuenten sus historias al verte, que siembren el miedo. Atrapado en su lugar, sintiendo bajo su piel el crecimiento de una red que no paraba de ramificarse, él buscó las miradas del resto de la gente y pudo ver el terror en sus ojos. Estaban conscientes. Siempre estuvieron conscientes, experimentándolo todo. «Creo que es para mejor. Lo necesitan. Les da una dirección, un marco de referencia —siguió el extraño—. Dicen querer evitarlo, pero siempre vuelven a él. Se valen de él. Es su herramienta original, y van a deshacerse de

todas las demás antes de renunciar al miedo, antes de mirar a las estrellas sin ahogarse».

El suelo, el cielo, se repetía. El techo volaba por los aires. El firmamento se desnudaba para aquellas personas, que recibían la luz azulada de las dos lunas pero no podían devolverles la mirada. «Supongo que es parte de la ilusión, ¿no? —aventuró el extraño, poniéndose de pie—. Como si el instinto justificara la percepción de una identidad. Como si la posibilidad de perder algún grado de integridad implicara la existencia genuina de un ser». Caminaba entre la gente y la miraba sonriendo. Una alegría infantil iluminaba sus facciones. «Realmente creen que son, ¿no es cierto? —le preguntó en voz alta, tocando a la gente con la punta de sus dedos, con afán curioso—. Que hay algo ahí adentro... —y se corrigió de inmediato—: Alguien».

Él trató de moverse, pero no pudo. Algo crecía en su interior; algo trepaba por dentro de su cuerpo y no era capaz de evitarlo. Gritaba, con toda su fuerza gritaba, y su grito se replicaba de forma errática entre los años, lo sorprendía en noches fiebradas y le confirmaba que seguía ahí, en la penumbra, atascado en la mesa, bajo la luz de las lunas, observando a la entidad bailar entre seres humanos que lo único que podían hacer era mover sus ojos con desesperación. Sus gritos no parecían alcanzar al extraño.

La entidad se enfocó en él. «Vos sabés que no es cierto, ¿no? —le preguntó—. Es gracioso. Hasta yo caigo en la trampa. Su lenguaje ciertamente no lo hace fácil. Quiero decir, las palabras no crean ni describen la Realidad: manifiestan un concepto, le dan una entidad temporaria, bastante acotada, para que la

comunicación pueda hacer su trabajo. No hay vos en vos. No hay nadie acá realmente, aparte de mí. Por eso, cuando yo hago esto —y movió su mano izquierda, para que las ropas de todas las personas presentes se rasgaran, como si un ejército de sombras tirara de ellas—, no estoy dañando a nadie».

Vio los cuerpos, tantos cuerpos expuestos, y en su desnudez no encontró más que tristeza y desamparo. Se veían vulnerables, demasiado vulnerables. «No son más que el efecto secundario de un mecanismo de supervivencia —le recordó el extraño, mientras la carne de la gente comenzó a deshilacharse frente a sus ojos—. Un proceso emergente que decidió justificarse a sí mismo con mitologías, para no tener que lidiar por completo con las consecuencias de su naturaleza material». Con cada una de sus palabras arrancaba brazos, piernas, y la sangre manaba, y él gritaba, y el extraño no parecía escucharlo. «Un conjunto de interpretaciones ilusorias de un entorno indiferente —continuó la entidad—, confundido por la capacidad de conservar una percepción, restringido a una fracción infinitesimal de todo lo que existe, atrapado en las estrechas escalas de su insignificancia».

Algo trepó por su garganta. Algo se arrastró bajo su lengua y conquistó su paladar. Algo se metió en su cabeza y luchó por salir. Tanta presión hizo, que él pensó que iba a explotarle el cráneo en ese mismo instante. El extraño se acercó a él y le señaló los cuerpos desnudos, los cuerpos que se despedazaban frente a sus ojos, y en los ojos de toda esa gente él vio que seguían vivas, que estaban sintiéndolo todo y no podían hacer nada más que interpretar las ilusiones de un entorno indiferente.

«¿Lo ves? —insistió la entidad—. Carne. Nada más que vehículos de carne trasladando una ficción que se teje a sí misma. Por eso quiero ayudarles. Hay existencias mucho más grandes allá fuera. Observando. Calculando. Sus dioses no van a poder protegerlos».

En ese punto, el extraño se sentó frente a él una vez más. «Tenés que admitir que te estoy dejando una buena anécdota —le dijo—, además de una lección que no vas a tener forma de olvidar. Hablando de eso, quiero ver cómo te queda». Con un gesto de su mano, le ordenó a la colonia en su interior que brotara, que partiera su cráneo desde adentro y se abriera a la Realidad y llenara con su presencia el hueco en su cabeza, sellando de inmediato cualquier pérdida de sangre.

Eran los hongos, los mismos hongos que seguía cargando, los mismos que trató de arrancarse tantas veces, sólo para descubrir que volvían a brotar. Los hongos cuyos micelios le empastaban la boca y le amargaban toda bebida y toda comida. Los hongos que lo convirtieron en un monstruo. «¡No lo puedo creer! —celebró el extraño entre risas, tomándolo por el mentón y girando su cabeza a un lado y al otro—. Te ves muy gracioso. Me encanta».

No entendía. Trataba de entender y no entendía. Eso no debería haber pasado, se decía todavía, esto no debería estar pasando. Así no debería funcionar la Realidad. No terminaba de saber si seguía formando parte del Gran Lienzo, si había reglas que no le habían contado, si había otro plano detrás del plano reservado para la Humanidad. Ajeno a su angustia, el extraño tomó los tributos de los tres amigos que había dejado

sobre la mesa y se puso de pie por última vez. «Yo diría que esto fue bastante educativo, ¿no te parece? —le dijo—. Creo que incluso aprendiste más que ellos». Agitó los tres restos abominables y los guardó en su bolsa. Caminó hacia la salida.

Él seguía sin entender. Se esforzaba, soportaba el ardor en su cabeza y se esforzaba por encontrarle un sentido a los hongos en su cráneo, al edificio sin techo, a los charcos de sangre que se extendían por todas partes, a los cuerpos que seguían desarmándose frente a sus ojos. A la entidad que se detenía en el umbral. «Oh, perdón —le dijo, sin molestarse en mirarlo—. Casi se me olvida». Chasqueó los dedos y se disolvió en la noche.

En las temblorosas horas en las que el delirio retrocedía, cansado de protegerlo de sus propios reclamos, el hombre no podía evitar volver a ese sonido, a ese último chasquido en medio del abundante silencio, interrumpido apenas por su llanto. El chasquido que reverberó en los restos de la pulpería y que aún lo perseguía a través del tiempo. El chasquido que liberó a las víctimas de la entidad, que les permitió moverse, que les permitió expresarse. Entonces llegaron los gritos, los innumerables gritos, expandiéndose hacia todas partes, arrasando con el lugar; la agonía contenida, que se desataba por completo y se consumía en un íntimo instante de padecimiento colectivo. La sangre manó sin cesar, liberada como liberadas estaban sus fuentes, que habían caído al suelo, que se agitaban en el suelo como insectos enloquecidos. El hombre trató de ver personas frente a él. Trató de encontrar la humanidad en esos cuerpos que se movían cada vez menos, cada vez

menos, cada vez menos, pero sólo pudo ver vehículos de carne. Cuando la impotente lucha terminó, lo único que quedó fueron los cadáveres. Donde parecía haber algo, no había nada, y él no entendía.

Se negó a comulgar con el extraño. Se esforzó en sostener que esas personas habían existido, que *tenían* que haber existido. Que siempre existieron. Que siempre iban a existir. Se forzó a sostener su propia humanidad, el relato de su humanidad, a recordarse que era alguien, que *debía* ser alguien, para que todo el asunto tuviera sentido.

Tenía que tener sentido, se dijo, antes de huir del lugar, oculto bajo la capucha. Tenía que tener sentido, se decía todavía, perdido en las calles de una ciudad abominable, mientras sentía cómo despertaba una vez más el delirio, cómo lo envolvía, cómo le permitía olvidarse de los hongos en su cráneo y los micelios en su boca. Con tal de no aprender la lección, se entregaba en su humanidad a una circularidad perpetua. ⊛

Y TAMBIÉN TU HAMSTER

MARCELO MEDONE

Marcelo Medone (Buenos Aires, 1961). Escritor, ensayista, periodista, dramaturgo y guionista. Textos suyos han sido publicados en múltiples idiomas en 50 países y premiados en numerosos certámenes internacionales, entre los que destacamos el concurso Gerardo Piña-Rosales (Minnesota, EEUU, 2021) y el VI concurso de cuentos infantiles Los niños del Mercosur (Córdoba, Argentina, 2009). Ha publicado el libro de relatos *Los que están en el aire* (2023). Reside en Montevideo.

Me bajé del tren en la terminal de Retiro y salí rápidamente hacia la Avenida del Libertador, en medio del gentío que regresaba a su casa al atardecer. La ciudad de Buenos Aires bullía como un hormiguero en plena actividad. Una diferencia notable con mi apacible Montevideo.

Encaré la subida de la plaza San Martín y me empezó a faltar el aire, acusando mi falta de entrenamiento y la necesidad de dejar definitivamente el cigarrillo. Llegué al hotel Plaza con el tiempo justo para la conferencia «Continuum no linear y aceleración cuántica – perspectivas futuras» del famoso científico canadiense Max Scanlon.

Yo ya lo había entrevistado cuando había publicado su revolucionario *paper*: «Entrelazamientos de los estados cuánticos no ortogonales asociados a sistemas no lineares». Como investigador de física aplicada a la biología y periodista free lance, siempre me esforcé por estar al tanto de los últimos descubrimientos teóricos en mi campo. Algunas revistas en el Uruguay y en el exterior me pagaban bastante bien por mis artículos de divulgación y mis entrevistas. Así que no podía perderme la oportunidad de verlo a Scanlon en la cercana Buenos Aires y quizás hablar

nuevamente con él en privado. Contaba con su proverbial memoria fotográfica y mi simpatía para llegar hasta él. Lo de simpatía es un decir: en Vancouver lo había abordado en el bar del aeropuerto y había accedido a hablar conmigo luego de invitarle un trago, que se convirtió en varios. Tenía a mi favor el conocimiento de sus tres debilidades: su predilección por la adulación inteligente, su afición a la bebida que era casi una verdadera adicción y su admiración por el fútbol argentino, específicamente por el equipo de San Lorenzo de Almagro. Pero eso había sido hacía seis años. Y desde aquel entonces Scanlon se había convertido en toda una celebridad.

Luego de la presentación de rigor por el anfitrión patrocinante —un fabricante surcoreano de paneles solares y lámparas LED de alto rendimiento—, un enjuto y envejecido Max Scanlon vestido con una impecable camiseta blanca, saco y pantalones negros y zapatillas deportivas azules se adelantó al frente del escenario, provisto de un pequeño micrófono inalámbrico. Se plantó bajo los focos, sonrió, nos miró a todos con sus penetrantes ojos de águila y comenzó con su exposición, en un español casi perfecto:

Todos los seres vivos mueren, eventualmente. Vivir y morir se definen por complementariedad. No puede morir quien no ha vivido previamente, y vivir implica algún día morir. Así que alguien muera es solo cuestión de tiempo.

Ustedes, los argentinos, idolatran a Borges, como yo, que aprendí a entenderlo desde muy temprano acá en Buenos Aires. Les voy a contar una anécdota que me marcó del gran bardo ciego. Seguramente, muchos de ustedes la conocen:

En 1957 se había corrido la voz de que Borges había muerto, saliendo la noticia en el diario Le Figaro de Francia y

en la revista Time de los Estados Unidos. Su amigo Ulyses Petit de Murat le escribió: «Mi muy querido Georgie, me enteré de tu muerte. Como sé lo exagerada que es la gente, no lo creí; de lo contrario, no te hubiera escrito, porque no mantengo, por lo general, correspondencia con los ectoplasmas. Lo hago en primer término para desearte lo mejor del mundo para ti y a Leonorcita en el año que se aproxima, y en segundo término para que unas líneas tuyas me ratifiquen la seguridad de tu permanencia en forma rotunda». Días después, con alivio, Ulyses recibió esta esquela: «Querido Ulyses: Aquí estoy vivo y coleando a pesar de Le Figaro. La noticia no era falsa, sino (como siempre ocurre en tales casos) prematura y profética. Mientras tanto mis mejores deseos y los de madre por un gran 1958 para ti y los tuyos. Un abrazo de Jorge Luis Borges.»

De más está aclarar que Jorge Luis Borges murió a mediados de 1986 en Ginebra, casi 30 años después. Pero, finalmente, Borges tuvo razón: según sus propias palabras, la noticia no era falsa, sino prematura y profética.

Scanlon nos tenía a todos cautivados, hablando en su envidiable español con acento argentino, uno de los múltiples idiomas que presumía de dominar. Es bien sabido que en la década del 60 había vivido en Buenos Aires y había sido compañero de andanzas de un jovencísimo Viggo Mortensen, el actor estadounidense de origen danés y canadiense, junto a quien aprendió a ser fanático del club San Lorenzo.

Luego de unos breves aplausos entusiasmados del público ante la anécdota de color local y de tomar un vaso de agua, Max Scanlon continuó:

La religión, los filósofos, los científicos y los artistas se han ocupado del tema del tiempo y de la muerte desde los

comienzos de la civilización humana.

El siempre inteligente director de cine Woody Allen, en una de sus obras maestras de 1986, Hannah y sus hermanas, nos brinda su visión sobre este tema:

El personaje ostensiblemente autobiográfico interpretado por Woody Allen le dice al de la actriz Carrie Fisher (la misma de La Guerra de las Galaxias, fallecida en 2016), luego de pensar que estaba a punto de morir por un tumor cerebral finalmente inexistente: «Nuestras vidas no tienen sentido. No moriré hoy, tampoco moriré mañana, pero al final me moriré». Carrie Fisher le responde: «A la larga, nos sucederá a todos». Woody le responde: «Tú morirás, yo moriré, los de la audiencia morirán, los de la cadena de televisión morirán, los anunciantes morirán, ¡todos!» Carrie Fisher le contesta: «Sí, lo sé. Y también tu hámster».

Ustedes se preguntarán: «¿Qué tienen que ver Borges y su muerte anticipada, Woody Allen y su hámster con la física cuántica?». La respuesta es: todo. El tiempo, esa gran incógnita que nos marca como mortales, es una variable de mis ecuaciones. Por lo tanto, la vida y la muerte se transforman también en variables. Y si podemos entender y manejar el tiempo, podemos entender y manejar la vida y la muerte, la mortalidad y la inmortalidad.

Durante los siguientes cuarenta minutos, Scanlon se enfrascó en tratar de mostrarle a un público heterogéneo —la mayoría no expertos en física— por qué las ecuaciones respaldaban sus postulados. Incluso a mí me costó seguirlo en determinado momento. Lo que era indiscutible era el manejo magistral del espectáculo que desplegó —como siempre— aquella noche. Para eso lo habían invitado, para que hiciera su *show*. La parte científica, pueden leerla en las revistas especializadas.

Después de la conferencia, dispusieron de unos minutos para preguntas. A unos cuantos de los periodistas acreditados yo ya los conocía.

Justamente, una hermosa cronista del *American Journal of Physics* —que había compartido conmigo una apasionada noche de hotel en una convención en París— le preguntó:

—¿Cuán cerca cree que está usted de encontrar la ecuación unificadora de la física que no pudo formular Einstein?

—Cuando lo logre será como una explosión atómica que iluminará el firmamento de la ciencia. Puede ser mañana, dentro de un año o nunca —dijo, sonriendo.

Un periodista de un canal de noticias argentino le preguntó:

—A propósito de Borges, ¿cuál es el libro que más le gusta de él?

Max Scanlon se quedó pensando un momento y luego respondió:

—Como volumen de cuentos, *Ficciones*. En ensayo, *Otras inquisiciones*. De poesía, no puedo opinar. Los cuentos particulares que más me impresionaron por su trascendencia metafísica son varios. Recuerdo especialmente a: «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», «Funes, el memorioso», «El inmortal» y, por supuesto, «El Aleph». En otro registro, «El Evangelio según Marcos» también me parece memorable.

Luego del aplauso enfervorizado de los asistentes, un reportero de la CNN le preguntó:

—¿Qué opina de la misteriosa desaparición de varios científicos relacionados con su campo de investigación como el doctor George Papsidera, el catedrático Walton

Seymour Hemsley, la doctora Janet Margolin y el profesor Hans Thysen, todos ellos candidatos al Premio Nobel de Física? ¿No tiene miedo de desaparecer también usted? ¿Piensa que están muertos? ¿O han sido reclutados para algún proyecto científico militar secreto? ¿Hay una conspiración detrás de esto?

—Sería un honor para mí desaparecer y estar en la misma lista que las eminencias que usted acaba de nombrar. A lo único que le tengo miedo es al paso del tiempo: he logrado entenderlo y cuestionarlo, pero todavía no he logrado evitar que me lleve puesto, como a todo el mundo.

Ante una periodista local que pretendía hacerle otra pregunta, Scanlon dijo:

—Ha sido un placer y un privilegio estar con ustedes. Les deseo un feliz regreso a sus hogares y una larga vida hasta el momento de su inexorable muerte.

Luego, Max Scanlon nos dedicó su más magnífica sonrisa, hizo una reverencia de agradecimiento y se retiró del escenario, ante una multitud de aplausos.

Intenté localizarla a mi antigua amante norteamericana, pero había desaparecido: esa noche iba a dormir otra vez solo. Pero no debía olvidarme de la razón por la que había ido a la conferencia.

Conocedor de los vericuetos del Plaza y de las costumbres de Scanlon, me colé hasta el bar del hotel. Como sospechaba, allí lo encontré, en la solitaria barra, enamorado de un gin tonic y fumando un cigarrillo sin filtro.

Me le acerqué y le dije:

—Profesor Scanlon, lo felicito por su conferencia. ¿Se acuerda de mí? Soy Joaquín Monterroso, del Instituto de

Investigaciones Biológicas Clemente Estable. La última vez nos vimos en...

—Vancouver. Me acuerdo muy bien, joven amigo uruguayo, aunque aquella vez usted no llevaba barba como ahora. Y fue muy generoso al invitarme a beber y hacerme compañía mientras miraba la final de mi equipo de hockey sobre hielo, los Montreal Canadiens. En esa época yo había tocado fondo en lo personal y tenía muchas deudas y litigios que resolver, así que le quedaré eternamente agradecido por su gesto. Por cierto, los Canadiens perdieron el partido. Por suerte, pudimos charlar largamente sobre San Lorenzo de Almagro, mi otra gran pasión deportiva. Si no me equivoco usted me dijo que era hincha del club Peñarol, los aurinegros o manyas. Como verá, no sólo sé de física cuántica.

Me quedé mirándolo, impactado por su tan preciso recuerdo de nuestro anterior encuentro. Creo que se dio cuenta de mi parálisis y me ayudó, diciéndome:

—Acompáñeme un minuto a tomar algo. ¿Whisky escocés con hielo, verdad? A ustedes, los uruguayos, les gusta más el whisky que el vino, al revés que los argentinos.

Asentí con la cabeza y me senté a su lado.

Le pidió el whisky al barman y me ofreció:

—¿Un cigarrillo?

Lo miré, dudando y le respondí:

—No, gracias. Estoy tratando de dejar de fumar. Y, menos, sin filtro.

El barman me sirvió una medida de Johnnie Walker etiqueta negra y se alejó. Me tomé un trago y le pregunté:

—Usted era amigo del profesor Papsidera, ¿no?

Scanlon se tomó lo que quedaba del gin tonic, le hizo señas al barman de que le sirviera otro y me contestó:

—Fuimos compañeros en Princeton durante varios años. Luego él se fue al MIT y dejé de verlo. De todos modos, siempre lo consideré un arrogante sobrevalorado. No, en realidad nunca fuimos amigos, a pesar de que la prensa siempre nos puso uno al lado del otro. A los editores les encantan esos trucos publicitarios.

—¿Qué piensa que le pasó? ¿Y a los otros? —insistí.

Me miró levemente irritado, se tomó de un trago su nuevo gin tonic y me dijo:

—Termine su whisky y venga conmigo a mi habitación. Quizás tenga algunas respuestas para usted, mi querido y curioso Joaquín.

Apagó su cigarrillo, esperó a que me tomara el resto de mi whisky y fuimos hacia los ascensores. En el camino no dijo nada, pero me estudiaba de reojo.

Entramos a su suite, que estaba hecha un desorden, despejó unas botellas de vino vacías de arriba de un elegante sillón de tres cuerpos tapizado en cuero negro y me dijo:

—Espéreme que ya vuelvo. Esta vestimenta me resulta particularmente incómoda. Mi agente insiste en que me vista como si fuera Elon Musk o Jeff Bezos, aunque con un toque más juvenil, pero no me agradan las zapatillas de colores, o *champions*, como le dicen ustedes en Uruguay.

Se fue para su habitación, dejándome solo en el sillón mirando el techo blanco.

Me quedé algo intranquilo. No sabía si Scanlon era un homosexual encubierto y me había llevado allí para seducirme, si era un asesino maniático o simplemente un bebedor excéntrico. Me propuse salir corriendo si notaba algo raro: medí con la mirada la distancia que me separaba de la puerta. No iba a perder mi vida o mi hombría esa noche.

Escuché ruidos que venían del dormitorio, como si estuviera revolviendo algo, corriendo muebles o abriendo cajones.

Tardó un buen rato en regresar. Lo hizo descalzo, vestido con una bata de franela con el logo del hotel, trayendo una botella y dos vasos.

Se sentó en la otra punta del sillón, arrimó una mesita, depositó en ella los vasos y la botella y me dijo:

—Encontré lo que andaba buscando: el mejor *palinka* de Hungría, un licor parecido al aguardiente, a base de duraznos. Es como el vodka, pero frutal. Lo traje de Budapest, cuando fui a dar una conferencia el mes pasado. Acérquese y hágase amigo.

En ese momento temí por la opción de que fuera un gay y no un asesino o un loco. No sería la primera vez que un compañero de bar malinterpretara la camaradería masculina. Finalmente, resolví que Scanlon no era homosexual, que solamente estaba un poco entonado y entusiasmado con contarme su secreto científico. Me acerqué un poco, para no ser descortés, pero quedándome a una prudente distancia.

Me dijo:

—Borges y Woody Allen tenían razón: es todo cuestión de tiempo. Borges ya se murió, Carrie Fisher ya se murió, el hámster imaginario de *Hannah y sus hermanas* también se murió: los hámsters no viven más de 2 o 3 años, excepcionalmente 6 o 7: lo he googleado para mi conferencia. El tiempo es el arma letal perfecta; no deja rastros sospechosos: no hay disparos, veneno, heridas traumáticas. Solamente envejecimiento. Algo cotidiano y hasta vulgar.

—Borges, al igual que muchos otros genios, estaba obsesionado con el tiempo y con la muerte, dos grandes absolutos —le dije, tratando de impresionarlo.

Levantó las cejas en expresión de asombro y me dijo:

—En «El Aleph», uno de sus cuentos fundacionales, el narrador —que también es el personaje Borges y por supuesto el autor— se escandaliza de que la muerte de Beatriz Viterbo no altere la rutina de Buenos Aires y del Universo. El mundo es indiferente a nuestra muerte, tanto individual como colectiva, mientras que para cada uno de nosotros la muerte individual es el fin del mundo. Si yo no existo más, el mundo deja de existir para mí. Parece una perogrullada, pero es un eterno tema de debate filosófico y religioso. Si un árbol cae en un bosque y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido? ¿Seguirá existiendo el mundo luego de la muerte del último ser humano? ¿Con qué sentido?

Scanlon me miró con una sonrisa cómplice y llenó los dos vasos con el palinka. Alzó el suyo, me alcanzó el mío y exclamó:

—Por el tiempo, que nos define admirablemente. Y por el glorioso San Lorenzo de Almagro. Y por su Peñarol de Montevideo, si todavía lo está siguiendo, mi querido amigo.

Chocamos los vasos y tomamos el licor de un trago, como si fuera tequila. Debo reconocer que no me desagradó. De inmediato, llenó de nuevo los vasos y me hizo señas de que bebiera. Esa vez, lo hice más lentamente. Scanlon se tomó su dosis otra vez de un saque. Me miró apremiándome a que vaciara mi vaso. No pude desobedecerlo y me tomé lo que me quedaba. Un instante más tarde tenía mi vaso nuevamente lleno. Regresaron mis temores de ser la presa

de un maniático, que se proponía no sé qué conmigo y buscaba emborracharme.

Entonces me dijo, en tono de confesión:

—Voy a tener que volver a Budapest para conseguir más de este licor. Me contaron que también lo hacen con ciruelas o con membrillos. Tendría que probarlos.

Me dirigió una mirada extraña y agregó:

—Pero ya es tarde para mí.

Me quedé mirándolo, sin animarme a preguntarle por el significado de su enigmática y categórica afirmación.

Se aclaró la garganta y continuó:

—El tiempo ya no es una ecuación en el pizarrón: es una variable manipulable.

En ese momento, su revelación me pareció totalmente lógica. Quizás porque hacía años que yo venía siguiendo sus investigaciones y lo consideraba un genio y una leyenda viviente. O quizás porque habíamos bebido demasiado alcohol como para dudar de cualquier postulado que me enunciara.

Lo miré expectante, alentándolo para que continuara.

Me dijo:

—He encontrado la forma de acelerar el tiempo en el entorno personal de un individuo, haciéndolo envejecer una vida en minutos, hasta su muerte. ¡Se puede hacer!

Max Scanlon se levantó y comenzó a bailar en puntas de pie por la habitación, con el vaso en alto, derramando palinka en cada movimiento. Luego, se tomó lo que le quedaba, volvió a sentarse a mi lado y me dijo:

—¿No es maravilloso?

A esa altura, habría creído cualquier cosa que me contara.

Le pregunté:

—¿Ha podido verificar su teoría de algún modo?

—Sí, por supuesto. Exhaustivamente. He pasado de la teoría a la práctica: de la *tesis* a la *praxis*. Primero, en animales inferiores: moscas, polillas, lombrices. Luego, en ratas y conejos. Después, en primates. Pude graduar a voluntad la velocidad del proceso: desde cien veces, un millón o cincuenta millones: 100 años en 1 minuto. Si aceleramos el tiempo mil millones de veces —lo que es factible a una escala reducida, como la de un ser humano— podemos hacer que transcurran 2.000 años en 1 minuto. Solamente queda polvo, o el recuerdo del polvo de esa persona.

Entonces, Scanlon fue nuevamente al dormitorio y regresó con un grueso cuaderno.

Me contó, entre trago y trago, todos los detalles de una vida de investigación. Me mostró con orgullo páginas enteras de jeroglíficos y abstrusas ecuaciones matemáticas.

Mientras acariciaba lo escrito con los dedos, me dijo:

—Aquí está todo, apuntado. No confío en las computadoras: duplican todo en la dichosa nube. Solamente las uso para mandarles correos a mis contactos.

Temí hacerle la pregunta del millón.

Finalmente, junté fuerzas y le pregunté:

—¿Lo ha hecho con humanos?

Scanlon se transfiguró, emocionado. Ahora parecía un mesías, un profeta alcoholizado.

Me respondió:

—Sí, los he ido invitando uno a uno a mis rivales del premio Nobel para revelarles mi secreto. Ninguno me creyó. Les mostré mis ecuaciones y no las entendieron. Hasta se burlaron de mí. Fue lo último que hicieron en esta

vida. Aceleré sus tiempos personales y se desvanecieron en el olvido, polvo en el polvo, un destello en el infinito.

De pronto, me di cuenta de que corría peligro si permanecía en esa habitación. Pero mi curiosidad era mayúscula, así que le pregunté:

—¿No tiene miedo de que haga público lo que usted me está confesando, sus horribles crímenes?

Se sirvió otro vaso de licor, se lo bebió y me contestó:

—Justamente, necesito un testigo, alguien que dé fe de mi genialidad ante el mundo. Pero yo ya he vivido y he matado demasiado. Estoy cansado. Y voy a hacer uso de mi prerrogativa de inventor para efectuar mi último acto de magia científica.

Entonces, se paró, se alejó de mí un par de metros y se plantó en el medio de la sala. Sacó de su bata un dispositivo parecido a un control remoto de un televisor, pulsó una secuencia de teclas, sonrió triunfalmente y desapareció de pronto, dejando en su lugar un tenue vaho de cenizas anónimas que se depositó lentamente en la mullida alfombra del living de su suite. Me di cuenta de que, a último momento, antes de desaparecer, había aferrado contra su pecho su invaluable cuaderno de anotaciones.

Busqué inútilmente entre los muebles, detrás de los cuadros y las cortinas de la habitación, pero no encontré ningún artilugio electromagnético, ningún acelerador cuántico, ningún conversor no linear. El problema era que no tenía ni idea de cómo debía de ser el aspecto de tal artilugio. Tampoco encontré anotaciones, computadoras o incluso un simple celular que sirviera para corroborar lo que había presenciado. Scanlon se había evaporado, se había vuelto un recuerdo, igual que Borges, Carrie Fisher y el hámster de la película de Woody Allen.

Me fui de la habitación temiendo tropezarme con alguna persona que pudiera acusarme de asesinato.

Salí del hotel Plaza dando tumbos, entre asustado y borracho, deseando encontrarme en ese mismo instante en la paz y la tranquilidad de mi casa en la Ciudad Vieja de Montevideo.

Me dije que esa noche no había sucedido, que no había estado con Max Scanlon.

Todo estaba en sus apuntes desaparecidos, en su mente y en la mía. ⊛

AIRE FRÍO

ERICK J. MOTA

Erick J. Mota (La Habana, 1975). Licenciado en física por la Universidad de La Habana y egresado del curso de técnicas narrativas del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Es narrador de ciencia ficción y fantasía, ensayista, guionista de audiovisuales y videojuegos y astrónomo aficionado. Fue el creador y el editor principal del e-zine de ciencia ficción y fantasía *Disparo en Red*, que se distribuyó por correo electrónico entre 2004 y 2008. Entre sus libros destacamos *El signo del tigre* (2023), *El foso de Mabuya* (2022), *Memorias del Mar de Dirac* (2022) y *Habana Undergüater* (2010, 2021).

0

El auto era eléctrico.

La mayoría de los autos autorizados a circular por el distrito urbano eran de tracción eléctrica pero éste no era un modelo económico con paneles solares en el techo. Tampoco se trataba de un auto familiar con un solo par de motores que apenas emulaban los caballos de fuerza de un viejo ingenio de combustión interna. Se trataba de un auto de carreras con seis motores funcionando en paralelo, capaz de superar en tramos rectos a un clásico quemagasoil.

Un auto de lujo y de carreras a un tiempo. Un automóvil costoso. Espantosamente costoso. Costoso y viril. Al menos todo lo viril que puede llegar a ser el auto de un hombre que se ve a sí mismo como viril. Gomas anchas, chasis elevado, carrocería sólida y pesada, cristales oscuros y muchas luces LED. El auto de un hombre grande, vigoroso y fuerte.

Un hombre de verdad.

Tal y como rezaba el título de un libro infantil de la extinta Unión Soviética. Una tierra toda ella repleta de hombres de verdad.

Hombres extintos.

Hombres grandes y fuertes como héroes del pasado. Hombres ideales que luchaban por una sociedad futura llena de gente como ellos.

Hombres monolíticos.

El auto era el vivo reflejo mecánico de aquel tipo de macho grande, fuerte y socialista.

El *Homo Sovieticus*.

El *Sovietskiychelovek* transculturado en el Caribe como El Hombre Nuevo.

El Hombre-como-el-Che.

Todos los transeúntes sabían que, dada la velocidad de aquel auto, el chofer debería estar sentado en la seguridad de su casa mientras conducía aquel derroche de testosterona en modo dron. Se movía por la estrecha callejuela colonial como si estuviera en medio de un film de TVD. Pero nadie le perseguía. No había sirenas, silbido de motores o sibilantes de hélices que delataran una persecución en desarrollo, solo aquel auto grande moviéndose a una velocidad insana por calles adoquinadas con más de 500 años de antigüedad. Únicamente las cámaras de seguridad y los turistas en los cafés eran mudos testigos de aquella persecución de un solo hombre.

—Oye, ¿eso no es un Kawasaki *Transformer*? —dijo un hombre sentado en una de las mesitas a la sombra del balcón del hotel.

—No lo creo posible, esta zona es restringida —dijo la mujer mientras alzaba la vista de su *tablet* para mirar el auto a lo lejos—. Lo acabo de leer en la guía turística de la ciudad. En el Centro Histórico la conducción *off-line* está reservada únicamente para la policía y los bomberos.

—Hay que estar loco para meterse con un *Transformer* por el Centro Histórico.

—¿Por qué?

—No es nada, sólo me resulta extraño que alguien use un jeep de autopista en un área con límite de velocidad. Normalmente los Jeep-Kawasaki tienen el centro de masa muy alto y tienden a volcarse cuando chocan. Y no creo que la desaceleración modular le funcione en estas calles si está desconectado del sistema de transporte automatizado, tal y como parece...

—Mira, si se quiere suicidar, que se suicide. Es problema suyo...

—No, espera —el hombre se puso de pie y señaló hacia la calle—, ¡si no baja un poco más la velocidad va a terminar estrellándose contra aquella esquina...!

—¡Qué cansada me tienes! ¡Hasta un coche de mierda es más importante que yo! ¡Me habías prometido venir a este lugar desde hace meses y ahora resulta que debo esperar porque un loco se estrelle o se salve para poder desayunar en paz! —los gritos de la mujer amortiguaron el ruido del impacto— ¡Eres de lo peor!

—¡Cállate de una vez! ¡Mira! ¡Y que no hay ni un policía por todo esto! Esas cámaras están por gusto...

—Bueno, ya pasó... ¿ahora podemos ir a comer o piensas llevarle al hospital? Esta es una ciudad cara, cariño. En cuanto las cámaras robot avisen tendremos a los bomberos bajando en rapel de un helicóptero. Mejor nos vamos de aquí antes que cierren la calle.

—¿Cómo puedes hablar así? Podría ser alguno de tus hijos...

—Mis hijos no tienen juguetes tan caros, querido, ¿lo olvidaste?

—Lo sé —el rostro del hombre pareció ensombrecerse unos segundos. Luego recobró el semblante paliducho de

siempre, apartó la vista del accidente e hizo un ademán, convidando a su esposa a entrar a la seguridad del hotel—. No tienes idea de lo que he tenido que aguantar en la corporación para poder hacer este *tour* reducido por La Habana. Aquí se les está subiendo a la cabeza eso de La Ciudad Maravilla. Las próximas vacaciones las pasamos en Santo Domingo, que es más barato.

1

Cada vez que despierto en Surhabana lo hago encharcado en sudor, da igual si se tiene el aire acondicionado encendido. No sé si de madrugada el equipo deja de funcionar o es por el calentamiento global. El techo de plástico PVC no ayuda a que mi estado de ánimo mejore. Cuando miro el blanco mustio del polímero pienso que no me alcanzarán ni tres vidas para pagar un techo de hormigón. Lo más probable sea que el calor del día se abra paso a través del plástico y la máquina no consiga enfriar lo suficiente en una noche.

Todos los días sigo la misma rutina. Me levanto, me preparo café, me doy una ducha y me visto para salir. Es una rutina que me toma lo justo para llegar a tiempo a la parada del metro.

Una rutina que nunca violo y siempre hago con el aire acondicionado encendido. No tengo calentador, así que la ducha es con agua fría. Sin embargo, el calor persiste. Como si hubiera penetrado hasta los huesos mismos y no quisiera abandonarlos, cual si fuera un animal salvaje que ha encontrado un escondrijo seguro.

Solo apago el aire acondicionado cuando me marchó. No es una opción dejarlo todo el día encendido para que

en la tarde la temperatura esté baja. Gasta mucho. Claro, tengo la opción de comprar la corriente, pero... serían como seis vidas o dos techos de hormigón para pagarla.

Salgo a la calle, aunque más bien debería decir a la acera, porque en mi bloque no hay calles o autopistas. Tan solo una precaria acera por la que, escasamente, caben dos personas una al lado de la otra. Casas con paredes y techos prefabricados en plástico se suceden como en un gigantesco juego de legos. Todos son ortoedros prediseñados para dar cobijo a refugiados de guerras o desastres naturales. Mi padre me decía que en Venezuela les llamaban petro-casas, por eso de que estaban hechas con desechos de la industria petrolera. Nunca me enteré cuándo pasó el terremoto que hizo que todos en Surhabana vivieran en cajas de zapatos construidas con los desechos del petróleo venezolano. Por lo que sé, fue mucho antes de yo nacer. Y no debió ser un terremoto sino una revolución. Una de tantas.

Ya en la esquina me encuentro a mi vecino, Pupo. No sé si su apellido es Pupo, si es un diminutivo de su nombre o simplemente un alias. Todo el mundo le dice así. Con eso me basta. Aunque parezca, por su aspecto feroz, un delincuente sin escrúpulos, todos sabemos que es graduado de ingeniería informática. Desde pequeño ha vivido en este barrio y siempre le gustó estudiar e inventar cosas. Rompió más de un dron de juguete para ver que había dentro y una vez le tumbó la wifi a todo el barrio. Se graduó con honores e hizo un par de posgrados en la India y China, pero cuando se nace en Surhabana no se sale tan fácilmente del barrio. Cuando le quitaron su puesto en el Grupo de Desarrollo de Inteligencia Artificial del PCC, para poner al hijo de un general, dejó todo y volvió al barrio. Ahora hackea todo tipo de cosas, cuentas de datos,

metros contadores de agua, contenedores de electricidad, bots de carga, drones... lo que se te ocurra. Una vez nos dijo, en una noche con exceso de vodka: «No soy un hacker, soy un revolucionario, porque revolución es hackear todo lo que debe ser hackeado».

—¡El gran Pupo! —me le acerco.

—¿Qué dice el hombre del año? —chocamos las manos como cuando estábamos en la secundaria.

—Ahí, en lo mismo de siempre. No me quejo.

—Esa es la fija. No se puede dejar de trabajar porque el ocio mata a los pueblos.

—Por cierto, ahora que hablas de trabajo. ¿Sigues vendiendo corriente?

—Claro.

—¿A cuánto?

—A cien el kilowatt.

—¿Pesos cubanos?

—¡No me cojas pa eso, chico, son cien CUC! Los contenedores son de 500kw pero te alcanzan para terminar el mes con el aire acondicionado encendido. Y todo es legal, es una balita de corriente idéntica a las que dan por la libreta magnética.

—No chico, yo lo que quiero es un contenedor pequeño, que me dé para encender el aire un día completo.

—Tú lo que necesitas es un *sleva*-mini, de los de 8 kilowatt. Imagino que tienes un aire de los viejos, ¿o tienes un *split*?

—No, un *split* no tengo. Es de los bien viejos.

—Mejor entonces. Esos consumen 600 watt por hora. En doce horas te consumirá 7 kilowatt y un poquito. Si desconectas todo, refrigerador incluido, te dará para 13 horas seguidas.

—Yo conecto el refrigerador al contenedor que dan por la libreta. Por un día completo con el aire encendido vale la pena ¿En cuánto me saldría?

—Por ser a ti, te lo dejo en cincuenta.

—¿CUC?

—¡No chico! No te voy a cobrar CUC por ocho kilos, son cincuenta pesos cubanos.

—Agradecido, mi hermano. ¿Cuándo me lo llevas a la casa?

—Paso por la tarde. Cuando llegues del trabajo y pases por frente a mi casa, chíflame. Para acordarme.

—¡Dale! Nos vemos por la tarde.

2

Sigo caminando por la acera hasta salir del barrio. Llego a una autopista ancha con mucho tráfico. La mayoría de los autos son camiones de carga sin chofer, conducidos en modo dron por operadores que, de seguro, están en la India. Mi objetivo no está sobre el asfalto, sino arriba. En el paso superior. Subo las escaleras de metal hasta llegar al andén. La fila del metro no es tan larga esta mañana. Una de las pocas cosas que funciona con eficiencia en toda la ciudad es el transporte público. Claro, la gente que vive aquí lo único que hace es trabajar en los barrios ricos y clase media del distrito metropolitano Nortehabana. Arreglando caños del baño, pasándole antivirus a sus coches o limpiándole el culo a sus viejitos. Lo menos que pueden hacer por nosotros es facilitarnos las cosas.

Llega el tren bala y todos en la cola caminamos hacia la entrada de los dos únicos vagones asignados a nuestro sector. En la puerta, el conductor espera el pago. Saco un billete.

—No se aceptan CUC.

—Dale, mijo. Solo es un CUC.

—No tengo cambio. El tren vale tres pesos.

—Dame veinte y contentos todos.

—Bueno...

Y me da el cambio. Cada CUC vale 25 pesos nacionales o CUP. A estos últimos la gente les llama simplemente pesos cubanos, parece que fueron los primeros pesos que circularon. Los CUC también son pesos, pero convertibles. Es decir, que tiempo atrás tenían una conversión al dólar norteamericano y por eso valen más que el CUP. Pero ahora que el dólar americano vale una puta mierda, el CUC cayó en desgracia. Hacen falta 50 CUC para comprar un CUT, que es el peso total, con el que se paga y se compra todo. Pero, al parecer la IA encargada de administrar el presupuesto del Estado pasó por alto pagarnos en CUT. Así que nuestro salario es, aproximadamente, de 3300 o 3500 pesos cubanos al mes, pero todos los servicios se cobran en CUT, que no son precisamente baratos. Así las cosas, hay que agradecer que el metro valga aún tres pesos cubanos. Por lo demás, qué me importa si el conductor se queda con dos pesos cubanos. No se va a volver rico con eso. Y yo más pobre no puedo ser.

Desde el tren rápido veo cómo la ciudad de los obreros se desliza hacia atrás a toda prisa. Todas las petro-casas colocadas sobre la tierra roja, al sur de La Habana, forman su propio distrito metropolitano, si es que a esto se le puede llamar una metrópoli. Surhabana ocupa la

extensión que antaño ocuparan dos provincias completas de la isla. Mayabeque y Artemisa. Lo que en tiempos de mi bisabuelo se llamaba Habana campo. Un territorio rural que ocupaba todo el sur de la capital. Algo sucedió, algo que nunca dijeron en la escuela, y los videos se borraron simultáneamente de todas las bibliotecas del país, que echó a perder la tierra. Al final, con la superpoblación, tenían que ocupar un lugar grande para que los trabajadores pobres no se mezclaran con los comunistas clase media, con los generales millonarios o con los turistas. La solución fue Surhabana: Siete mil setecientos kilómetros cuadrados atestados de petro-casas, chatarra industrial y mucho calor.

El tren de alta velocidad se aproxima al distrito Residencial Habana, la parte sur del antiguo distrito metropolitano, la periferia de la ciudad antigua. El TAV se detiene en la parada del barrio conocido por Luyanó. Los que trabajan por aquí se bajan a toda prisa. Desde la ventanilla veo los edificios de estilo modernista, copias fieles de las viejas construcciones soviéticas. Hogar de dirigentes sindicales. Los que les tocaron los últimos edificios de concreto en la repartición de la riqueza. Los que gritaron ¡Viva! lo suficientemente alto como para legar a sus nietos, al menos, una casa decente.

Seguimos camino hacia el Norte por encima de los edificios, calles y calzadas. Abajo, los viejos autos de combustión interna dan paso a los eléctricos de última generación. Los edificios se vuelven casas lujosas en lo que una vez fueron barrios residenciales. Minutos más tarde aparecen de nuevo edificios, pero esta vez más altos, sólidos, agradables a la vista. Construidos con concreto norteamericano, albergan a la clase media comunista. Los dirigentes del Partido, los antiguos ministros, los

héroes de la patria. Aquí también radican los edificios gubernamentales. El inmenso edificio del Ministerio de Turismo se ve a lo lejos. Una enorme torre que sobresale por encima de los demás.

Llega la estación Vedado y se baja a toda prisa la mayoría de los pasajeros. Aquí todo el mundo va apurado. El tiempo es dinero y a los que doblan el lomo en esta zona les pagan en CUC. Así que deben apresurarse para poder economizar más CUT. El vagón se queda casi vacío. Consigo sentarme en uno de los pocos asientos que quedan en buen estado.

El tren sigue su camino. Vamos hacia la ciudad vieja. La Zona Colonial. Abajo, los automóviles marchan más despacio. Se mueven a velocidad digital. Es el Sistema de Autopista Funcional. El llevado y traído Sistema de Transporte Automatizado. Millones de automóviles conectados a la Red Metropolitana de Tráfico y conducidos en modo remoto por una inteligencia artificial. Al principio, a la gente no le gustó la idea de que sus coches fuesen dirigidos como si fueran drones. Al menos, no con ellos dentro. Imagino que por una ilusión de tener el control. Pero con este sistema los accidentes disminuyeron y la IA nunca se ha vuelto loca o ha sido hackeada. Es una de las pocas cosas que funcionan bien en el país.

El tren llega a su terminal en Centro Habana, justo en el borde de la ciudad vieja. Aún no me bajo pero la parada es obligatoria. Es un punto de control. Un funcionario cruza el tren seguido por dos uniformados que portan fusiles de asalto. En la manga del empleado una leyenda reza: Oficial de Aduana Metropolitana. En los logos de los otros solo dice: MINISTERIO DEL TURISMO. SEGURIDAD. Enseño mi código QR tatuado en la muñeca derecha al

oficial de aduana. Este lo escanea con su teléfono y demora varios incómodos minutos, absorto en la pantalla, mientras verifica, una y otra vez, la información.

—¿Sucede algo, compañero?

—Pura rutina. Permítame escanear su tatuaje de identidad nuevamente.

—Todos los días entro al Centro Histórico —protesto, pero no demoro en estirar mi brazo para que lo escanee—, trabajo en el Hotel Castillo de la Fuerza, y nunca me han escaneado el tatuaje.

—Tuvimos una amenaza terrorista —el oficial parece contento con lo que ve en pantalla. Parece que, finalmente, se ha dado cuenta que yo soy yo—. Estamos extremando las medidas de seguridad.

—¿Los fundamentalistas de la iglesia del Che Guevara o los ecologistas de *Green War*?

—Peor, los «Gusanos» de Mayami amenazaron con volar la terminal de cruceros.

Noto que emplea el antiguo estigma para los cubanos que formaron la diáspora en tiempos de mi bisabuelo. Cuando la unificación, se les permitió regresar y ya nadie les llama tan despectivamente. Solo unos pocos recalcitrantes se negaron a regresar y permanecen en la Luna, odiando en silencio al comunismo. Sus descendientes son, escasamente, alborotadores o terroristas. No había escuchado en las redes sociales nada sobre un nuevo grupo terrorista radical que se nombrara Los Gusanos, ni nada por el estilo. Que un funcionario empleara el antiguo estigma significaba que era un comunista clase media, hijo de algún otrora Joven Comunista venido a menos por delito de corrupción. Pero que nombrara la ciudad de Florida por un nombre en espanglés significaba que descendía

de los cubanoamericanos que se repatriaron durante el Gran Cambio. El hecho de que un descendiente de los que escupieron la tumba de Fidel empleara el antiguo estigma implicaba que aquel hombre era un sicario, y de los peores. Un arribista que aprovecharía cualquier justificación política para escalar alto en el gobierno. Un funcionario gris que no tardaría en volverse uno de los gerentes de la corporación PATRIA.

—¡Que cosa más grande! —nunca he entendido, pero cuando no hay más que hablar y se quiere ser imparcial, todo el mundo dice «que cosa más grande». No entiendo la frase, pero funciona. El oficial de aduana me devolvió la tarjeta de identidad.

—Que tenga un buen día —dijo con voz neutra y siguió su camino.

Unos minutos después el tren continuó viaje.

Me bajé en la estación Centro Histórico.

3

Los trabajadores del servicio de mantenimiento entraban por la puerta de atrás. Teniendo en cuenta que el hotel fue construido como ampliación de un castillo colonial, la entrada trasera era igual que la principal: un puente levadizo. Claro, el puente solo simulaba ser levadizo pues estaba fijo desde su construcción original. Como toda fortaleza colonial, había sido diseñada para enfrentar corsarios y piratas. Por tanto, no estaba pensada para resistir un largo asedio sino, más bien, para aguantar cañonazos. Los muros altos, el puente y el foso eran para coquetear

con un pasado medieval español que apenas sirvió en los siglos siguientes para crear criaderos de mosquitos. Pero las cosas habían cambiado. La antigua fortaleza había sido restaurada y ampliada. La vieja piedra colonial servía de base para un edificio construido en fibra de carbono y cristal, con dos entradas a través de los accesos históricos del castillo, los dos puentes. Una para los visitantes y otra para los empleados. En honor a la verdad, existe un tercer acceso, el helipuerto, pero ese está reservado para los inquilinos VIP.

La oficina de mantenimiento ni parecía, ni era una oficina. Tan solo se trataba de un cuarto lleno de herramientas con una hilera de taquilleros para los trabajadores y un discreto banco de madera que permanecía lleno de overoles de trabajo y medios de protección perpetuamente sucios. El único elemento en común con una oficina eran las palabras grabadas en la puerta: OFICINA DE MANTENIMIENTO. Por suerte, nadie iba nunca hasta allí. Normalmente se marcaba un número en la pizarra del hotel y el gerente robot ejecutaba un algoritmo de búsqueda dentro de la wifi del hotel hasta obtener la ubicación por GPS del trabajador más cercano al lugar donde se necesitaba. Entonces el trabajador recibía una llamada, en su teléfono móvil, de parte del gerente digital, que si bien no era propiamente una IA se acercaba bastante a un programa inteligente con procesamiento de lenguaje natural. Suele ser una broma, cuando alguien comienza a trabajar allí, decirle que el gerente es una persona real. En lo personal no me enteré que se trataba de un programa de computadora hasta que llevaba más de un año en mi puesto. Aún ahora, se siente como una persona real. Incluso, hasta me cae bien.

Por lo general, los trabajadores solo van a la «oficina» para cambiarse o buscar una herramienta específica. El hotel ofrece un montón de opciones para permanecer entre trabajo y trabajo. Pero, como yo prefiero el contacto social mínimo, siempre estoy en la «oficina». Además, porque en el cuarto de mantenimiento hay un MultiTVD donde puedo ver televisión por internet sin costo alguno. Claro, no puedo escoger ni la plataforma, ni el canal. Ese es trabajo de la gente del departamento de Entretenimiento, que no sé si son programas o un lugar con personas de verdad que escogen la programación. Pero la verdad es que a mí me da lo mismo Googlenoticias, que Apple-Disney. Lo mío es enterarme de cuando viene un ciclón y ver una que otra película linda. No me interesa que sea una obra de arte o que aborde a profundidad un tema social. Solo quiero ver cosas lindas. Paisajes, mujeres, carros, todo lindo. No hermoso, como para desbordar mi sensibilidad. Tampoco feo ni deprimente. Me basta con lo lindo. Esa es mi aproximación a la televisión. Justo la de esta época en que uno mismo personaliza la información que recibe. La gente solo escucha las noticias que quiere, ve las películas que está dispuesta a ver y habla con la gente que reacciona positivamente a su actitud ante la vida. Claro, como yo no tengo MultiTVD en casa, tengo que adaptarme a la política de los de Entretenimiento. Cuando ponen algo que no me gusta, simplemente salgo de la «oficina».

Ahora solo ponen las noticias que tienen que ver con las elecciones en los Estados Unidos y los estados lunares. Al parecer se percataron que la media de los turistas son norteamericanos. Y es sabido que los yumas pueden ir a cualquier rincón de la Tierra o de la Luna, pero solo les interesa lo que pasa en territorio norteamericano. Recuerdo

que las elecciones en los asentamientos puertorriqueños en la Luna fue más entretenida que esta. Al menos en *Mare Insularum* hay personas que votan aún por otras personas. Desde que en el PCC nominaron una inteligencia artificial para representar al partido y VILMA derrotó al candidato del partido trotskista en las presidenciales, ya las elecciones dejaron de ser interesantes. En Cuba siempre gana la IA del PCC, aunque este año el partido maoísta nominará su propia IA, y en los Estados Unidos todo es un sinfín de estadísticas en una guerra binaria entre SIRI y Alexa. Ya hasta los debates presidenciales perdieron el encanto de ver las holo-presencias de las inteligencias artificiales demócrata y republicana fingiendo hablar en términos humanos. En el último se ensalzaron en una discusión sobre la jurisdicción norteamericana de los asentamientos en Marte y si debía aprobarse o no una ley de liberalización de las agencias explotadoras de los recursos extraterrestres. Comenzaron hablando de los tratados internacionales que prohíben la anexión de territorios fuera del sistema Tierra-Luna por cualquier país terrestre y el candidato independiente Roger Thomas tenía una postura nacionalista a favor de la anexión de los territorios. Alexa habló de respetar los tratados internacionales y la necesidad de que la explotación de recursos extraterrestres fuera liberalizada de la ley federal. SIRI arremetió con el argumento de que tanto AEB-Google como NASA-Facebook eran consorcios norteamericanos y, por tanto, se debían a las leyes territoriales norteamericanas. El candidato del partido verde intervino diciendo que los territorios colonizados en Marte no eran territorio norteamericano y que los astronautas norteamericanos compartían recursos con otras agencias espaciales extranjeras, como RosKosmos-

ESA de Rusia y la Unión Europea o JAXA-Honda de Corea y Japón. A esto SIRI respondió un galimatías que repetía tres veces la palabra nacionalizar. Alexa dijo siete veces la palabra liberalismo. Después siguieron discutiendo e intercambiando palabras repetidas un número primo de veces. Los candidatos humanos se callaron y en el subtítulo aparecieron algunas ecuaciones estadísticas que intentaban explicar la conversación entre la IA republicana y la demócrata. En ese momento me levanté y me fui de la «oficina».

Ya no sigo los debates políticos. Tienen demasiada matemática implícita. Ahora, en horario de trabajo, solo veo películas lindas. Tengo bastante con las tragedias de Surhabana para ponerme a ver cosas que me deprimen. Bastante tengo con el calor.

4

Hoy dejo encendido el aire acondicionado antes de salir. Siento el rugir de la vieja maquinaria que extrae el aire caliente de mi cuartucho. Hay días en que uno debe salirse de la rutina. Si gasto toda la corriente de la cuota en enfriar el cuarto, pues aguantaré sin electricidad hasta el mes que viene.

Al final, Pupo no pasó ayer. Imagino que debió haberse complicado. Eso, si entendemos por «complicación» que se le presentó un trabajo que le reportaba un monto en CUC, o, quizás, hasta CUT, y decidió que un trabajito en pesos cubanos no valía la pena. Cuando de dinero se trata

no valen los amigos de la infancia. Mucho menos si hay un salto de moneda, como debió ser el caso. Es comprensible, ya pasará cuando tenga tiempo. De todas formas, puedo permitirme un día con el aire acondicionado encendido, no aguanto más este calor.

Ya en la acera da la impresión de que hoy será un día completamente fuera de la rutina. El barrio luce igual, la gente sale de sus casas y camina monótonamente hasta el paso superior donde aguarda el Tren de Alta Velocidad de todos los días. La misma cola, los mismos barrios, siempre igual y nunca diferente. Hasta que, ya en el tren, suena el teléfono. Mi teléfono que nunca suena porque nadie jamás me llama está pitando como una sirena de policía. Miro la pantalla y es un número oficial. Con un poco de suerte me avisarán que mi padre murió. No me cambiará el día pero, al menos, mejorará mi humor.

—Oigo.

—Usted está por comunicarse con la inteligencia artificial VILMA, secretaria general del PCC y presidente de la República Socialista de Cuba. ¿Acepta la llamada?

—Cómo si tuviera opción.

—No entiendo su respuesta. ¿Acepta la llamada? —ahí me percaté que hablaba con un bot—. Necesito que responda sí o no para procesar su respuesta.

—Sí, acepto la llamada —yo sabía perfectamente lo que significaba procesar la respuesta, sobre todo, si era un «no».

—Espere un momento... Buenos días, Ricardo.

—Buenos días, compañera presidente.

—Has sido escogido, de entre un millón de candidatos, para la llamada aleatoria del día. Enhorabuena, Ricardo.

—Gracias, supongo que soy un tipo con suerte.

—Lo eres. Vives en un país socialista, y hombres trabajadores, como tú, son explotados en los países capitalistas desarrollados.

—Lo sé, compañera presidente.

—Dime algo, Ricardo, si pudieras pedir un deseo, ¿qué pedirías?

—Creo que pediría un aire acondicionado nuevo. Uno aerotérmico.

—Te deseo suerte con tu deseo, Ricardo. Estoy segura que si trabajas bien, y te esfuerzas mucho este mes, recibirás una estimulación a la par de tus deseos.

—Muchas gracias, compañera presidente.

—Sirvo al pueblo de Cuba.

Y se cortó la comunicación. Yo sé muy bien sobre estas llamadas telefónicas. Se registran y se cuelgan en internet para mostrarles a los americanos que nuestra VILMA es tan capaz de comportarse como un humano, y aprobar el test de Turing, como cualquier otra IA veterana de perfil político, como SIRI, Alexa o Deep Blue. Al final del mes no habrá estimulación alguna. No para mí, al menos.

Sin embargo, la idea de un nuevo aire acondicionado sigue en mi mente. Cuando vengo a darme cuenta, ya estoy llegando al punto de control del Centro Histórico. El funcionario de ayer aparece con dos uniformados de seguridad. Son dos soldados diferentes. Enseño mi tarjeta de identificación al oficial de aduana y la vuelven a escanear.

—¿Sigue la amenaza terrorista?

—¿Cómo sabe de la amenaza terrorista?

—Le pregunté ayer, ¿no se acuerda?

—La verdad es que no. Pasan muchos rostros por aquí.

—Debe ser un trabajo aburrido.

—Es una mierda de empleo. A veces prefiero que de

verdad aparezca un terrorista y se forme un tiroteo, o algo, para salir de la rutina.

—Lo entiendo.

—Tiene todo en regla. Recuerde, si ve algún tipo de actividad sospechosa avise a la policía.

—Sin dudas, lo haré.

—Que tenga un buen día.

—Lo intentaré.

5

—Hoy no trabajarás aquí —dijo mi supervisor alegremente, como si fuera cosa de todos los días no trabajar y perder el salario de la jornada.

—¿Qué tú dices?!

—¡Relájate, tigre, que no te estamos despidiendo ni nada! Del distrito de los generales mandaron a pedir un técnico en animatrónica cibernética. Tenemos muchos informáticos para mucamas electrónicas y técnicos en robótica, pero ninguno con experiencia en animatrónica. Así que te mandaré a ti. Te vienen a recoger en un coche y ellos te pagan el día.

—¿En CUC?

—¿Cómo que en CUC, verraco? Ellos siempre pagan en CUT... De nada.

—¿Sabes de qué va la cosa? Me dan miedo esos generales... y sus mujeres.

—Las mujeres son las peores. Sobre todo, porque si las miras mucho terminas con un tiro en la cabeza. Pero no. Pensemos en positivo. Tal vez una mascota *supertoy* se les

averió y no quieren pagar a un mecánico de animatrónica, así que nos lo piden a nosotros. Trabajarás por cuatro centavos, pero serán, al menos, cuatro centavos de CUT — se despidió y me dejó parado con mi caja de herramientas en la puerta del viejo castillo colonial—. ¡Suerte, y que no te disparen! Mantén tu cosita dentro de los pantalones.

El auto llegó unos quince minutos después. Era un Landrover Lenovo, eléctrico, por supuesto. El típico jeep usado por los generales de la corporación PATRIA. Entré y me senté en la parte de atrás. No había chofer alguno. Primero pensé que estaba conectado al Sistema de Transporte Automatizado, pero dada la velocidad y las curvas cerradas que tomaba, lo más seguro era que estuviera siendo manejado a distancia. El último pasatiempo de los millonarios de La Habana. Conducir como locos sus autos caros en modo dron. El mayor índice de accidentes en la ciudad se debía a los hijos de los generales que conducían remotamente sus autos desconectados de la red de transporte. El modo de conducción remota les había dado a los generales, y a sus hijos malcriados, una herramienta más para jugar a su antojo. Que se cuidara el prójimo pues ellos ni siquiera corrían riesgo cuando colisionaban.

El Lenovo salió de la Zona Colonial y tomó el túnel de la bahía. Esta antigua autopista, de varios canales de circulación, estaba en desuso, principalmente, porque en el interior del túnel no había cobertura para la red de tráfico. Ahora estaba reservada solo para emergencias. Posiblemente, mi nuevo empleador estaba por encima de muchos canales de seguridad dado que podía tomar el túnel en modo dron sin ser un coche de policía o de bomberos.

Mi destino era un reparto frente al mar, conocido en los años mozos de la Revolución como Camilo Cienfuegos, localizado al Este de la bahía. Ahora era una urbanización con sistema de seguridad donde los agentes portaban fusiles de riel. Obviamente, era un complejo residencial del ejército.

Todo muy intimidante.

El coche aparcó en el garaje subterráneo de un edificio de doce plantas, al estilo soviético. Una vez dentro, la puerta del elevador se abrió sola. Como posiblemente se tratara de un edificio inteligente, me limité a entrar y esperar que el elevador me llevara a mi destino. Cuando se abrió, me vi en el recibidor de un apartamento a todo lujo.

—Pasa —escuché una voz de mujer—, estoy en la cocina.

Atravesé el recibidor para entrar en la sala comedor, lujosamente decorada con mal gusto. Pude ver, al menos, dos multi-TVD, de esos que hacen función de ordenador, consola de juegos y permiten ver TV por internet. El lugar no era grande aunque, prácticamente, estaba abarrotado con muebles de madera auténtica, tapices de tela de fibras naturales y lámparas antiguas de la época capitalista. Solo faltaba la cabeza de un tigre en la pared. Al pasar por el comedor me fijé en un refrigerador. No era uno común y corriente. Era de esos que te compran la comida por internet antes que se te acabe y monitorean tus deficiencias metabólicas en función de la comida que consumes. Uno de esos refrigeradores inteligentes de última generación. Los había visto en la suite imperial del hotel. Más que un *Smart Freezer*, aquello parecía un consejero nutricional con acceso a tu cuenta bancaria. Solo que no te robaba,

pues respondía a una fría lógica artificial. Por un momento quise ser como ese refrigerador y no sentir la necesidad de dinero que me obligaba a entrar a aquella casa de perfectos desconocidos para brindar un servicio. Aunque en eso nos parecíamos el refrigerador y yo. Ambos éramos utensilios para aquella gente.

Al llegar a la cocina me encontré con una mujer artificial. Sus cabellos eran lacios implantados rubios que le daban por la cintura, los ojos con lentillas azules, las tetas mostraban la redondez de los implantes quirúrgicos y ostentaba una cintura de liposucción. El culo era enorme, redondo y obscenamente echado para atrás. Ese era natural. Lo sabía porque yo conocía a esa mujer mucho antes que invirtiera tanto dinero en parecer una Barbie.

—¿Carolina?

—Ricardo Miguel. Por fin nos vemos.

—Sabía que te habías casado con alguien de dinero. Lo cual es obvio, puesto que te sacó del barrio. Pero no esperaba un general.

—¿Creías que mis mamadas no podían llevarme más lejos? ¿Creíste que iba a pasarme la vida dándoles el culo a los camioneros en la autopista Habana-Melena?

—Sabía que después que termináramos te emplearías a fondo para salir del hueco en que vivíamos. Esperaba un gerente del Centro Histórico o el ministro de Energía y Minas, con una propiedad horizontal en el Vedado, pero ¡un general! Eso no me lo esperaba, la verdad. Mamas rico, pero esto está a otro nivel. Y mírate, ha invertido en ti más que en su carro.

—Su coche no le hace lo que le hago yo.

—No subestimes la relación de un hombre con su carro. Bueno, ya estoy aquí, ¿dónde está el perro, o el tigre?

—¿Cómo está Surhabana?

—Igual que como la dejaste. Hecha una mierda. Si estás pensando en regresar, no te lo recomiendo. Quédate en Habana del Este, el barrio es más próspero.

—¿Ya cambiaste el techo de tu petro-casa?

—Aún no. Siempre lo dejo para mañana, ya sabes como soy. Tengo poco tiempo...

—Poco dinero querrás decir.

—¡Mira, yo no he venido para que tú te pongas ahora a restregarme en la cara que...!

—No, no. Si no quiero discutir. Pedí en tu hotel que enviaran a un técnico de animatrónica cibernética no porque tenga un animal ciborg o un *supertoy*. Lo hice porque sabía que te mandarían a ti. Ya no queda en todo el distrito metropolitano nadie que sepa de eso tanto como tú.

—Debí haber estudiado otra cosa y no viviría en la pocilga que vivo ahora.

—En esa pocilga me conociste a mí. Si hubieras estudiado para turoperador estarías ahora en la Zona Franca de Cayo Coco y nunca te la habría podido mamar.

—¿Para qué me llamaste, Carolina?

—Para follarte. Sin rencores. Tú me dejaste y gracias a esa acción pesqué un general.

—¿Follar? ¿Ahora dices follar? Cuando vivías en Surhabana decías «singar».

—Ya no estamos en Surhabana, Ricardo Miguel. Aquí se folla, no se singa.

—Mira, no quiero problemas con tu marido. Este es un buen trabajo y, si ahorro, en dos años podría cambiarle el techo al cuarto y...

—Te voy a pagar 500 CUT.

—¿Por singarte... digo, follarte?

—Sí. Con ese dinero te puedes comprar una petro-casa nueva.

—¿Planeas usarme como una puta?

—Tal y como tú me usaste.

—Yo no te pagué.

—En eso soy mejor que tú. ¿Qué dices, serás mi putilla?

—Carolina, por 500 CUT, como si quieres darme por el culo.

—Te tomo la palabra.

Ella caminó hacia el cuarto, abrió la puerta y se sentó a un costado de la cama. La seguí. El cuarto estaba pintado de un color feo pero, al menos, no era chillón ni tenía reproducciones de cuadros famosos. La cama era redonda y lucía muy resistente. Había un espejo en el techo y un aire acondicionado. Uno de esos que solo se venden en CUT, pues usan un sistema de bomba de calor. Resultaba interesante lo excitado que estaba solo de pensar que podría instalar en casa un sistema de aerotérmica como ese. Un sistema que me permitiera tener aire acondicionado sin pagar electricidad me la ponía más dura que el culo de Carolina reflejado en aquel espejo gigante. Pero primero debía ganarme el salario. Miré sus tetas implantadas. Recordé que cuando vivía en Surhabana le molestaba tenerlas tan pequeñas. Supongo que todos tienen derecho a cumplir sus sueños. Carolina se quitó el vestido, no llevaba sujetador. Los implantes de senos eran impresionantes.

—Ven, siéntate aquí —dijo unas palmaditas en la cama—. Para que valores si el general invirtió bien su dinero.

—Está bien —dije tragando en seco—, pero primero pon el aire acondicionado.

Regresé a pie pues en el distrito Habana del Este no hay transporte público. Como no podía cruzar el túnel tuve que bordear los hoteles coloniales en las fortalezas de la bahía y tomar una lancha que me llevó hasta el Centro Histórico. El ferry era tan viejo como la ciudad misma, pero su lentitud daba confianza. Nunca se había hundido ninguna. En un cajero electrónico convertí la tarjeta desechable que Carolina me dio en cinco flamantes billetes de cien CUT. Con ese dinero podría pagarle a Pupo por un contenedor de hasta un megawatt de corriente. Podría poner una placa de hormigón e, incluso... en lugar de comprar electricidad podía invertir en una bomba aerotérmica con aire acondicionado y calentador de agua. Una igual a la que tenían Carolina y su general. El sistema es costoso, pero me quita de arriba tener que comprar la electricidad a sobreprecio, además de no contaminar.

Es verdad que en un sitio como Surhabana, donde todos tienen aires acondicionados con refrigerantes antiguos y contaminantes, no tiene sentido ponerse a pensar en el impacto medioambiental. Pero el dinero se invierte en dormir tranquilo. Ese general invierte sus millones en que el culo de Carolina no se le escape con otro general con menos barriga o más millones. Yo lo invertiré en sentir que, al menos, no le hago daño al planeta.

Hace años fui de esos ecologistas que quisieron marcar la diferencia respecto al cambio climático. El gobierno revolucionario nos dio los fondos para crear la reserva de la biosfera más grande del país. Todo el oriente de Cuba sería un enorme bosque que contendría todas las especies en peligro de extinción. Usaríamos implantes para convertir

osos pandas y tigres siberianos en ciborgs que pudieran adaptarse al clima tropical. Trabajamos duro para darle una justificación al gobierno para traer toda la población de Cuba para occidente y ponerlos a trabajar en el turismo. Como ahora toda la comida es transgénica... nadie trabaja la tierra, que para eso están los chinos. Al final, lo que hicimos fue crear una vasta zona de caza para generales y turistas VIP. Un ecosistema artificial repleto de animales de caza mayor que ya no estaban en peligro de extinción gracias a los implantes que les pusimos.

Algunos de mis compañeros se radicalizaron y se fueron con Green War, otros emigraron a los Estados Unidos y terminaron en granjas de clonación vacuna o de pollos en serie. La mayoría se fue a luchar por otra causa perdida. Después que talaron el Amazonas para poner los servidores de Google, regresaron. Ya no tenía sentido hacer otra cosa que pasarle el antivirus a los robots hoteleros. Unos pocos se unieron a la fundación Greta Thunberg.

—¡Oiga usted, ciudadano! —dijo la voz amplificada por los altavoces de un casco policial—. ¡Párese ahí!

Pensando y pensando no me di cuenta que ya caminaba por el Centro Histórico. Estaba en medio de una calle colonial totalmente empedrada, justo debajo de un arma robot. Frente a mí había un policía con casco, peto y escudo.

—Déjeme escanear su tatuaje de identidad, por favor.

Casi nunca que un policía te paraba en el Centro Histórico era por una buena razón. Si en medio de tantos turistas, que son considerados como dioses en esta ciudad, te detienen, es porque vas a pasarla mal. Ni el escudo, ni la armadura, ni el taser me intimidaban. Pero las armas robot... esa era la verdadera policía en las calles. Equipos sin vida que no paraban de observar calles y aceras como

un mal que no duerme. Tenían todo tipo de municiones. Balas ordinarias, plásticas, perforantes, cañones de gel inmovilizante, espuma, granadas aturdidoras... de todo. Un verdadero arsenal que respondía a una mente fría e inteligente. Bueno, solo un poco más listilla que el *Smart Freezer* de casa de Carolina. También hacían un eficiente reconocimiento facial y tomaban la temperatura y las variables de salud. Se trataba de un policía incorruptible autorizado a emplear cualquier tipo de fuerza con tal de mantener el orden y, al mismo tiempo, una autoridad sanitaria con poder para eliminar un posible paciente cero de la próxima variedad del Síndrome Respiratorio Severo. La solución de la República Popular China contra los coronavirus, la delincuencia y la corrupción policial. Los famosos Guardianes de Beijing estaban en La Habana desde las festividades del pasado aniversario de la ciudad.

Y todos estaban locos.

Disparaban a los negros los días alternos, a los transexuales que caminaban en grupos de números impares o a los números primos de hombres con pelo largo. Unas veces les atraían las lentejuelas; otras, las parejas o los tríos. Incluso, le disparaban a los propios policías. Nunca a los hombres blancos bien afeitados, o con bigotes prominentes, vestidos con guayabera a la medida o trajes de marcas pijas. Eran suficientemente inteligentes como para no disparar a nadie que pareciera un dirigente de la corporación PATRIA. Esa parte de sus cerebros estaba bien programada.

La mayoría de la gente prefería transitar por las calles vecinales donde aún no habían sido instalados. O a las horas pico, cuando las multitudes impedían disparar. Un protocolo anti manifestaciones les impedía a sus retorcidos

cerebros digitales disparar a mucha gente junta. Cosa de las Naciones Unidas y los Derechos Humanos. Yo había cometido el error de pasar justo frente a uno. Y, para colmo, con un policía atravesado, que si me registraba querría quedarse con los 500 CUT que tenía en el bolsillo.

Escaneó mi tatuaje de identidad y leyó algo en la pantalla de su visor. Luego empuñó el taser y se dirigió a mí. Arriba, el arma robot nos apuntó.

—En horas de la mañana fue reportado un robo en la urbanización Camilo Cienfuegos, del distrito Habana Este. La señora de la casa informó que la única visita que recibió fue de usted, que pretendía pasarle un antivirus al refrigerador, o algo así. Continuaremos hablando en la estación de policía. Acompañeme pacíficamente.

Carolina.

Ya me extrañaba a mí que una mujer escorpión no me guardara rencor y, además, me diera dinero por, como ella misma diría, echar un último polvo.

¡Me cago en su madre!

No quedaba de otra. De la estación de policía saldría, pero no con los 500 CUT. Así que empujé el escudo con el hombro y sostuve la mano del taser. El bastón eléctrico me golpeó, pero quien vive en Surhabana está acostumbrado a los choques eléctricos de los bastones policiales. Conseguí torcerle la muñeca y pegarle el taser al cuello desprovisto de blindaje.

El arma-robot no hizo nada.

Al parecer, la policía está más acostumbrada a repartir choques eléctricos que a recibirlos, pues del tiro se desmayó. Solo quedábamos el arma robot y yo.

Eché a correr. Puro instinto de conservación, como cuando ves un animal salvaje. Por mucho que te digan que

debes quedarte quieto frente a él, finalmente el pánico se impone y solo quieres que haya distancia entre él y tú. Las armas robot son las fieras de nuestro tiempo.

Por suerte, solo disparó una ráfaga de balas de caucho que apenas me levantó un moretón en la espalda. Doblé la esquina a todo correr para alejarme de su rango de visión. Y allí, en medio de la calle empedrada, en un área restringida a la conducción por red de tráfico, venía un Kawasaki *Transformer* a toda velocidad.

El impacto me hizo saltar por encima del capó y mi cuerpo rompió el parabrisas. El resto fue fusionarme con el metal y el vidrio mientras toda la energía del choque con el poste se distribuía uniformemente.

No tardarán en llegar los bomberos pero tengo la certeza de que no sobreviviré. Sin embargo, no me importa.

Ni el policía.

Ni Carolina.

Ni el chofer del Kawasaki, que agoniza...

Ni siquiera los 500 CUT.

Lo único que me preocupa es que dejé encendido el aire acondicionado. ☼

**SIMULADOR
DE VIDA
ORGÁNICA**

ANDREA SALGADO CARDONA

Andrea Salgado Cardona (Sevilla, Valle del Cauca, Colombia, 1977). Escritora, periodista y profesora de escritura literaria de ficción y no ficción. Ha sido profesora de los programas de creación literaria de pregrado y posgrado de la Universidad Central, de la facultad de comunicación social y periodismo de la Universidad de la Sabana y la Universidad del Rosario; así como del programa de escrituras creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Fue directora cultural de la Feria Internacional del Libro de Bogotá (2018-2019) y directora del taller de cuento del Instituto Distrital para las Artes (2022). Publicó las novelas *La lesbiana, el oso y el ponqué* (2018) y *El sueño del árbol* (2022), más el ensayo *Six Feet Under*, (2019). Cuentos, crónicas y poemas suyos han sido publicados en antologías como *Relojes que no marcan la misma hora* (2017), *Cuerpos* (2019) y *Cómo la flor* (2021). Actualmente es la escritora residente del departamento de literatura y humanidades de la Universidad de Los Andes.

Estimados habitantes de La calle:

El SDVO (Simulador De Vida Orgánica) se encuentra diseñado para proporcionarle aventuras naturales, rápidas y efectivas. Sabemos de antemano la facilidad con la que se sobrelleva la diaria perfección de sus días en La calle. Esta novedosa actualización del LDVO (Lector De Vida Orgánica), que usted instaló en su sistema nervioso al inicio de los tiempos digitales, promete convertirse en la mejor de sus dificultades, un refugio de intensidad que le permita apaciguar su hambre de vida. Como siempre, y desde nuestros primeros productos, tiene usted en sus manos una joya de precisión minimalista. En Network, estuvimos cerca de una década ideando esta aplicación que, en tres simples opciones, contiene la multiplicidad de la experiencia humana.

El SDVO en la opción «FICTION», le permitirá imbuirse en las invenciones de los proveedores. En la opción «NON-FICTION» lo dejará experimentar

una amplia gama de sentimientos contenidos en las experiencias vitales de la realidad. En la opción «MASH UP» (tal vez la opción más revolucionaria del dispositivo), tendrá la posibilidad de realizar sus propias mezclas. Por ejemplo: si arrastra material de «FICTION» y «NON FICTION» hacia el «MASH UP», el SDVO hará un remix aleatorio. Por si fuera poco, cuenta usted con las opciones «MÁQUINA DEL TIEMPO» y «MODO SHEREZADA». La primera le permitirá saltar en el espacio-tiempo de los proveedores sin la terrible cadena de la linealidad vivencial; la segunda, tener una experiencia personalizada con los proveedores¹. Tiene usted la multiplicidad de la experiencia sin barreras espacio-temporales ni argumentales; finalmente es usted, querido habitante de La calle, el que decide cómo simular la vida.

Atentamente, Jack Adoniso

Gerente Comercial de Network Enterprises

«Con mis alitas Duracell 50% off», leyó John Lancaster, un Rubio Sensación (RS), mientras esperaba que la empleada de la tienda Network, Rubi Jones, una Roja Rubí (RR), le entregara el pedido de su hijo.

—No me demoro. Sé que todos los niños tienen un encuentro importante hoy al atardecer en el parque. Usted es el décimo papito en la lista. Si gusta, en la sala de espera hay café, Honey Cup Cakes: energía en un instante, y una cantidad de sofás cómodos para que, mientras espera, se distraiga con alguno de los proveedores de su preferencia. —dijo, señalando con

1 En esta opción se le cargará a la tarjeta de crédito 3.99

un dedo de perfecta manicura francesa hacia el muro pantalla.

Resignado, John Lancaster siguió las indicaciones de la empleada y caminó hacia la sala de espera. Todas las sillas estaban ocupadas menos una. Se sentó, se reclinó, cerró los ojos, dio clic en “Con mis alitas Duracell”, pagó los 0.99 centavos por la simulación de la proveedora Lucas Valencia. Frente a él, un listado de opciones se desplegaron. Eligió MODO SHEREZADA. “Esta opción no tiene descuento”. Se devolvió para mirar las otras opciones y arrastró material de FICTION y de NON FICTION hacia el MASH UP

—Disfrute habitante —dijo una voz cristalina y aguda.

—Gracias Control Master. Gracias por esta vida orgánica que como Honey Cup Cakes me prodigas.

Buenas noches querido habitante de La calle, desde mi cabina de peepshow y en directo con usted, aquí su humilde servidora: Lucas Valencia, omnipresente protectora del melodrama, el bolero, el tango, el pasodoble, la música de carrilera y las rancheras: aguardiente incitador de tuzas olvidadas, guayabos devastadores y festivos destripamientos.

Y esta noche, en exclusiva, sin censura ni avisos comerciales, desde aquí mis propias tetas [«las bombas más codiciadas del año» de acuerdo a la revista La Calle Sports Illustrated], y volando gracias a las Duracell [aquellas pilas que mantienen por más tiempo activas mis alas de querubín], exploraremos la vida en un pequeño, minúsculo, olvidado punto de la tierra. Así que, sin más presentaciones, queridos amigos, los

invito a ajustar sus cinturones y, sin más preludios, dispóngase a vivir conmigo la trágica historia de La Corroñosa Eréndira y su vida desalmada...

A John Lancaster le comienza a vibrar el celular en el bolsillo de la chaqueta.

—Pausar —dice. Lucas se queda estática, con la boca y los ojos abiertos como una muñeca inflable.

—Esposito. Que por favor le compres a Junior un overol impermeable con protección tipo 8 y uno de esos tapabocas con extra bloqueo de fetidez, fragancia limonaria o citronela.

—¿Qué? ¿Por qué primero no saludas mujer? No entiendo. ¿Qué dices?

—Disculpas esposito. Estoy de afán. Hola esposito. Te amo esposito. Tengo en el horno los Honey Cup Cakes: energía en un instante, de la celebración de esta noche, tres docenas porque en eso quedamos todas las mamás, en llevar de tres docenas; el caso es que llega Junior, imagínate, a decir que desde hace tres días Control Master le avisó que tenían que comprar esas cosas. Lo siento. ¿Te interrumpí esposito?

—¿Y el overol impermeable que le compré la semana pasada y el paquete de tapabocas, venían como 10?, ¿no?

—El overol era tipo 5. Solo lo protege contra fluidos leves. Y el paquete de tapabocas se acabó. O bueno. Le quedan unos fragancia sandía, pero dice Junior que dulce sobre dulce no encubre la peste, y hasta tiene razón el niño; el otro día que me conecté a Lucas estuve en una finca de ganado buscando una vaca que llevaba perdida como 5 días. La encontré muerta, al lado de un arroyo, entre unos guaduales, y fíjate que descubrí que

la muerte huele dulce, a dulce y óxido, a las dos cosas. Una cosa muy impresionante.

—Pero, ¿cómo así que se le acabaron los tapabocas mujer?

—Esposito, ¿no te has dado cuenta acaso de la cantidad de gente que Control Master nos está enviando?

—Llevo todo en un rato —dijo John Lancaster—, como en dos horas regreso a cenar. ¿A qué horas es el evento?

—A las 6:30 esposito... ay, ay, y por favor, una última cosa, disculpa esposito ¿podrías pasar por el supermercado y traerme un frasco de miel orgánica? Nunca hay suficiente miel para los Honey Cup Cakes: energía en un instante.

John Lancaster colgó el teléfono sin despedirse y dijo:

—Acceder.

...allá, en ese punto de la tierra donde los cirros hacinados manchan la colcha de retazos que forman los cultivos. Allá, en el más verde de los parches. Allá, donde los brazos de las plataneras cubren las matas de café que rodean un rectángulo de asfalto. Allá, en el rectángulo donde una torre de iglesia, demasiado monumental para el pueblo que la alberga, se erige como un furúnculo en la cara de la plaza. Allá, perpendicular a esa torre, recostada contra un muro chorreado de meados. Allá, como un renacuajo colgando de las branquias. Allá, como parte de la fachada de una cantina. Allá, como cada sábado en la tarde, están la Corroñosa y sus muletas maltrechas, con una copa de

peltre [bacinilla miniatura amarrada del cuello] de la que bebe aguardiente para anestesiar el dolor:

—Papi, ussted cómo ess de bello —dice lenguisopa, estrellando eses contra la pared de sus dientes— ¿por qué no me regala un traguito paque me quite esste frío que traigo?

—Pase pues a ver —le contesta un borracho que se dispone a cruzar la puerta de la cantina y, sin querer, inclina demasiado el pico de la botella, trasvertiendo el licor en el escote relleno de huesos de nuestra heroína.

—Ay papi, póngasse mossca, mire puess como me dejó la dominguera —protesta, pasándose de un tirón el cuncho de aguardiente que le quedó en la copa y ¡ssalud hijueputa, que lo que no mata engorda!, se dice a sí misma como todos los días, levantando un grito de guerra, su mantra contra la eterna derrota. Y con el sabor del anís y la sensación de fuego en la garganta, se sumerge entre el rumor del cachondeo de las putas y los jornaleros y el «qué labioss malparidoss, por qué quieren dañarme, ssi yo ssin ti me muero ¿mi vida dónde esstás?», que se filtra por la puerta de la cantina El Volga. Y ella tatarea destemplada, así como suena la realidad en la vitrola de su memoria... Y ahí se queda, sí señor, la mente se le pone en blanco, así que me veo pues obligada a presionar el REWIND de nuestra heroína, alejarme de ese espacio que ocupa entre los miados, y regresarla a la mañana, cuando la luz del sol apenas comenzaba a hormiguar sobre la piel y las arepas aún no iniciaban su chirriar sobre el carbón.

La Corroñosa ha iniciado un penoso descenso hacia la plaza del pueblo, por las calles empedradas del barrio Obrero. Doña Alba Lucía, mi mamá, cacarea una

metralla de palabras a Lucas: a mí que, barriendo en andén, bamboleo mis téticas adolescentes.

—Ay mijita en esos tiempos éramos decentes no como ahora que...—doña Alba Lucía se queda detenida con un reproche dibujado en el ceño, una gruesa arruga enmarcada por dos cejas negras y unos ojos verdes tornasolados.

—Continuar, continuar —dice John Lancaster pero la simulación no continúa. Un bicho de información se despliega sobreponiéndose a la imagen de doña Alba Lucía hasta anularla por completo:

CARTA A SIMÓN BOLÍVAR

Por medio de la presente quiero comunicarle a usted que este punto de la tierra se ha convertido en el desagadero de las enfermedades del mundo los habitantes de esta zona están confundidos hasta el punto que salen a pelear cuerpo a cuerpo con las matas el presidente aparece como un soldadito de plomo en las revistas hay demasiados dioses que son alimentados por el hecho de que su dignidad les ha sido arrebatada mi deseo es pedirle el favor de declarar este lugar como un “Ready Made” para ponerlo dentro del museo en que se convirtió el mundo y permitirle actuar con la libertad que demanda toda obra viva el pulpo que hoy azota el mundo es mal interpretado debido a las ondas gama que despide cuando bosteza muchas gracias por la atención que se sirva prestar a ese comunicado.

Si desea saber más de su mundo acceda a www.Fa...

—Pido disculpas por la interrupción —dice Control Master—, hemos experimentado fallas, la intromisión de un grupo de marginales. Nada importante hijo mío. Siéntete libre de acceder de nuevo al producto Lucas. Ya restablecimos comunicación.

...no como ahora que las culicagadas se arrinconan con los novios en los extramuros. Éramos muchachas de bien... no me vayás a resultar pipona Luquitas que vuela mierda pal zarzo en esta casa y se me va, se me larga ahí mismo que yo no estoy pa' criar miones y mucho menos bastardos... Además, esos extramuros mamita ¬—cambia el tono y comienza a limpiar las ventanas con el plumero—, van y me la matan, así bien horrible, está volviendo esa crueldad, esa sevicia nunca se ha ido de este pueblo... ¡Ay!, si vos hubieras vivido esos tiempos de la Violencia, sabés qué, yo era chiquita me trepaba en la barda del anfiteatro y veía las hileras de muertos, recuerdo las lenguas de los liberales saliéndoseles la lengua por la garganta. El corte corbata...una cosa enferma, maldita.

—Cómo así mamá —la interrumpe Lucas — explíqueme lo del corte corbata.

—¡Ay no!..., nada hija, yo no sé por qué me desvíe si lo que quiero decirle es que hay que aprender a portarse bien con los hombres —dice, sustituyendo la historia con una agilidad de prestidigitadora—. Su papá, por ejemplo, no me tocó hasta que nos casamos y me cortejó durante muchos años antes de atreverse a pedirle permiso a papá para hacerme visita —alisa los pliegues de la bata como si coqueteara en el recuerdo con sus enaguas almidonadas—. Mijita, usted es muy

bonita, yo también tenía esa cinturita de abeja, 57 centímetros —hace jarras en su torso grueso—, todos me tenían ganas, pero yo no le entregué estos dulces a nadie hasta que midió me dio permiso. ¿Sí entiende lo que quiero decir?

—Sí mamá —contestó Lucas tratando de imaginar una cintura pequeña debajo de la barriga de la madre; la Corroñosa, haciendo CLAC CLAC con su muletas, cruza por el andén, cabeza gacha, entre las dos mujeres armadas de escobas, dulceabrigos y plumones. No saluda, anda entretenida, seguro haciendo cuentas, calculando cuántos chances y boletas le faltan para recoger la plata de la pieza; así, ensimismada, arrastrando sus piernas inservibles, emperifollada como corista de salsa, alcanza el final de la colina, toca el pavimento, acelera el desplazamiento y se aleja calle abajo convirtiéndose en un punto borroso.

Apuñalado y encolchonado

Peluquero desaparecido por los Paracos en la vereda Cuchilla fue encontrado, después de dos semanas, vuelto picadillo y embutido en bolsas de basura entre los resortes de un colchón. (Continúa en Pág. 2D).

El titular de *El Caleño* es leído a la distancia por la Corroñosa. Ella se acerca a la charcutería con todo el kilometraje permitido por sus bólidos de madera carcomida y metal oxidado. Y, por supuesto, ese sangre-río llama su atención. Quién puede resistirse a la fotografía que ocupa toda la página, todas esas bolsitas manchadas de muerte germinando como coles entre los resortes del colchón.

—Tan Hellraiser que se han puesto estas noticias —dice, por encima del hombro de dos campesinas que también leen el titular—, en vez de mostrar lo bonito, el concierto de la Gaviota que dizque hubo en Calarcá, nos muestran todoss esos muertos, hasta mentirass sserán, no demoran en ssalirnos con un diablo con puntillass en vez de pelo matando a esos paras gonorreass.

Las campesinas, asustadas frente a semejante esperpento cacaruso, se alejan, comadres agarradas de gancho ahogando risitas nerviosas.

—Montañerass, apenass me las lasss bajaron del monte hoy... pa' putiar en el barrio, con essa manada de pecuecudos apestando a cereza de café. Marranass... con essejo es que las bajan del monte... por el culo ess que less van a dar —les grita la Corroñosa que, desde el día en que terminó de pagar a plazos en la casa de empeño su Sony Triniton, se siente ciudadana del mundo, conocedora de la farándula internacional.

—Señor —John Lancaster siente que le tocan el hombro—, disculpe que lo moleste, acaban de salir estos Honey Cup Cakes: energía en un instante y ya es hora de recargar baterías. Tenemos también café o té verde. ¿Qué le provoca?

—Té, por favor —dice.

Marie Truman, una Forever Brunette (FB) vestida con un overol blanco que lleva en la pechera las iniciales NE, pone una taza de té con tapa plástica, en el orificio que para tal propósito tienen todos los sofás reclinables de la tienda.

—Gracias. Es verdad. Nos espera una jornada dura ¿Va su niño al parque esta noche?

—No, no señor, aún está muy pequeño, en la primera etapa de entrenamiento. Aún practica con los muñecos de trapo.

—Ya le llegará la hora. Cada cosa a su tiempo.

—Sí señor, así es, pero muero de las ganas de verlo limpiando nuestra calle. Qué orgullo para usted.

John Lancaster sonríe y asiente en silencio. Marie Truman se despide. John Lancaster vuelve a acceder a Lucas.

...Sí queridos habitantes, E-Entertainment Television es la musiquilla que suena en mi cocina, la de Lucas Valencia, que ahora pone en la olla pitadora los frijoles y sala el chicharrón. E-Entertainment Television es el murmullo que sale por la puerta de la tienda cuando la Corroñosa deja de gritar y, alisándose la furia de las greñas, ve a través de los periódicos, en una pantalla de 13 pulgadas, a Anna Nicole Smith estregando las glándulas mamarias contra el lente de un paparazzi.

Nuestralisiada mujer maravilla contempla asqueada ese par de tetas colosales y, acomodándose las de ella, las de medias veladas rotas que son las suyas, retoma su camino y llega a la plaza rumiando sobre las rarezas de las extranjas:

—Ahora les encanta mostrar esas chuspas de gelatina en la pantalla. Al menos esta renguera es *made in midiosito*. —Fortalecida por la autenticidad de su parálisis, apura hacia la algarabía de la plaza. Los recolectores de café, en su maratón de diversión

saturnina, se atraviesan en las calles, afanados por terminar de mercar lo más rápido posible para comenzar a atascarse de aguardiente:

—Emborracharse, pichar y pelear, como ssi eso fuera todo en la vida —enciende la mecha de su alharaca mercantil. Pero un adonis ojizarco, caminando en dirección contraria, le hace ralentizar el TIC TAC TIC TAC del tiempo. En cámara lenta: TIC, lo ve acercarse; en cámara lenta, TAC, le enfoca el bulto del pantalón. Las ganas son una aguja capotera atravesándole la espina dorsal muerta, pero ese gusano que ya ni faja entre las piernas no funciona. El deseo es un pellizco en la invalidez, un álbum de fotografías amarillentas como la sucesión de recuerdos que ahora le llegan a la memoria:

Adolescente emperifollada como la Cindy Lauper, la Corroñosa, cuando aún llevaba el apodo de la Terapia, le cubre los pies a la mamá enferma y taconeá hasta el patio de tierra para desocupar la bacinilla.

—Amacita ya me voy para el consultorio.

—Mucho cuidado mijo, que dios me lo bendiga, no se le olviden los cauchos esos —le dice la madre. Saca un par de condones de la mesa de noche, se los entrega y comienza a desgarrarse en un episodio de tos.

La imagen se funde a negro. «Aviso comercial», lee John Lancaster.

—Mierda —dice, un beeeep extendido suena en su cabeza.

—¡Hijo! ¿Qué es ese vocabulario? —dice Control Master.

—Disculpas Control Master.

¿Quiere usted decorar su estudio a imagen y semejanza del de Lucas Valencia? No se pierda esta oportunidad única.

Objeto 1: en el escritorio, un libro miniatura de Friedensreich Hundertwasser y la siguiente nota subrayada bajo la fotografía de casa del pintor en Viena:

Una casa
Una casa fuera de lo común
que no corresponde a las normas y los clichés
de la arquitectura escolástica
una casa configurada y pensada por un pintor
una aventura de los tiempos modernos
un viaje a un país desconocido
un viaje a la dimensión de la arquitectura creativa.

Objeto 2: tres postales de La Sagrada Familia de Gaudí, vista desde diferentes ángulos.

Objeto 3: una fotografía de una torre de princesa, blanca como un pastel, manufacturada en una panadería de barrio popular. Al respaldo de esta joya del Kitsch aparece marcado con puño y letra de la mismísima Lucas: «Chapinero, Castillo del Carajo, donde reina el poder lúdico de la sensibilidad analítica».

Objeto 4: una calaca mexicana miniatura.

Objeto 5: un Doraemon en miniatura.

Adquiera todas estas piezas por solo 3.99

—Continuar —dice John Lancaster, pero solo consigue que el 3.99 triplique su tamaño—. Continuar —dice, y el 3.99 se comienza a desbordar—. Continuar —dice, y una punzada le atraviesa de lado a lado la

cabeza—. Comprar —dice resignado, y la simulación de Lucas reinicia.

—A la final, putiar en este pueblo es un acto de caridad —le dice más tarde a una de sus compañeras de trabajo que la mira con una sonrisa desportillada colgándole del rostro—. Si no fuera por nosotras, las maricass y las putass, los patroness de esste pueblo ya sse hubieran jodido hace rato. ¿Quién ssi no nosotrass le mandamoss manssitos a los trabajadores pal resto de la ssemana?, ¿quién ssino nosotrass le quitamoss el brío a esos machos? Hasta Bienestar Familiar debería darnoss comissión por la merma de mujereass agarradass a planazos.

—Vos Terapia si es que sos más brava que una rabo de ají... uhh... por eso es que me gustás... uhhh... por verraca —le dice el Jhon Freddy mientras se la clava contra las sábanas curtidas. Esas sábanas del cuartucho que las putas y travestis usaban cuando el cliente no le alcanza para pagar el motel de la esquina... esas sábanas pegachentas contra las que tan rico pegaba la cara.

El Adonis continúa caminando y la Corroñosa lo pierde de vista, se baja de la nube y pone sus muletas en polvorosa. Apurada, sin buscar un blanco, arrojando palabras al primero que ve, comienza la venta:

—Papi venga le vendo, de una vez, el número ganador, aquí sse lo tengo... Y de paso me hace la caridad, pa pagar los remedioss de mi mamá... ussted también tiene mamá ¿cierto? —le grita desde lejos a un muchacho aindiado y enclenque que a duras penas

puede cargar con el costal que lleva al hombro.

Excelente vendedora, la Terapia siempre supo cómo conseguir clientes. Nada mejor para incitar el deseo que revestir los vicios de necesidad. Pero la táctica, tan útil en el pasado, dejó de combinar con las muletas, la piel dañada y los dientes flojos, sus actuales accesorios.

—No misia, si acaso me alcanza la plata pa' la panelita y los fríjoles —le contesta entre dientes el muchacho.

—Misia por qué no me compra un numerito, mire que ess para la receta de mi mamá que tiene cáncer — le dispara la oferta a una señorona que arrastra a su cría entre el campechado como si estuviera salvándola de una plaga inminente.

—Como te atrevés vagabunda... si la semana pasada... te di pal... dizque pal entierro —le reclama la señora exaltada.

Y la Corroñosa se ofende tanto que grita un agudo:

—Calláte vieja malparida, puta, perra ssarnossa —y se inclina para agarrar una piedra, la muleta se le desliza del sobaco y cae garabato sobre los codos en el cemento.

En el suelo la rodean docenas de tacones repelados por las piedras, zapatos desgatados y brillantes. Unas botas Brahma aparecen frente a ella; son exactas a las del recuerdo en que la patean:

—Me lo trago entero ssi no me paga lo que me debe... papi, por favor... el Tramadol sse le acabó a mi mamá, ayyy pasito, no me pegués tan duro —le suplica la Terapia adolorida a su Jhon Jairo—, un mess fiándote los polvos, que te creés que este culo ess gratis... hijuepu... —continúa gritando mientras la punta de una

bota Bramhma en el costado le hace tragarse el insulto, y la punta en la boca del estómago le hace ponerse de lado, y la punta en la boca le llena la garganta de un espesor ferroso en el que colapsa el aire que intenta respirar.

Jhon Freddy, jadeando, se pasa el último trago de aguardiente y sacude la botella sobre su boca comprobando que no ha quedado ni una gota; la estrella contra el cemento, algunas esquirlas hieren las piernas de la Terapia. Ella, enroscada como un feto, sigue recibiendo patadas en el estómago y comienza a arrastrarse para evitar la golpiza, así como ahora la Corroñosa, tirada en el piso sin muletas, huye del recuerdo, reptando en el pavimento hasta llegar al borde del andén y, con las últimas fuerzas que le quedan, se impulsa para sentarse.

—Pelaitoooo... ssi ussted pelao, venga, póngame cuidado —le grita desde el andén a un niño que lleva un portacomidas todo chorreado de sancocho por los bordes —Passáme esas muletas que esstán allá, no seas malito —apunta hacia ellas con su uña de esmalte escarapelado.

Asustado, el niño se echa a correr.

Jadeando, vencida, la Corroñosa se queda mirando el sancocho que se derrama por el ajetreo de la huida: una sopa espesa seguro, fría, con el cebo del espinazo haciendo nata, aguamassa, comida pa los marranoss. Ningún recuerdo llega ahora a la cabeza de nuestra heroína, sólo la imagen del sancocho, inmóvil, instalado como un mantequero imposible de cruzar. La eliminación de toda posibilidad narrativa.

Pero no, no querido John, no mi hambriento de experiencia; entre estos restos de yuca y papa, un recuerdo intenta salir a flote y, aunque la nata lo estrangula, yo, Lucas Valencia, su narradora, clavadista en el borde del portacomidas, me lanzo a los espesores de esa sopa sebosa [mártir de mi propia creación]. Con mis pobres alas ensopadas, ángel en un derrame de petróleo, presiono el PLAY de la Corroñosa.

Con las medias veladas rotas y las rodillas ensangrentadas, la Terapia huye de su macho, de su Jhon Freddy que tan duro le da en la jeta pero que tan rico se la hunde. Tan hombrote estrujándole la carne, agarrándola a golpes hasta que el dolor y el orgasmo se entrelazan, en un “ssi te quiero te aporrio”: frase instantánea con la que justifica cada semana los moretones que le deja su Jhon Freddy.

—Pappi, ya puess, cálmesse, venga mejor nos contentamos —suplica desde la esquina oscura y vacía hasta donde sus pulmones de fumadora le permitieron escapar.

Jhon Freddy la agarra del pelo:

—Ve Terapia, ¿hasta cuándo vas a andar con ese cuento de tu mamá pa’ sacarme plata?

—Ayyyy ssoltáme... perdónn... perdón... ya no más, de verdad, ya no más, pero es verdad... está enferma, tiene cáncer.

Y Jhon Freddy, que la quiere como se quiere un perro, la suelta y, empujándola de los hombros, la obliga a arrodillarse frente a él. La Terapia, jadeando, limpiándose la sangre que le mana de la nariz, le baja el cierre del pantalón y se mete garosa todo el puñal

hasta la garganta. Alimentándose con los ojos cerrados, ternera con rímel violeta, la Terapia oye el eco de unos pasos firmes sobre el pavimento y se limpia con el hombro de la blusa.

—Jhon Freddy, cossita, vamonoss mejor para Disco Verde otra vez.

Jhon Freddy, picado por las ganas y la borrachera, la vuelve a empujar al suelo. Los pasos se detienen, también el corazón de la Terapia que, deslizándose por la pared, sólo alcanza a ver la boca de dos rifles:

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

—Creyeron que se iban a salvar esta vez maricones.

La Terapia, sobre el cuerpo inerte de Jhon Freddy, herida en la columna, se hace la muerta.

Los encapuchados dejan escrito con aerosol sobre el muro que los enmarca: OPERACION LIMPIESA AUC.

John Lancaster se levantó del sofá, se acercó al mostrador. Rubi Jones, la Rojo Rubí (RR), le entregó la mini uzi en una caja blanca, envuelta con una cinta roja, como si se tratara de un ramo de flores.

—Podría por favor conseguirme un overol impermeable talla 10 con nivel de protección 8 y una caja de tapabocas de limonaria o citronela, del que tenga.

La Rojo Rubí (RR) fue hacia la bodega y regresó de inmediato con el resto del pedido en una bolsa de papel.

—Son 25.99. La mini uzi está perfecta y cargada. Los niños sí que gozarán hoy. Anunció Control Master que acaba de llegar un cargamento fresco de indigentes de Bogotá — le dijo con amplia sonrisa fluorescente—.

Son adictos a una droga que se llama bazuco, gente con problemas mentales, escoria de la más pura. Espero verlo esta noche en el parque de las víctimas para cantar y luego comer Honey Cup Cakes: energía en un instante.

El reloj marcó las 4:30. Por los altavoces de La calle, comenzó a reproducirse el himno nacional:

Francotiradores
Rosa tira flores
Gordos down
Feos down
Indigentes down
Y matar matar matar
Mami dijo mátalos
Papi dijo mátalos
Control Master dijo mátalos
Y matar matar matar

Una vez terminó el himno, Rubí Jones (RR) y John Lancaster, se quedaron con la mano derecha puesta en el corazón. Sus sonrisas fluorescentes contrastaban con la pulcritud de las paredes y los pisos de la tienda Network. ☼

**LAS INCREÍBLES Y SIN
EMBARGO VERÍDICAS
AVENTURAS DE
CHANG, EL PRIMER
COSMONAUTA CHINO**

GABRIEL SOSA

Gabriel Sosa (Montevideo, 1966) es periodista, escritor y editor. Desde principios de los 90 trabajó o colaboró en diversos medios escritos uruguayos e internacionales, incluyendo la revista *Posdata*, el suplemento Cultural de *El País* y el suplemento *Qué Pasa* del mismo diario. Publicó los libros de relatos *Orientales excéntricos* (2001, reeditado con material adicional como *Orientales excéntricos recargado*, 2019) y *Qué difícil es ser de izquierda en estos días y otras historias de amor* (2004). Es autor de la trilogía de novelas negras *Las niñas de Santa Clara* (2016), *Las mujeres de Nueva Troya* (2020) y *Los hombres de Piedra Negra* (2023). En colaboración con Elvio Gandolfo publicó las novelas *El doble Berni* y *Los muertos de la arena* (2008 y 2011). En no ficción es autor de *El lado oscuro de parir - La mujer como víctima de violencia obstétrica* (2018) y de *El fantasma que nos habita - Memorias del 27 de junio del 73* (2023), y coautor, junto a Alejandro Michelena y Andrés Linardi, de *Historia de las librerías de Montevideo* (2021).

En la base de control de Kapustin Yar la señal de alarma desató el caos. Hasta ese momento el desarrollo de la misión era irreprochable, todo sucedía según lo previsto por el ejército de ingenieros que la habían diseñado. Parecía que la Unión Soviética (y en este caso en particular, la República Popular China) no tendría que sumar a su invisible lista de mártires ningún otro Héroe Secreto cuyo solitario fin en los espacios interplanetarios, miserable o explosivo según el caso, tuviera que mantenerse oculto a cualquier costo.

Pero ahora los instrumentos no permitían dudas: la cápsula se estaba desviando.

—Cosmonauta Chang, cosmonauta Chang, aquí el centro de control. Conteste, cosmonauta Chang.

En su cápsula Vostok, en algún lugar a varios cientos de kilómetros sobre Siberia, el cosmonauta Chang flotaba fluidamente en el reducido espacio interior, contorsionándose y estirándose. El recipiente hermético de su almuerzo se había quebrado, y media docena de *jiaozi* (también conocidos como *wan ton*, o en la decadente sociedad estadounidense, *dumplings*, suerte de empanaditas rellenas de carne o verdura y cocidas al vapor) flotaban por

el viciado aire, entre detritos de variada procedencia. Un *jiaozi* en particular, gordo y jugoso, evitaba, casi se diría que con conciencia propia, los esfuerzos de Chang por atraparlo. Con los palillos en alto, el bravo cosmonauta tenía toda su atención ocupada en la captura de su flotante comida, siguiendo el antiguo (y culturalmente vetado) concepto de que “cuando como, como, y cuando duermo, duermo”. Las luces parpadeaban, las alarmas sonaban y los parlantes repetían los desesperados llamados de la Tierra. Chang, impávido, perseguía su *jiaozi*, sus ojos almendrados fijos en la presa.

En su cuarto de trabajo privado, ubicado en un lugar que muy pocos conocían, el camarada Mao recibía con fastidio las noticias. El primer cosmonauta chino estaba fracasando en su misión.

El camarada Ping, responsable de comunicar a Mao las novedades, temblaba ligeramente. El fastidio del Primer Camarada no era algo que nadie deseara ver de cerca.

Al fin, a pesar de los temores de Ping, Mao se relajó luego de escucharlo.

—No importa, todo el gasto lo hicieron los camaradas de Moscú —dijo, y le sonrió a Ping.

Ping devolvió la sonrisa.

En la base de control de Kapustin Yar, sin embargo, nadie sonreía. Los medidores ya habían pasado al rojo, y la desviación de la cápsula era irremediable.

—Chang, conteste Chang. Conteste —repetía, con un dejo de histeria en la voz, el operador de radio, olvidado ya el respetuoso tratamiento de «cosmonauta».

En la estratósfera, el primer cosmonauta chino, aún masticando el *jiaozi* recién capturado, acechaba otro. Sus palillos resonaron al errar la presa por décima vez.

La cápsula, envuelta en llamas, entró en la atmósfera y se precipitó sobre la tundra.

En Kapustin Yar las purgas comenzaron casi de inmediato.

2

El 22 de noviembre de 1963, en la plaza Dealey de Dallas, dos disparos (de un total de 17, según informes ultrasecretos de los servicios de inteligencia chinos) terminaron con la vida del presidente John Fitzgerald Kennedy. Atrapados para siempre quedaron, en miles de fotografías, el gesto de desesperación de su viuda, el estupor de los miembros de la Seguridad, las muecas de dolor de los heridos, las bocas abiertas por los alaridos de incredulidad del público.

En los años por venir todas esas imágenes serían revisadas miles de veces en busca de datos extraños, incongruencias, misterios. Incontables pares de ojos escrutaron hasta el más intrascendente detalle de cada una de las fotografías y fotogramas de película registrados, en la vana pesquisa de ese elusivo «algo» que diera sustento a alguna teoría más o menos descabellada, cercana al corazón del investigador (aunque nadie llegó ni a acercarse a la conexión de la tragedia con el programa espacial impulsado por Kennedy, y en concreto con su obsesión con la Luna y lo que podría haber en su cara oculta, y los chinos no estaban ni están dispuestos a contar lo que saben).

Por fin las fotos se volvieron tan vistas y sobadas que se dijo que las pistas buscadas, que no aparecían en ninguna parte, sencillamente no estaban porque las fotos eran

falsas o trucadas. Si los hechos no se acomodan a la teoría, entonces los hechos están mal.

Pero de todos los que escrutaron con furibunda ansiedad estas fotos, pocos se percataron de un detalle mínimo de una sola de ellas, que es, aunque nadie lo sepa, la única que registra una pieza clave del entramado secreto del magnicidio. Y los pocos que lo registraron no le dieron mayor importancia. Un gesto de desesperación más, concluyeron.

Nadie, nunca, sospechó lo que quiere decir esa presencia en la foto registrada casualmente por un ciudadano de Dallas (Peter Odilio Langella, de profesión vendedor mayorista de insumos eléctricos, fallecido en 1983 por una confusión involuntaria en la dosis de sus medicamentos para tratar el colon irritable) en el exacto momento en que JFK es herido por la primera bala, una figura no muy alta, de pelo negro y lacio cortado a la taza y con ojos almendrados, que se inclina hacia el auto presidencial desde la línea más cercana del público, como llegando a la carrera desde mucho más atrás, el brazo fluidamente estirado al máximo, la mano extendida implorante, la boca abierta como tratando de gritar una advertencia, de impedir una catástrofe, de salvar una vida. Como tratando de revelar una verdad que sólo él conocía, y que hubiera cambiado todo de no haber llegado apenas, un segundito, casi nada, tarde.

Es Chang.

En su guarida subterránea el doctor Viktor Silence, mundialmente conocido como genio de la cirugía cardiovascular, magnate de los medios de comunicación, melómano y filántropo de generosidad desmedida, daba rienda suelta a su lado más secreto y siniestro. El oculto y demencial plan de este genio del mal estaba punto de cumplirse. Su máquina de ondas geodésicas estaba lista y apuntaba a su primer objetivo, el monte Everest. Cuando la carga del gigantesco dínamo estuviera completa sólo tenía que apretar un botón convenientemente grande y rojo, y un rayo subterráneo saldría disparado desde las profundidades de las amplias y bien iluminadas cavernas en que ahora se encontraba, bajo una islita del mar de Japón, atravesando Asia hasta llegar a su objetivo, convirtiendo al Everest en un volcán de furia incontenible. Como premio extra, a su paso el rayo dejaría un estrecho pero devastador surco de destrucción sísmica a lo largo de China. Una vez que las potencias del mundo vieran la magnitud del destrozo que el doctor Silence podía provocar con un solo botón rojo, no dudarían en pagarle los mil millones de dólares en barras de oro que había solicitado. El doctor Silence contempló a través de los vidrios blindados del mirador sobre su guarida, en la parte más alta de la caverna, cómo las tropas combinadas de China, Japón, Francia, Guatemala, Gran Bretaña y Estados Unidos (y un australiano) que se habían infiltrado en su guarida, trataban infructuosamente de abrirse paso combatiendo hasta el generador y la sala de control. El doctor Silence supo que la victoria era suya, y lanzó la risa más escalofriante que se hubiera escuchado nunca en aquella vasta caverna, en los millones de años

pasados desde su creación por las ciegas fuerzas tectónicas del planeta. Los tres guardias armados que lo acompañaban cruzaron miradas de temor.

En su despacho secreto subterráneo en Pekín, el camarada Mao estaba ajeno a estos eventos. Vagamente recordaba haber autorizado el envío de unos pocos miles de soldados a la costa, a investigar reportes de actividades maléficas del Oeste, pero en ese preciso instante otros asuntos más urgentes ocupaban su mente. Su idea de unos pocos años atrás, exterminar todos los gorriones de China, había sido menos inteligente de lo que le pareció en su momento, y plaga tras plaga de insectos devoraban las cosechas. Ojalá más gente hubiera cazado gorriones con los ojos vendados en vez de dedicarse al asunto con tantas ganas, pensó molesto el camarada Mao, mientras estampaba su firma en una carta dirigida al camarada Khrushchev en la cual respetuosamente solicitaba a la grandiosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que asistiera a su humilde nación hermana, la República Popular de China, con el envío de algunos cientos de miles de gorriones socialistas soviéticos para paliar la situación. Alejó de sí la carta con fastidio, consolándose al pensar que al menos las purgas de ratas y mosquitos no habían salido tan mal.

Poco podía sospechar el camarada Mao que la onda sísmica del maléfico doctor Silence estaba programada para cruzar Pekín, y que en medio de su destructivo camino se encontraba su propio despacho secreto subterráneo.

En la isla del doctor Silence, las tropas que combatían en el nivel más bajo de la caverna estaban bloqueadas por unas puertas de titanio al cromo-níquel defendidas por acólitos del doctor armados con lanzallamas, porque por

defectos técnicos las puertas no cerraban bien, lo que hacía imprescindible la defensa humana. Dentro, el dínamo había alcanzado su carga máxima. Luces de alarma rojas (y una violeta, debido a un error en el envío de insumos eléctricos desde una empresa mayorista de Dallas) comenzaron a destellar por los rincones de toda la caverna, una sirena se dejó oír y una voz robóticamente femenina anunció por parlantes ocultos que el rayo geodinámico de activación volcánica estaba listo. El doctor Silence se tomó un segundo para saborear su triunfo, sonrió a las pantallas de televisión que mostraban las espantadas caras de los líderes de las potencias mundiales que, con horror, contemplaban a su vez la transmisión de sus acciones desde sus despachos de gobierno (la cámara ubicada en el despacho del camarada Mao lo mostraba ausente, probablemente en el baño), y adelantó el pulgar para oprimir el botón que lanzaría la mortal descarga por miles de kilómetros de indefenso subsuelo chino, hasta hacer explotar el monte Everest en un infierno de lava y cenizas ardientes. Todo estaba perdido.

En ese momento, de las sombras surgió una veloz figura, vestida con un conjunto ceñido amarillo de poliéster, con una franja blanca en brazos y piernas. El conjunto se remataba con un pasamontañas igualmente amarillo aunque un tono apenas más clarito, con barbijo blanco.

Esta figura, estilizada y elegante, se abalanzó fluidamente sobre Silence y de una certera patada en el hombro lo alejó del panel de control donde estaba el fatídico botón¹. Dos

¹ Como curiosidad, al salir despedido el doctor Silence golpeó con su mano izquierda los controles de un reproductor de 8 pistas que se encontraba junto al panel principal, accionándolo y logrando que por varios segundos se escucharan los compases finales de una versión notoriamente energética del tema «Good Sign, Bad Sign» del compositor inglés Monty Norman, en la que el doctor Silence trabajaba en sus ratos libres, interpretando personalmente todos los instrumentos y abusando, según expertos, de los vientos, la percusión

guardias personales de Silence se abalanzaron sobre él, y los dejó fuera de combate. El tercer guardia sacó su arma y trató de dispararle, pero un salto, una vuelta carnero y una patada en la muñeca bastaron para que la bala saliera desviada y golpeará en un ángulo del cristal blindado que tanto había soportado hasta ese momento y que, por alguna misteriosa particularidad de la fatiga de los materiales o de la resonancia, lo convirtiera en minúsculos fragmentos que cayeron 40 metros hasta el fondo de la caverna, donde estaba en exhibición, para regocijo privado de su dueño, la muy completa e incomparable colección de maquinas de la muerte del doctor Silence.

Mientras el encapuchado dejaba inconciente al tercer guardia, Silence velozmente sacó un cuchillo de entre sus ropas, y se abalanzó sobre él. Hubo un momento de forcejeo, que terminó con Silence lanzado de espaldas hacia el ventanal inexistente, y el atacante abalanzándose para impedir que cayera al vacío. El hombre de amarillo apenas alcanzó a tomar con una sola mano el extremo de la corbata verde con estampado de ranitas doradas de Silence, que quedó balanceándose sobre sus talones, con el cuerpo casi en ángulo de 45 grados fuera de la sala de control. Por un instante pareció que Silence caía y arrastraba a su antes atacante y ahora salvador, luego ambos quedaron en equilibrio, Silence sostenido por los talones y la corbata, el de amarillo firmemente de pie dentro de la sala de control.

Silence lo contempló con odio.

—Who are you? —preguntó, escupiendo las palabras.

El desconocido se quitó la máscara amarilla con un gesto decidido de la mano izquierda

tribal y los toques electrónicos. Luego de esta intrusión musical intempestiva en el drama en desarrollo, la versión específica de la canción arreglada por Silence comenzó a ser conocida popularmente como «Chang's Theme».

—C'est moi, Chang —dijo al revelar su rostro, sus ojos almendrados y su pelo negro cortado a la taza.

Silence, en un gesto final de odio, trató de apuñalarlo con el cuchillo que seguía sosteniendo en su mano, con tan mala fortuna y torpeza que sólo logró cortar su propia corbata. Ya sin sostén, cayó aullando hacia su depósito de máquinas de la muerte, hasta aterrizar en las fauces de una especie de picadora de carne gigante cuyo cometido real o procedencia nunca ninguno de sus acólitos llegó a conocer con exactitud, y que por una desafortunada casualidad estaba conectada y funcionando.

Ante la muerte y posterior molienda de su jefe los esbirros de Silence se rindieron de inmediato, y los soldados chinos, japoneses, franceses, guatemaltecos, británicos y estadounidenses (y el australiano, que milagrosamente había sobrevivido en primera línea del combate con apenas quemaduras leves y pelo chamuscado) que no se hallaban ocupados quitando lanzallamas de las manos de los derrotados esbirros, se dedicaron con entusiasmo a vitorear al estoico e impasible Chang, que desde el marco vacío de la ventana de lo que fuera la sala de comando de Silence contemplaba sin sonreír el desmantelamiento del imperio del mal del avieso doctor de dos caras.

En cuanto los informes del combate en la isla del doctor Silence llegaron a China, comenzó la febril y multidisciplinaria búsqueda de una interpretación oficialmente satisfactoria del motivo por el cual Chang había elegido hablarle en francés a Silence (nacido en Ucrania, nacionalizado estadounidense, con residencia oficial en Barbados). Casi tantas teorías fueron rechazadas como teóricos desacreditados, y la búsqueda continúa, si bien bajo un manto de discreción absoluta, hasta el día de hoy.

En el austero despacho, los tres psicólogos que ocupaban un lado de la mesa escuchaban las declaraciones de otro P.O.W. rescatado de las profundidades del Vietnam comunista, impasibles, hieráticos, tratando sin éxito de aparentar ser comprensivos. Ya habían escuchado a más de una docena de hombres, todos igual de alterados y casi incoherentes, contar los detalles de su rescate. Este era el último.

—...y cuando llegamos a la costa nos dejó en el bote, nos gritó «Arrivederci» desde la orilla y volvió a la selva. ¡Pero estoy seguro, era él! ¡Era Chang! ¡Nos rescató Chang! ¡Chang, era Chang, era...!

Los tres psicólogos intercambiaron una breve y desesperanzada mirada. Uno de ellos alargó la mano hasta el soporte circular del que colgaba una serie de sellos de goma, y tomó el mismo que había tomado siempre, tras cada interrogatorio. Tratando de sonreír con bondad al ex soldado al mismo tiempo que sellaba (literalmente) su destino, estampó en la tapa de su legajo, con tinta roja un poco desvaída, la palabra que lo condenaba a una vida de aislamiento y silencio en una celda acolchada.

Detrás del espejo de doble cara que ocupaba una pared entera del despacho, un grupo de hombres silenciosos, de traje y corbata oscuros y con cortes de pelo idénticamente severos, permaneció en silencio. Al fin, uno de ellos abandonó la habitación para telefonar al Presidente y comunicarle las inquietantes nuevas.

Entre los participantes de la Asamblea General de la ONU de ese día de setiembre de 1976 eran notorios el nerviosismo y la expectación. El cosmonauta Chang, héroe popular de China y salvador del mundo, iba a dirigirse a la Asamblea con lo que se esperaba fuera la declaración más importante que esa institución hubiera oído en toda su historia. El *New York Times* decía en su portada de ese día, en titular a página entera: «Today China Awakes?». Muy posteriormente esa tapa figuró como la número 872 en el libro 1001 portadas de diarios que definieron la prensa (Taschen Verlag, Cologne, 2007, ISBN de la ed. en español 978-3-8365-1111-0).

Cuando el cosmonauta Chang apareció en la sala, un murmullo de emoción recorrió las bancadas. Los embajadores ubicados más cerca apenas contenían el impulso de estirar la mano para tocar al héroe, y los más alejados se ponían de pie, incluso algunos subidos en sus asientos, para verlo mejor. Calmada y fluidamente, Chang se acercó al podio. Saludó al presidente de la Asamblea General, al secretario y a los demás dignatarios. Discutió brevemente asuntos técnicos con un traductor, sacó sus apuntes de un maletín, los colocó en el podio, se sirvió un vaso de agua de la jarra convenientemente dispuesta para tal fin, bebió un sorbo, se aclaró la garganta y, pasados pocos minutos del mediodía, se dispuso a comenzar. Toda la asamblea general de la ONU contuvo la respiración.

En ese momento un funcionario llegó corriendo desde fuera de la sala, y casi sin aliento susurró algo al presidente de la Asamblea, a quien se vio palidecer notoriamente. El presidente le susurró algo al secretario, que debió sostenerse

de la mesa con ambas manos para no ser derribado por el impacto de la noticia recibida, y enseguida se dirigió al podio. El cosmonauta Chang, mientras tanto, había suspendido el inicio de su discurso al ver los extraños movimientos en la mesa central.

Mientras el presidente llegaba junto a Chang, algo comenzó a pasar entre los miembros de la Asamblea, tanto activos como observadores y no-miembros con derecho a asiento. Auxiliares susurraban algo en los oídos de embajadores, uno le pasaba información a otro, algo escuchaba un tercero por los auriculares desde la cabina de traducción. Una especie de pánico circunspecto ganó a la Asamblea. Varios miembros se levantaron y salieron velozmente de la sala, otros quedaron estupefactos en sus sillas con la mirada perdida en el vacío, otros comenzaron a discutir con aliados o rivales, en tonos más o menos bajos. El embajador de San Marino se desmayó.

Por fin el presidente de la Asamblea llegó junto al intrigado Chang, y con voz estrangulada le reveló la terrible noticia: el camarada Mao había muerto de nuevo, y esta vez definitivamente.

Chang se limitó a asentir con un breve movimiento de cabeza y un parpadeo de sus ojos almendrados, apenas más lento que lo habitual. Maravillado ante esta muestra de estoicismo, el presidente retrocedió respetuoso y volvió a su puesto, a tratar de cumplir sus deberes lo mejor posible.

Mientras la circunspección se disolvía, y el pánico sin ataduras comenzaba a ganar el recinto, Chang recogió calmadamente sus ahora inútiles apuntes, los volvió a poner en el maletín y se dirigió a la salida. El tumulto crecía a sus espaldas.

El cosmonauta Chang llegó hasta la puerta, y antes de salir, con una voz infinitamente triste, se dirigió a un guardia de seguridad que contemplaba asombrado el caos que ganaba a la Asamblea General.

—Ahora ya nada tiene sentido, ya nada importa —le dijo Chang al guardia Obdule Prepon. Estas fueron sus últimas palabras conocidas, antes de su misteriosa y definitiva desaparición, ocurrida en cuanto salió del edificio de las Naciones Unidas y se sumergió en la marea humana de Manhattan.

Lamentablemente Chang pronunció sus últimas palabras conocidas en chino. El guardia Prepon había nacido y vivido toda su vida en New Brunswick, un suburbio de Newark, New Jersey, y el único idioma que manejaba, y con ciertas carencias de estilo, era el inglés.

6

Con paso veloz, Adolf Hitler se dirigía, atravesando los pasillos más recónditos de su bunker berlinés, hacia la sala de lanzamiento. Las bombas rusas estremecían regularmente el edificio, incluso a las profundidades en que se encontraba ahora. Ya no había tiempo que perder, todo estaba listo y sólo se esperaba que el Führer subiera al último cohete hacia la Luna para dar por completada la primera fase terráquea del plan.

En la Luna, aguardando a su líder, esperaban en animación suspendida los miles de integrantes de su ejército de clones arios perfectos, los tanques láser, los aviones con motor antigravedad y los bombarderos atómicos. Poco

importaba cómo terminara esa gigantesca farsa montada en la Tierra por el gobierno nazi con la finalidad de enmascarar el plan principal, y que la Posteridad conocería con el teatral y absurdo nombre de Segunda Guerra Mundial. Lo verdaderamente importante estaba por ser puesto en marcha: el ejército lunar de invasión, creado gracias a la tecnología aprendida de los restos de la nave extraterrestre rescatada por una expedición secreta alemana en Tunguska, Siberia, en 1934. Justo a tiempo los preparativos lunares se habían completado, y en cuanto el Führer estuviera a salvo en el satélite, podría desencadenarse la definitiva y real invasión nazi, la segunda fase terráquea del plan. Con un poco de suerte, pensó Hitler, el Reich este nos dura dos mil años en vez de sólo mil.

Finalmente desembocó en la sala de lanzamiento, donde la última nave espacial estaba lista para recibir a su único ocupante. Una vez en la Luna, el código secreto que llevaba anotado en un papelito cosido en el forro de su gorra pondría en marcha las maquinarias, despertaría a sus soldados de su sueño clónico, colocaría en posición los bombarderos nucleares, llenaría de combustible los depósitos de los transportes espaciales y, pocas horas después, un ejército invencible descendería sobre una Tierra indefensa ante un poderío ni siquiera soñado por los enemigos del Reich.

Un asistente acomodó a Hitler en el cohete, lo saludó rígidamente y aseguró la portilla desde afuera. La cuenta regresiva comenzó, mientras el personal de servicio se alejaba velozmente del sitio de lanzamiento y la gran escotilla secreta por donde el cohete saldría disparado hacia la Luna comenzaba a abrirse en el suelo del patio de la Cancillería.

Faltando quince segundos para el despegue, una explosión voló la puerta de acceso al sitio de lanzamiento. Media docena de los pocos soldados de las SS sobrevivientes llegaron corriendo para detener a quien fuera el atacante, pero en un breve y furioso combate fueron derribados por las ráfagas de ametralladora del solitario incursor. Los motores del cohete se encendieron, y ya comenzaba a elevarse cuando el atacante soltó la espoleta de una granada, la introdujo en un morral lleno con otras similares, y con un esfuerzo desesperado, al inexplicable grito de “¡Banzai!”, lo encajó en una saliente justo sobre las toberas secundarias. El atacante apenas logró saltar fluidamente fuera del alcance de las llamas del escape del cohete, cuando este se elevó majestuosamente y salió del sitio de lanzamiento rumbo a la Luna.

El viaje fue mucho más breve de lo previsto por los ingenieros nazis, debido a que ocho segundos luego del despegue la granada estalló, hizo explotar al resto de las del morral y la tobera así desprendida dejó escapar un reguero de combustible que se incendió de inmediato, convirtiendo al cohete, a Hitler y al papelito con el código secreto cosido en su gorra, en una enorme bola de fuego que por un momento empalideció el resplandor de los incendios de las ruinas de Berlín.

Abajo, en tierra firme, Chang se sacó el abollado casco, dejó caer la recalentada ametralladora y contempló con sus ojos almendrados el rastro de fuego en el cielo. La máquina generadora de portales temporales taquíónicos del doctor Cabrera había funcionado a la perfección, y la peor amenaza que pendiera nunca sobre el socialismo mundial había sido neutralizada, sin que el futuro llegara a saber nada de ella. Los soldados clónicos arios quedarían para

siempre en su sueño artificial, mientras los bombarderos nucleares, los tanques láser y el resto de la parafernalia nazi de tecnología extraterrestre sería lentamente cubierta por el eterno polvo lunar.

Ahora, para Chang sólo quedaba esperar a que el doctor Cabrera accionara el corrector taquiónico inverso que lo devolvería a su propia época.

Mal podía saber el primer cosmonauta chino que en el presente al que pretendía volver, el doctor Cabrera, en su laboratorio en un sótano de Ciudad de Guatemala, contemplaba desolado el nefasto hilito de humo que salía del quemado corazón de su creación, ese casi incomprensible desregulador inverso de fase múltiple, última e irremplazable pieza del botín extraterrestre nazi, imposible de duplicar, que con su falla volvía a la máquina de portales temporales taquiónicos absoluta y definitivamente inútil.

7

Solitario y recluso, en una callejuela cercana al centro de Friburgo, poco antes de finalizar el siglo XX podía verse aún al anciano chino que, en su minúscula tienda de utensilios culinarios orientales y reparación de relojes cucú, a la que nunca entraba nadie, contemplaba la calle melancólicamente durante todo el día. Por esa calle, casi no pasaban transeúntes.

Su pelo, ya blanco pero aún abundante y lacio, cortado a la taza, cubría de sombras sus ojos almendrados. La edad lo había vuelto diminuto y de apariencia frágil, pero sus movimientos seguían siendo precisos y fluidos, como

podría atestiguar cualquiera que se hubiera fijado en él desde la vereda, en los escasos momentos de actividad que tenía en el día, por ejemplo cuando daba vuelta el cartel de «Abierto» y «Cerrado» en la puerta del local². Tras cerrar, se perdía lentamente en las tinieblas del fondo del comercio, rumbo a su espartana y mínima vivienda, y sólo se lo volvía a ver al otro día, a la hora de dar vuelta el cartel. Ni siquiera estaba claro si, además de dar vuelta el letrerito, abría y cerraba el cerrojo de la puerta. De todas maneras, nunca entraba nadie a su tienda. Nadie lo veía acariciar levemente, rozar apenas, de pasada hacia sus vacías habitaciones privadas, el abollado casco de guerra que tenía tras el mostrador.

Un buen día desapareció, y nada más se supo de él.

Tampoco es que antes se supiera mucho.

En todo caso, no era Chang.

8

Chang, His XXth Century and His Language Misunderstandings («Chang, su siglo XX y sus confusiones idiomáticas») se tituló un libro editado en noviembre de 1983 por el profesor Mathias Durchenberg en la Athabasca University Press de la universidad Athabasca en la ciudad homónima de Alberta, Canadá (ISBN 978-1771-992-00-7). El profesor Durchenberg era titular de la cátedra “Historia asiática del siglo XX” en ese mismo centro de estudios.

² Según varios observadores, de un lado el cartel decía «Geöffnet» («Abierto») en perfecto alemán, pero del otro en lugar de «Geschlossen» («Cerrado») decía «Zaprtó», lo mismo pero en esloveno. No se conocen los motivos de tal peculiaridad.

La tirada completa del libro desapareció misteriosamente del depósito en cuanto salió de imprenta, sin que un solo ejemplar llegara a las librerías. El profesor Duchenberg fue cesado en su cargo docente poco después, a cuenta de un confuso incidente con un árbol navideño y dos preservativos corrugados. Luego de su retiro del campus universitario por parte de los encargados de seguridad, su paradero permanece desconocido.

En 2007 se descubrió que en el catálogo general de la biblioteca Miguel Cané de la ciudad de Buenos Aires figuraba un ejemplar de *Chang, His XXth Century and His Language Misunderstandings*, «completo, levemente deteriorado». Numerosos investigadores que se trasladaron al lugar con el único fin de consultarlo (entre ellos, notoriamente, el peruano Mario Vargas Llosa) se encontraron con la negativa de los funcionarios. El libro ese, decían, nunca estuvo en las estanterías de la biblioteca.

En el año 2018 la biblioteca Cané reabrió sus puertas luego de diversas reformas. Su acervo, según se difundió ampliamente en la prensa, constaba de 27.841 volúmenes.

Antes del cierre, se murmura en círculos reservados y casi secretos, eran 27.842.

9

Chang volverá, dijeron.

Y lo repitieron.

Chang volverá.

De momento, no ha vuelto. ☼

TRES VIDAS POR UN ALMA

MARINA TENA TENA

Marina Tena Tena (Madrid) Profesora y escritora. Ha participado en diversas antologías, entre las que destacan el volumen compilatorio del II premio Ripley (2018) y *Terroríficas* (2018). Es autora de las novelas *Brujas de arena* (2021), *No escuches a la Luna* (2020) y *Legado de plumas* (2018), además de los compilados de cuentos *El terror tiene tu rostro* (2019) y *Cuentos para pequeños dragones* (2019). «Tres vidas por un alma» fue publicado originalmente en *Atrasis* vol. 2 (2019).

La primera vez que vi al diablo tenía trece años. Acababa de dejar atrás el puente de los suicidas, que conectaba la ciudad con mi barrio. A pesar del nombre, era una simple estructura de hierro y piedras viejas sobre una carretera desde la que muy de vez en cuando se elevaba el zumbido del motor de un coche. Los suicidas eran leyendas, un nombre para dar cierto morbo al aburrido puente.

La calle estaba desierta y olía a cemento, alquitrán y orina de perro. Lamía el helado que se derramaba por el cono de barquillo. El calor agobiante y pesado del verano moribundo se dejaba caer sobre mis hombros, exhalando vapor en mi nuca. Notaba el sudor deslizarse por mi espalda como si yo también me estuviera derritiendo. También lo notaba entre los dedos de los pies, apretados en las bailarinas rojas que me había empeñado en ponerme a pesar de que ya me quedaban estrechas.

El diablo estaba sentado en la parada de autobús y se liaba un cigarro con movimientos lentos y relajados. Al principio no lo reconocí del todo, pero noté su poder

como notaba el calor y el sudor de la nuca. Vestía la piel de un chico de veintipocos años, rizos negros, ojos acuosos y soñadores entre las largas garras de las pestañas. La saliva se volvió espesa entre mis dientes, con sabor a polvo. Me costaba dar cada paso como si mis piernas tuvieran engranajes oxidados, pero tampoco podía dejar de caminar.

No alzó la vista, pero desenredó la sonrisa. Acarició el papel con la lengua antes de cerrar con cuidado el cigarro. No podía dejar de mirarlo. No podía irme. Junté los pies sintiéndome sudada y sucia, notando cómo el helado se derramaba sobre mis dedos y sin poder moverme. Atrapada frente a ese chico que no era un chico. Cuando encendió su cigarro escuché crepitar las llamas del infierno.

Decían mi nombre.

—Te estaba esperando.

El diablo tenía la voz como el rasgueo de una guitarra. Me miró entonces, con un océano de mercurio removiéndose entre las sombras de sus ojos. Tragué saliva. Jamás en la vida me había sentido tan vulnerable. Como un insecto con bailarinas rojas y la piel pegajosa por el sudor y el helado.

—¿A mí?

—A alguien como tú. Valdrás.

—Por favor, deja que me vaya.

Mi voz estaba manchada de pánico. Creo que fue eso lo que alargó su sonrisa aún más, con el movimiento lento de las serpientes estirándose sobre las ramas.

—No voy a dejar que te vayas. He venido para llevarme una cosa de ti.

—¿El qué?

—Tu alma.

Las lágrimas me nublaron la vista antes de derramarse por mis mejillas como sudor. Apreté los dientes.

—Por favor, no...

—No suelo conceder favores, niña.

—¡Te daré lo que quieras!

—Pero ya te he dicho qué es lo que quiero.

—¡Te daré a otra persona!

El diablo se llevó el cigarrillo a esos labios finos como culebras, demasiado estirados para parecer humanos. Mis hombros se sacudían y mi espalda dolía de la tensión. El humo olía a volcán y a carne quemada.

—¿Matarías por salvarte?

Asentí. Respiraba entre dientes y escupía desesperación al aire. Las lágrimas se lanzaban al vacío desde la línea de mi mandíbula.

—Una muerte no me basta. Pero sé ser generoso. Podemos hacer un trato. Entrégame tres vidas y te dejaré ir.

Asentí de nuevo. Sorbí por la nariz antes de preguntar.

—¿Hoy?

—He dicho que soy generoso, niña. Tienes siete años para dárme las. Pero, si quieres un consejo, yo no dejaría todo el trabajo para el final.

—Siete años y tengo que... A tres. ¿Matar a tres personas?

—¿Tenemos un trato? —Me extendió la mano arqueando las cejas.

Tenía una sonrisa demasiado larga y el brillo de sus ojos no era humano. Su mano era suave y fresca cuando estrechó la mía.

—Trato.

Mis piernas volvieron a ponerse en marcha como si no fuera yo quien las controlase. Rompí a llorar cuando por

fin empecé a moverme. Con hipidos y el cuerpo entero temblando bajo el insoportable calor del verano. Me restregué la palma de la mano contra los ojos. No me volví a mirarle. No hacía falta.

Yo sabía que el diablo ya no estaba.

No me vio nadie llegar a casa. El perro sí, y en vez de correr hacia mí, se quedó quieto en el patio, mirándome con acusación en sus ojos castaños. Entré rápido sin devolverle la mirada. Escuché a Lorena jugar con sus muñecas en nuestro cuarto y a la abuela trastear en la cocina. Nuestros padres debían de seguir fuera. Me encerré en el baño y las arcadas me hicieron devolver una crema dulce que manchó de marrón y rosa el agua. Vomité hasta que el estómago me dolía y se quedó en las encías el sabor amargo de la bilis. Luego lloré sentada en el váter, con las manos apretadas contra los labios para que no me escuchasen. Hasta que me quedé sin fuerzas ni para sollozar. De alguna forma, deshacerme en lágrimas calmó un poco mi miedo. O al menos lo hizo más llevadero.

Tenía trece años y una deuda con el diablo.

Pensé que, con el paso de los días, el recuerdo se haría menos real hasta desvanecerse como un delirio. No lo creía en realidad, pero lo deseaba. No pasó: no lograba olvidar al chico de pestañas largas y afiladas, ni el rasgueo de su voz. Lo peor era que no pude quitarme de encima la sensación que dejó en mi piel, la de calor con olor a azufre y asfalto. No dejaba de sentirme pegajosa y sucia pese a todas las veces que me lavaba con agua fría. Froté mis manos

con jabón, lejía y lavavajillas, hasta levantarme la piel, pero seguían sucias y pegajosas. Por las noches, cuando intentaba dormir, escuchaba el crepitar de huesos sobre las llamas. Apenas dormía. El cansancio se me pegaba bajo los párpados y el miedo hacía una madriguera en mi estómago mordisqueando las tripas y el hueso con afilados dientes de rata.

Siete años no es tanto tiempo.

Tenía que hacerlo. Me encontraba pensándolo una y otra vez. Tenía que hacerlo. Tenía que salvarme porque no iba a durar ni siquiera siete años si no lo hacía. También sabía que no tenía ni fuerzas ni conocimientos para salir bien parada de un asesinato. Necesitaba elegir una víctima fácil. Y sí, por mucho que quiera olvidarlo, el primer asesinato que consideré fue el de mi hermana. Lorena era menuda y confiaba en mí. Podría hacerlo, y al darme cuenta, enterré la cara en la almohada, intentando sacudirme el horror por lo que estaba pensando.

Una amiga de Lorena. Una de las amigas de mi hermana sería mejor. No me importaría tanto. Pero incluso entonces comprendía que a los niños nunca se los deja de buscar, y a sus asesinos se les persigue sin descanso. Llené mi diario de posibles nombres, armas y formas de matar a alguien que fueran más seguras, hasta que un día me di cuenta de que la solución siempre había estado delante de mí.

Mi abuela volvió a caerse. Esta vez no se rompió nada, solo se hizo un moratón feo en el muslo, pero mi padre se enfadó con ella.

—¡Estás mayor ya, madre! ¡Imagina que vuelves a romperte la cadera!

—¿Y qué hago? ¿Me quedo quieta todo el día, abanicándome?

—Ten un poco más de cuidado.

—Si cuidado tengo...

Mi madre apretaba los labios, mirando al frente, evitando siempre meterse en las discusiones con mi abuela. Tenía la espalda recta y las manos entrecruzadas en la mesa con los nudillos blancos. Quería a mi abuela, por supuesto que todos la queríamos. Pero mi madre también se cansaba de contenerse, y yo de escuchar el infierno en llamas cada noche, y de su olor pegado a la piel. Mi abuela era mayor de todas formas. Si le preguntase, elegiría morir para salvarme. Estaba segura.

Me puse la alarma en el despertador a las tres de la mañana, pero no pude dormir de todas formas. El olor de las cenizas y la carne quemada impregnaba mi cuarto tan fuerte que me sorprendía que nadie más lo notase. Se quedaba pegado a mis fosas nasales y a mi garganta. Los ojos me picaban y no había ninguna postura cómoda en la cama. Lorena se movía en la suya, con una respiración profunda que me crispaba los nervios. Había sido muy amable con la abuela. Había hecho esos días muy agradables para ella. No es que quisiera matarla, pero mi abuela era mayor y no iba a vivir muchos años más. No tenía muchas más opciones.

Apagué la alarma antes de que dieran las tres y salí de puntillas del cuarto. Sentía que mis pies dejaban una huella

húmeda de sudor en cada baldosa. Mi abuela dormía en el cuarto de Lorena. O el que había sido el cuarto de Lorena antes de que ella viniese a vivir con nosotras. Yo me había callado como nuestra madre, y había intentado que no me importase, pero me importaba. Era demasiado mayor para compartir mi cuarto con una niña que dejaba sus juguetes por todas partes y manoseaba todo lo mío. Tragué saliva con esfuerzo antes de entrar en el dormitorio. La abuela roncaba suave, durmiendo boca arriba, con la mandíbula suelta y los dientes vigilantes sonriéndome desde la mesita de noche. Ojalá no los hubiera visto. Esa sonrisa sin rostro me erizó la piel aunque aparté la mirada para concentrarme en mi abuela. Cogí la almohada. La tela del borde se agitaba como un fantasma. Notaba los dedos entumecidos tratando de que la almohada se quedara quieta mirando el rostro de mi abuela. Era buena con nosotras, aunque nuestra madre evitase estar con ella en la misma sala. También era un poco pesada a veces, pero no la iba a matar por eso, ni porque le hubiera quitado el cuarto a Lorena. La iba a matar porque ella misma se hubiera ofrecido a morir por salvarme.

Y porque había hecho un trato con el demonio.

Mi abuela soltó el aire con un último ronquido. Supe que si no me atrevía, no lo haría nunca. Apreté los dientes y empujé la almohada con fuerza contra su rostro.

Matar no es fácil.

Mi abuela se revolvió y se resistió. No sabía que podía tener tanta fuerza. Por un par de segundos logró separar la almohada de su cara y soltó un aullido que logré ahogar dando un salto sobre ella para empujar con todo mi peso. No fue rápido. No fue fácil. Sus manos blancas y de huesos redondos y prominentes daban zarpazos al aire, intentando

arañar mi cara. El corazón me latigueaba y sabía que cualquier ruido podría despertar a mis padres. Pero ella luchaba con tanta desesperación como yo para aferrarse a su vida. Las muñecas me dolían cuando por fin dejó de moverse. No dejé de apretar. Oía a sangre.

Conté hasta treinta. Cuando terminé, empecé a contar otra vez. Mi abuela no se movía, su pecho estaba inmóvil y lo único que tenía movimiento eran sus rizos blancos, que se sacudían con el temblor de mis brazos. Conté hasta treinta tres veces más y solo entonces aparté la almohada.

La sangre le manchaba el labio y la mejilla. Su nariz estaba torcida y me estremecí al pensar que yo la había roto. Mi abuela tenía los ojos cerrados y la piel tan blanca que me dio una arcada. Atrapé la bilis cerrando los labios y me la tragué antes de manchar el colchón, o el camisón arrugado de mi abuela. Aparté la mirada. El silencio perforaba mis oídos y lo único que lo rompía era mi propia respiración agitada.

No había forma de que pareciese que había muerto dormida. Tampoco hacía falta que lo pareciera. «Imagina que vuelves a romperte la cadera». Me puse a su lado y la empujé al borde de la cama. Los muertos pesan. Sentía que el cuerpo de mi abuela era un muñeco hinchable relleno de cemento. Empujé con el hombro, con los codos clavados en el colchón. Lo que quedaba de ella cedió, centímetro a centímetro, y finalmente cayó al suelo con un golpe que hizo chirriar su mesilla de noche y un sonido apagado contra el suelo. Me quedé quieta en la cama, muy quieta. Traté de controlar los jadeos hasta convertirlos en una respiración suave, para escuchar cualquier paso, cualquier voz, cualquier sonido que se acercase. Pero la casa estaba en silencio.

Las sábanas olían a vejez y a muerte. Los asesinatos dejan un aroma suave a óxido: muy sutil, dulce y perforante en el fondo del paladar. Había caído boca abajo. No parecía una mujer, ni una anciana; parecía algo roto y vacío, como si nunca hubiera estado viva. Bajé de la cama y coloqué la almohada bajo su cara antes de irme de puntillas. Tenía nervios por todo el cuerpo cuando me metí en la cama y di por hecho que me esperaba otra larga noche de escuchar crepitar el infierno y tratar de no ahogarme con su humo. Pero tan pronto como cerré los ojos, el sueño más profundo me arropó en sus alas y no desperté hasta bien entrada la mañana, cuando nuestro padre entró en nuestro cuarto. Se sentó en la cama para decir con voz que olía a madera húmeda y una sonrisa rota que la abuela se había ido mientras dormía.

El alivio era agua fría sobre piel quemada.

Vi al demonio de nuevo en el funeral. Esta vez tenía el cuerpo de una mujer rubia de unos cincuenta años. Alta, elegante, de movimientos elásticos y sonrisa roja. Llevaba un traje negro y se quedó en las puertas de la iglesia, sin poner un pie dentro. La gente lo veía como yo, pero nadie le preguntó qué hacía allí o si conocía a mi abuela. Apartaban la vista bajando la cabeza, con un estremecimiento que olvidaban en cuanto seguían andando. El demonio dejaba en su piel el rastro frío y desagradable de su presencia, pero no su recuerdo. Ese honor se lo reservaba para mí.

A mí me miraba directamente y me dirigió una sonrisa aprobadora. Le di la espalda, incapaz de tragar saliva. Noté durante toda la ceremonia su mirada sobre mi nuca, pero no volví a girarme. Cuando metimos el ataúd de mi

abuela en su nicho de piedra, quise pedirle perdón, pero no encontré las palabras.

Ni un arrepentimiento sincero con el que acompañarlas.

El demonio camina en nuestro mundo y pisa las mismas calles que recorres camino al trabajo. Tiene un taburete preferido en el garito al que vas los viernes con los que quedan de tu grupo. El diablo cruza los pasos de cebra a tu lado, en la piel de una niña que salta pisando solo las líneas blancas. Otras veces es el chico guapo que te ofrece un cigarro, o que te pide tu alma a cambio de un sueño imposible. Su verdadera presencia se siente en los huesos, como una explosión de frío desde dentro de la columna. Pero apartas la mirada, te encoges y te olvidas.

Los que tenemos un pacto con él no olvidamos. Nos reconocemos unos a otros como dos cocainómanos se entienden con una primera mirada. Nos miramos y no decimos nada, no preguntamos un «qué te vendió a ti» o «con qué te amenazó». No nos decimos nada.

Solo lo pensamos y apartamos la mirada.

A mí me dio siete años y dejé pasar cinco desde mi primer sacrificio. Podía dormir sin que mi cuarto apestara a humo y sin escuchar el fuego danzar sobre los huesos de los muertos. Pero cuando cumplí los dieciocho empecé a encontrarme más a menudo con el príncipe del infierno. A veces sus ojos eran negros, a veces, de un aburrido azul frío, pero su mirada siempre me hacía sentir pequeña, sudada, sucia. Me recordaba que tenía una deuda pendiente y que el tiempo se me agotaba.

La segunda persona a la que maté no tiene nombre. No quise saberlo. Evité leer los periódicos locales y escuchar las noticias los días que siguieron. Solo la vi de espaldas, caminando por la carretera estrecha y solitaria por la que conducía. Su coleta, de pelo castaño y rizado, se balanceaba a un lado y al otro, al ritmo de sus pasos. Supe lo que iba a hacer como si hubiera tomado la decisión mucho antes, como si estuviera escrito. Mientras aceleraba el viejo coche de mi madre pensaba en lo creíble que sonaría decir que se me escapó el control, que había poca visibilidad, que ella estaba caminando por la carretera...

Salió despedida con un golpe seco. No frené. Al pasar por encima escuché un chasquido que podría ser su cráneo, o mi imaginación. Seguí sin querer mirar por el retrovisor, sin detenerme, sin despegar las manos que temblaban sujetándose con fuerza al volante.

El coche estaba bien, y limpié con la manguera el polvo y la sangre. Esperé con el estómago revuelto el día que la policía viniera a mi puerta, o que mis padres entraran con rostro serio a mi cuarto para hacerme unas preguntas, pero ese día nunca llegó.

Supongo que el diablo cuida de los suyos.

Estaba cerca de cumplir los veinte años y notaba una mano de humo que empezaba a hacerse sólida alrededor de mi cuello. También sentía el sudor pesado del verano deslizarse por mi nuca y la mirada del demonio cada vez más cercana.

No quería hacerlo.

Pero eso tampoco importaba.

Sabía que iba a matar a otra persona y me hubiera gustado no saber su nombre, como la chica de la carretera. A veces pensaba en ella, en el movimiento pendular de su pelo marrón y en el sonido de su cráneo al reventar, que a lo mejor no había sido real, pero resonaba con claridad en mis recuerdos. Pero no podía esperar a tener una oportunidad como esa, porque el tiempo se acababa. Por eso me puse el vestido rojo y fui al cine con Iván.

No creo que me quisiera de verdad, por eso nunca me he sentido culpable de no quererle. Se había formado una imagen cómoda de mí sin conocerme realmente: la chica tímida y determinada que le dejaba los apuntes en bachillerato. La que era amable con él y a la que le gustaban los mismos temas solo porque le escuchaba cuando hablaba. La que admiraba esa faceta suya de amante del teatro que no le llevaba a ninguna parte. Insegura en vez de poco interesada. Frágil en vez de reservada. Iván había pintado sobre mí la imagen que quería ver, y cuando me besaba en realidad besaba a esa chica imaginaria que nunca fui yo.

Dejé que él eligiera la película bélica y que creyese que me gustaba verla. Iba a ser lo último que hiciera y no soy un ser sin alma. Cuando estaba empezando, el diablo se sentó en la butaca libre que había a mi lado. Olía a humo y su presencia me dio calor y miedo. Iván arrugó la nariz pero no hizo ningún otro gesto para mirarlo.

El diablo vestía la piel de un hombre de unos treinta, con camisa blanca y corbata roja, las ojeras de una noche sin dormir y barba rubia de un par de días.

—Te queda poco.

Asentí sin atreverme a despegar los labios, mirándolo solo de reojo. Con una mirada de pedir permiso y una

sonrisa burlona, estiró la mano por encima de mi regazo para coger palomitas de Iván. Mi novio inclinó hacia él la bolsa sin darse cuenta de lo que hacía. El demonio las lanzó a su boca abierta, donde los dientes asomaban sus puntas muy blancas. Las hizo crujir al masticarlas.

Sonaba al chasquido de una calavera que estalla.

—Te veo muy distinta, muy fuerte. No creo que esté siendo tan malo, ¿verdad?

Tenía una sonrisa larga, como una serpiente que estira su cuerpo sobre las ramas. No quería mirarlo, pero tampoco podía evitarlo. En la pantalla del cine uno de los civiles que cayó al suelo, con la nariz rota y sangrando, tenía el rostro de mi abuela y los ojos clavados en mí. Los soldados apuntaron a la chica que corría de espaldas. Su coleta se movía a un lado y al otro, balanceándose con cada zancada. Le acertaron primero en la columna. El segundo tiro le rompió el cráneo. El cine olía a azufre y palomitas y quería gritar.

Iván se giró hacia mí y me estrechó la mano, con una sonrisa húmeda por el aceite de sus labios.

—Estoy seguro de que algún día saldré en la gran pantalla.

Tuve ganas de vomitar. Le sonreí de vuelta. La risa del diabloapestaba a ceniza y sal.

Hay drogas demasiado fáciles de conseguir. Que hacen que una persona sea mansa como un corderito cuando se las disuelves en la copa. Había leído que, para cuando lo analizaran, no iban a encontrar ningún rastro en su sangre. Pero el alcohol sí que seguiría localizable. Me acompañó

dejándose llevar como un niño bobalicón mientras tiraba de su mano. No teníamos mucho tiempo antes de que se desmayase del todo.

Sudaba tanto que la camiseta se me pegaba a la espalda. Iván se quedó al borde del puente de los suicidas, mirando la carretera vacía como si bajo nuestros pies hubiera un desfile de estrellas. Me pregunté si tendría que empujarle, como empujé a mi abuela para que cayese de la cama. Me pregunté si tendría fuerzas.

Iván me lanzó una sonrisa confiada y desenfocada.

—Salta —le pedí.

Y lo hizo.

Fue así de simple.

El sudor se volvió frío cuando caminaba de vuelta a casa. Para cuando escuché las sirenas estaba lejos. Me preguntarían, pero no importaba. No me importaba nada en realidad. No sentía nada.

El diablo me estaba esperando en la puerta de mi casa. Tenía mi cuerpo y mi cara, con una sonrisa más larga. Mis mejillas salpicadas de pecas y la misma marca de nacimiento en forma de luna sobre la ceja derecha.

—Te estaba esperando —dijo con mi voz.

—Te he dado tres vidas.

Su sonrisa no era la mía. Dejaba ver las puntas de sus dientes, muy blancos, muy afilados. El demonio tenía mis ojos y mi olor a sudor y miedo.

—Por eso —replicó con voz suave—. Has arrancado tres vidas. Eso basta para condenarte, ¿no crees, pequeña?

Quise correr, pero no podía moverme. Del suelo borboteaba un calor insufrible. Llamas invisibles que se enredaban en mis piernas y las devoraban, arrastrándome al infierno.

La primera vez que vi al diablo tenía trece años. Me dio siete más para que manchase mi alma de sangre y muerte. Para que fuera suya cuando viniera a reclamarla. (★)

Orden del libro

Equilibrio ecológico
(Yadira Álvarez Betancourt)

5

El tiempo está malo
(Martín Bentancor)

15

Hijos del este
(Víctor Gríppoli)

23

Luna, la santa de barro
(Selene Hécate)

45

Pedagogía micótica
(Jonatan Lipner)

63

Y también tu hámster
(Marcelo Medone)

89

Aire frío
(Erick J. Mota)

105

Simulador de vida orgánica
(Andrea Salgado Cardona)

137

**Las increíbles y sin embargo verídicas
aventuras de Chang...**
(Gabriel Sosa)

159

Tres vidas por un alma
(Marina Tena Tena)

179

Contaminación Futura es un laboratorio narrativo que combina textos de autores consagrados con ficciones rescatadas de las datacumbas literarias y trabajos de autores primerizos. Entre sus matraces, retortas, circuitos y núcleos de IA, la narrativa especulativa es arrojada a un campo expandido en el que pastan juntos lo fantástico, la fantasía, el horror, el *slipstream*, la ciencia ficción más convencional y el *weird*.

MIG 21 EDITORA

Contaminación Futura vol.1. (Carsen, Cohen, Dobrinin, González, Mainero, Molinari, Ponce, Rumel, Salas, Sanchiz) ⓧ **Contaminación Futura vol.2** (Allen, Federici, Fritz, Marchesky, Méndez, Mira de Echeverría, Pons, Pandiani, Rodríguez Pappé, Silva Olazábal) ⓧ **El bosque que crece por las noches** (Pablo Dobrinin) ⓧ **Contaminación Futura vol.3** (Bonanata, Broemmel, Broggio, Calamares Caraballo, Damián Miravete, Figueras, Machado Obaldía, Solari, Vilar Madruga) ⓧ **Trashpunk** (Ramiro Sanchiz) ⓧ **Contaminación Futura vol.4** (Arismendi, Candal, Chimal, Gandolfo, Gueçaimburu, Guerrero, Peña, Raggio Miranda, Rossello, Santurde) ⓧ **Contaminación Futura vol.5** (Alonso, Álvarez, Brenda, Canosa, Carson, Jota-Pérez, Palermo, Pozzolo, Salazar Maciá, Sanchiz) ⓧ **Jauría** (Maielis González) ⓧ **Contaminación Futura vol.6** (Barragán, Beauxis, Ghan, Ireland, Jurado, Piaggio, Reherrmann, Rivero, Santullo, Sierra) ⓧ **Lo mejor de Ruido Blanco** (Bonanata, Botta, Carbajal, Cebrián, Dobrinin, Marchesky, Molinari, Morales, Peña, Pons, Rossello, Sanchiz) ⓧ **Contaminación Futura vol.7**

MIG 21 EDITORA

(Barceló, Botta, Caraballo, Dobrinin, Frick, González, Loza, Raggio, Velázquez, Yoss) ★ **Playlist** (Néstor Darío Figueiras) ★ **Contaminación Futura vol.8** (Aboaf, Bonanata, Cohen, Damonte, Marchesky, Paz Soldán, Ponce, Pozzolo, Sanchiz, Vera) ★ **Lo mejor de Ruido Blanco vol. 2** (Barragán, Caraballo, Carson, Cruz, Damonte, Federici, García Cabrera, García Peyrallo, González, Kapeniak, Pandiani, Solari) ★ **Contaminación Futura vol.9** (Álvarez, Bentancor, Gríppoli, Hécate, Lipner, Medone, Mota, Salgado, Sosa, Tena) ★ **Selektor 9 vol. 1** (Barragán, Camacho, Canosa, Mota, Reyes, Rivero, Sanchiz, Vargas, Véliz, selección de Maielis González) ★ **El día de la ballena** (Ramiro Sanchiz, selección y prólogo de Antoine Barral) ★ **//HYPERPULP// El pornógrafo** (Hank T. Cohen) ★ **Ñachi** (Ignacio Fritz) ★ **Un hoyo en el cielo** (Pablo Dobrinin) ★ **Rockabilly** (Mike Wilson) ★ **Nadie recuerda Mlejnás** (Ramiro Sanchiz) ★ **La gloria de Vladimir** (H. K. Siborski) ★ **Nadie sale vivo de aquí** (Roland Corbent) ★



CONTAMINACIÓN FUTURA

VOLUMEN 9

Equilibrio ecológico

Yadira ÁLVAREZ BETANCOURT

El tiempo está malo

Martín BENTANCOR

Hijos del este

Víctor GRÍPPOLI

Luna, la santa de barro

Selene HÉKATE

Pedagogía micótica

Jonatan LIPNER

Y también tu hámster

Marcelo MEDONE

Aíre frío

Erick J. MOTA

Simulador de vida orgánica

Andrea SALGADO CARDONA

Las increíbles y sin embargo verídicas...

Gabriel SOSA

Tres vidas por un alma

Marina TENA TENA



MIG21
EDITORIA